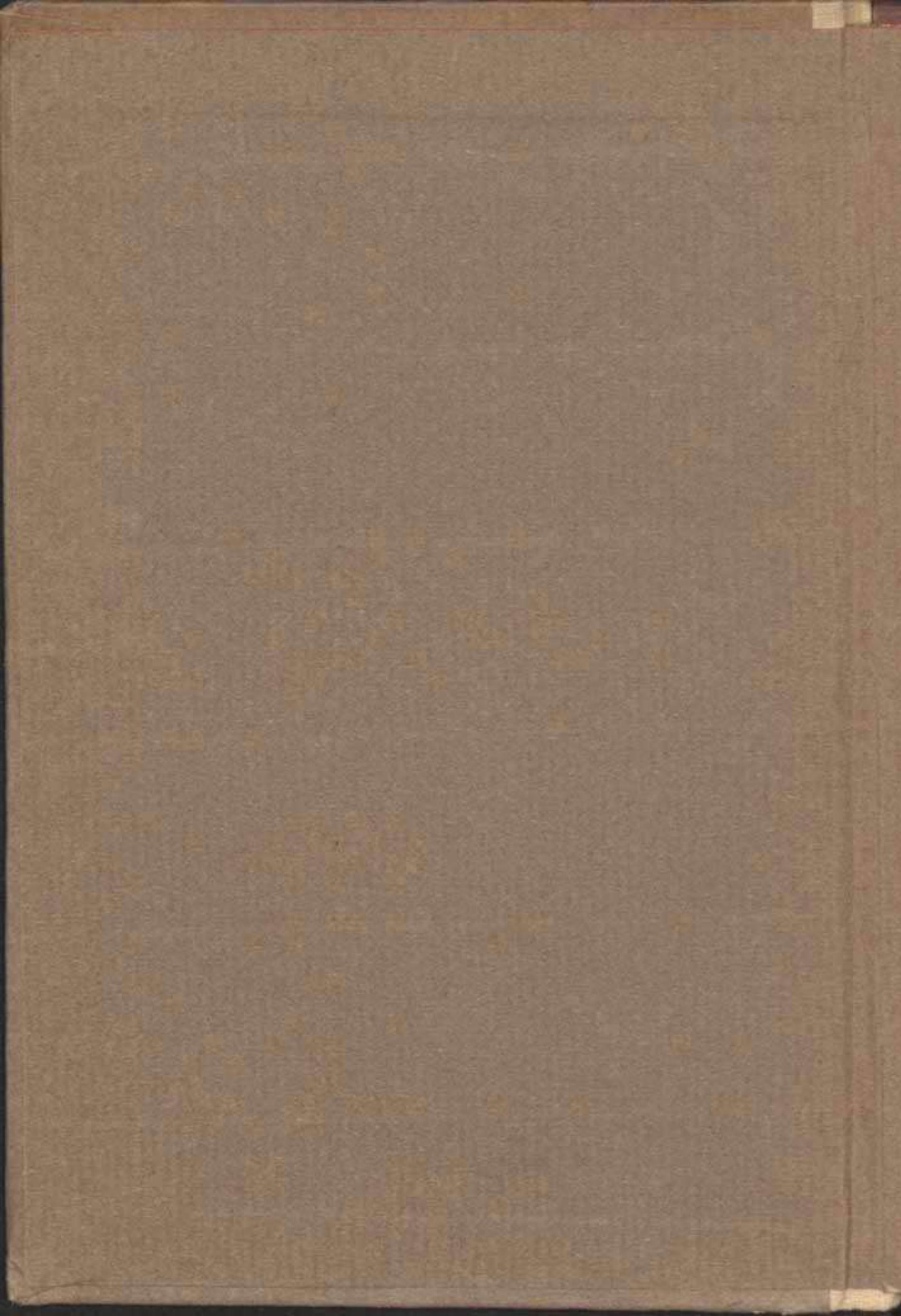
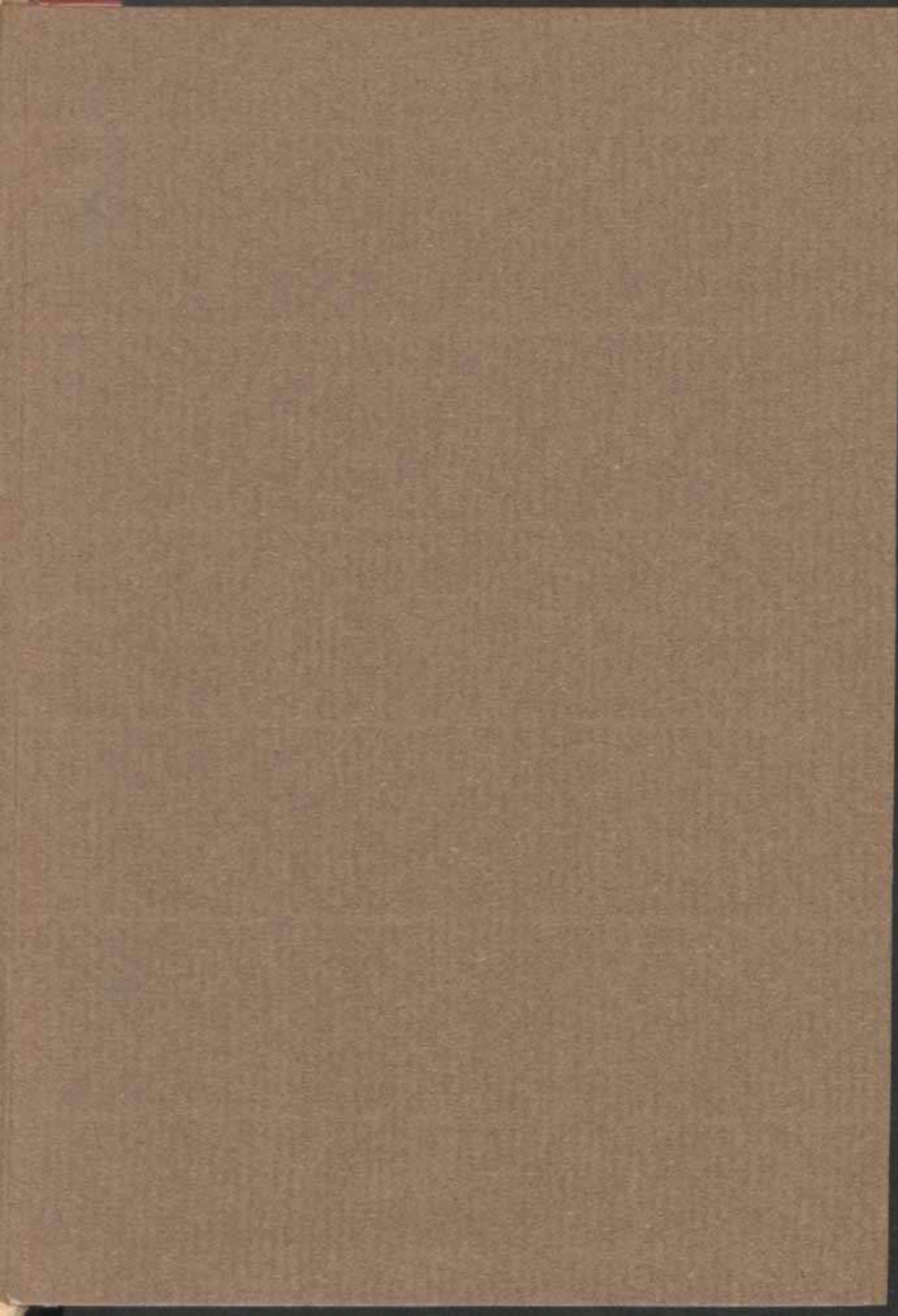


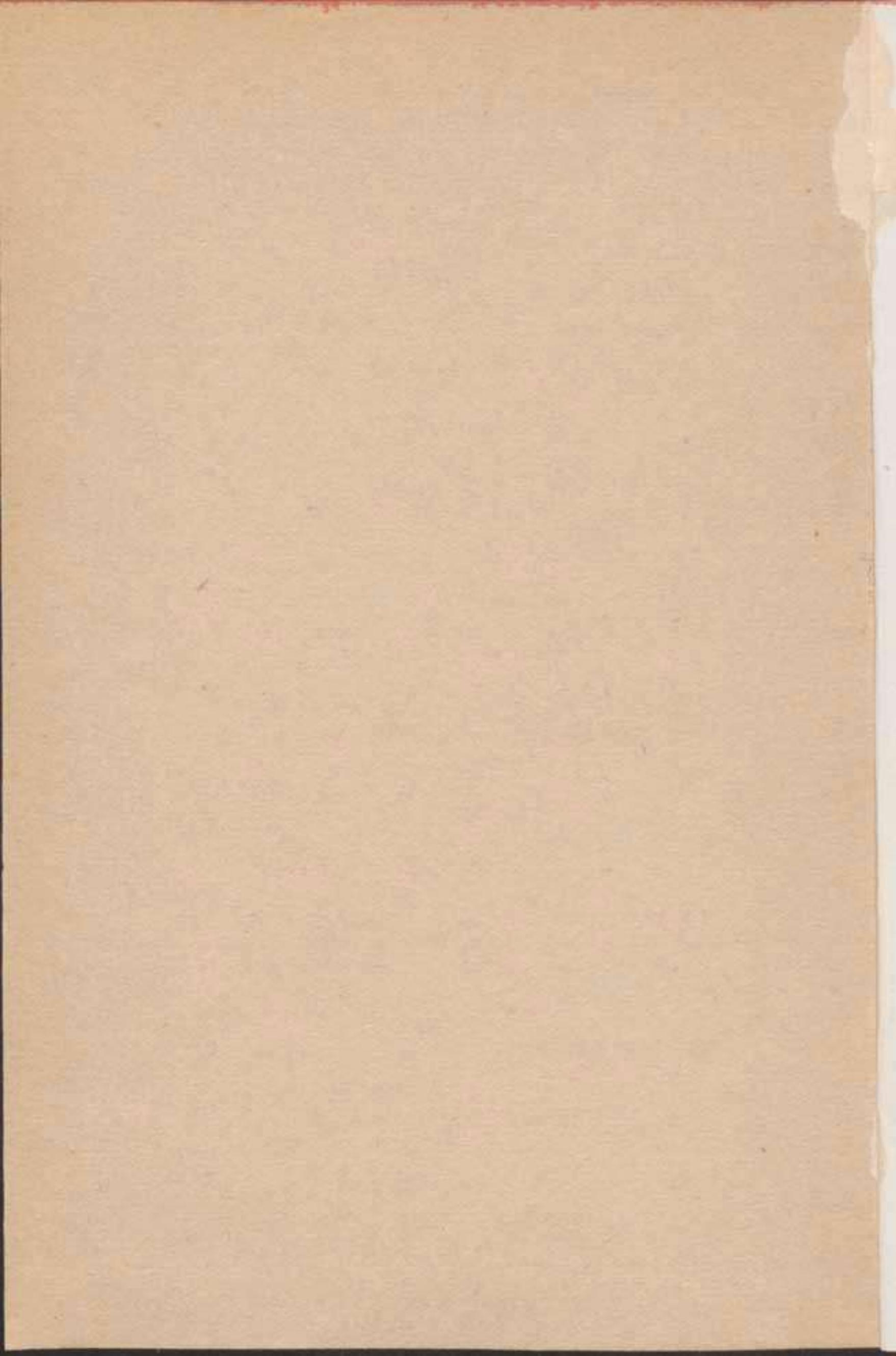


Viajes y aventuras
antiguos y
modernos

*







VIAJES
Y
AVENTURAS

2





Ingreso al templo de la Minakchi, la diosa
con ojos de pez

P. 3.50 pts.

LE-3762
690193000003

VIAJES Y AVENTURAS

II

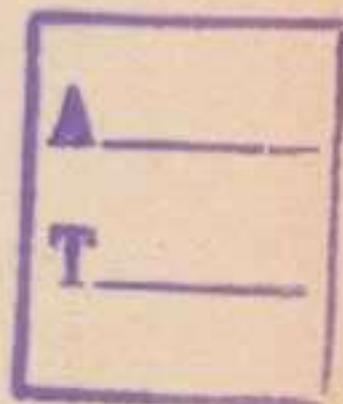
PHILIPP BERGES

VIAJES POR ORIENTE

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR

EMILIO R. SADIA



Primera edición



MADRID
BRUNO DEL AMO
EDITOR
1929

3.



1. En la mansión de la diosa con ojos de pez

En una tarde bochornosa emprendí desde la isla de Ceilán una peregrinación por la India, tierra de las leyendas y los milagros. El «Bharata», un barco grande y sucio de la *British India Company*, me llevó por el golfo de Manar. Quien no sea muy resistente al mareo, puede contar con que allí el estómago se le volverá del revés como un guante. El comedor se halla sobre la hélice, y hasta con mar tranquila los manjares muestran inclinación a escaparse del plato.

Como el camarote es caluroso y sofocante, como la cama es poco acogedora y el mosquitero está rasgado, me acomodo sobre cubierta en medio de la noche tropical, con un duro banco por lecho y con el cielo estrellado por toldo. Durante mucho tiempo sigue parpadeando el faro de Colombo sobre las oscuras y susurrantes olas. Después me invade el sueño. Cuando de madrugada avanza chapoteando el baldeo de la cubierta, empiezo a sentir frío, porque antes de salir el sol sopla también en los trópicos una brisa fresca sobre el mar, y me bajo al abrigado camarote.

Mucho antes de llegar a los peligrosos bancos de corales de la orilla, el barco fondea por la mañana. A la esplendorosa luz del sol aparece allá la aplastada, ardiente e insalubre costa de Coromandel con las centelleantes casas de Tuticorín. Un bote nos lleva a esta ciudad, donde al entrar en la India se hace una severa revisión aduanera, y donde ya está preparado el

tren para Madura, la gran ciudad templaria de la India meridional, en que reside la venerada diosa de ojos de pez.

* * *

La leyenda relacionada con estos Dioses de la India es la siguiente:

Los ideales de belleza de los hombres y de las edades son distintos. Homero llama a la triunfal hija de Zeus, Atenea, la «diosa de los ojos de vaca». También Nietzsche descubrió en los ojos de la vaca la belleza de una suave melancolía. El poderoso observador Juan Enrique Voss, hijo de los rubios germanos, atribuye a Atenea radiantes ojos azules. En la maravillosa tierra de la India, en cambio, domina desde tiempos antiquísimos hasta nuestros días una diosa omnipotente con ojos de pez. El centro principal de su culto es la santa y gran ciudad de Madura al Sur de la India, y aunque es adorada por millones de piadosas personas bajo el nombre de Minakchi, no es otra que la excelsa esposa de Siva, que entre otros muchos lleva también los nombres de Parvati y de Kali. Ella es de quien se dice ya en los Vedas: «Es madre de millares de sistemas de mundos... y sin embargo, es virgen.»

Lo mismo que su temible esposo Siva, que es venerado con ella en Madura, en el mayor templo del mundo, bajo el nombre de Sundaresvara, ha descendido muchas veces a la tierra en reiteradas encarnaciones. Una vez, hace mucho tiempo, gobernaba en la India un gran Rey, por nombre Malayadvaja. Durante mucho tiempo sus esposas no tuvieron hijos, y como temía la desaparición de su estirpe, se dirigió a Siva con un gran sacrificio. El piadoso príncipe recabó su gracia y ocurrió un milagro, pues del sagrado fuego del

sacrificio surgió Parvati misma, en figura de párvulo. Sin embargo, el Rey vió con espanto que la criatura enviada por el cielo, una niña, venía al mundo con tres pechos. Nuevos sacrificios y oraciones, hasta que se apareció un ángel y anunció que el tercer pecho desaparecería tan pronto como la princesa se encontrase con su marido.

La «diosa de los ojos de pez»—que tal es el significado de la palabra Minakchi—crecía a la manera de una esbelta palma. Pronto murió el Rey, y Minakchi, transformada en doncella, llegó a ser reina de Madura. Entonces marchó con un gran ejército y dominó no sólo a todos los príncipes de la tierra, sino también a las deidades del cielo, sin exceptuar a Indra, el supremo de los antiguos dioses. Pero cuando la atrevida emprendió la campaña contra el señor del universo, Siva, he aquí que desapareció como por encanto el tercero de sus pechos, y Minakchi se encontró frente a su señor y esposo. Entonces Siva encarna también con el nombre de Sundaresvara, se celebran brillantes bodas, y la pareja de dioses domina felizmente por mucho tiempo sobre Madura. Más tarde, cansados de su peregrinación en carne mortal, Siva y Parvati se despojan de su indumentaria terrena y ascienden al cielo.

Aunque son omnipresentes, residen de un modo especial en el grandioso templo de la Minakchi, al que acuden en peregrinación incesante desde hace siglos millones de piadosos hindus, para penetrar con profundo estremecimiento del alma en el maravilloso y soberbio santuario de la diosa con ojos de pez.

* * *

Por una llanura sedienta, materialmente socarrada por el sol, avanza el tren. A los lados de la vía, las

fantásticas formas de las cácteas lignificadas y cubiertas de polvo. Por los campos, algodóneros y sorgos. Acá y allá, un espeso y antiquísimo árbol *banayana*. En las estaciones, vida extraña y chocante. Esbeltas indias, vestidas con polícromas muselinas, lucen libras de alhajas de oro y plata en las aletas de las narices, en los tobillos y en los dedos de los pies. Mendigos mutilados lanzan el monótono y quejumbroso grito de «Babu» (señor). Muchachitas ataviadas vuelven a compás sus grandes ojos negros a un lado y a otro, a la vez que ejecutan extraños y graciosos movimientos con las manos.

A mediodía llegamos a la gran ciudad santa de Madura, la Atenas de la India meridional, sólo superada en la India por Benarés como centro de peregrinación. Con más de cien mil habitantes cuenta la ciudad, y sin embargo, no tiene un alojamiento para europeos. Por eso en la estación del ferrocarril se disponen algunas camas para los *sahibs* blancos que van de viaje, y además hay un pequeño *dak bungalow*, una hostería del Gobierno, donde puede uno detenerse veinticuatro horas.

Apenas me había quitado el polvo del viaje en uno de los aposentos de la estación, cuando apareció un hombrecillo viejo y se ofreció como guía entre muchas zalemas. Me presentaba con orgullo un abultado libro de testimonios, donde muchos *sahibs* habían certificado su satisfacción por la maestría del viejo como *cicerone*. Mientras hojeaba el libro, me dijo el viejecillo respetuosamente:

—Señor, en tu frente está escrito que en tu patria eres un hombre de alto rango; por eso será para mí un placer especial guiar a tu Excelencia.

Yo le contesté menos respetuosamente, algo que equivale a la frase española «¡Te veo, besugo!»

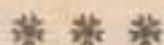
Con gran sorpresa mía, me hizo el viejo nuevamente una grave zalema y dijo:

—Desgraciadamente yo no entiendo alemán. Por eso te ruego, señor, que me regales un vocabulario alemán-inglés. Mi dios, Siva, te lo pagará.

Con toda rapidez fué trazado el plan para visitar a Madura y su dilatado templo, pero cuando se trató de la distribución de las horas, el viejo volvió a humillarse ante *mi Excelencia* y dijo:

—Desgraciadamente no tengo reloj, porque mira, yo soy pobre. Por eso ruego al gran *sahib* que me regale un reloj, y yo lo conservaré en gran estima como recuerdo.

Por concluyentes razones le dí la contestación en alemán. Si el viejo obtiene alguna vez el vocabulario, podrá traducirla.



Grandioso y extraño es el aspecto de la ciudad santa Madura, y muy a propósito para llenar de misteriosos estremecimientos incluso al forastero. Como las casas son bajas y planas, desde todas partes se ven las sobresalientes torres piramidales del templo, llamado *gopuram*, que se elevan como montañas por el aire. Quien quiera estudiar los gustos, los ideales y las convicciones religiosas del pueblo hindu, tiene que ir en peregrinación a Madura, al templo de la Minakchi, cuya influencia y cuyo poder sobre las almas se extienden hasta dilatados países. El suelo por donde avanzamos nos dicen es sagrado. Muchos dioses y diosas del gran panteón indio encarnaron aquí, e innumerables millones de mortales, que buscaban consuelo, llegaron desde época remotísima, inundados de esperanza, al santuario de la Minakchi y de su excelso

esposo Siva. Con este sitio enlaza tanto la historia como la leyenda.

En la corte de Madura, capital del reino Pandya, residieron ya enviados griegos hacia el año 300 antes de Jesucristo. A principios de nuestra era, Madura era ya muy conocida por Plinio como sede de príncipes y dioses. Pero todavía mucho más lejos llega la historia india, que transforma la cronología de la ciudad en un milagro, grandioso y complejo, de leyendas.

No todo parece haber sido simple leyenda y fábula, como los habitantes posteriores de Madura pudieron experimentar con gran espanto suyo. De la cancela del santuario del templo, donde se levanta la estatua de Nataraja, o sea del Dios Siva como volteador de mundos, se había desprendido una piedrecita. Inmediatamente se produjeron incendios en la parte meridional de Madura, algunos hombres quedaron ciegos, algunas lagunas y fuentes se secaron, y cayeron rayos del cielo sereno, sin que se pudiese averiguar la causa de aquellos espantosos fenómenos. Por último, un *brahmán* descubrió en el muro el agujero por donde se derramaba hacia afuera el irresistible fuego divino. Rápidamente se tapó el boquete, y desde entonces cesaron los fenómenos aniquiladores...

En el vehículo usual del país, en la *ekka*, un carrito de bueyes con toldo, avanzamos traqueteando por las abrasadas calles y contemplamos admirados la vida india, enormemente pintoresca, que nos envolvió por vez primera. Todas las razas de la India están representadas en Madura, cada una de ellas dividida en muchas castas. Todas ellas muestran sus diferencias en la ropa, en el corte del pelo o en la pintura, pero sólo un indígena puede distinguir razas y castas. Elevado rango ocupan los *surachtras*, palabra que significa «tejedores de seda», sin que los pertenecien-

tes a la casta tengan que dedicarse todos a esta profesión. Los trabajadores pertenecen generalmente a la casta *kallan*; los cambistas a la casta *natukolai*; pero sobre todas las castas se hallan los *brahmanes*, que constituyen una gran mayoría y se dedican a profesiones literarias o sacerdotales. Trafaga la gente, ceñida de turbantes y con pintorescos y abigarrados vestidos. Los pertenecientes a las castas inferiores sólo llevan un mandil. Delante de la frente muestran rayas grises horizontales, hechas con ceniza sagrada; entre los ojos, el sello rojo de Siva. Otros llevan la raya roja de la diosa Minakchi, las dos rayas blancas de Vichnú o el signo de Siva. Rara vez se descubren frentes sin pintar, y éstas pertenecen a los pocos mahometanos o cristianos que allí hay. Son encantadoras las niñas y muchachas hindus. Esbeltas como ciervos, y con aire de reinas an andar. En las morenas caras, finamente cortadas, semejantes a las nuestras, brillan grandes ojos. Un tejido polícromo y delicado las envuelve el cuerpo. En las fuentes públicas se desarrollan escenas propias del Antiguo Testamento. Filas enteras de jóvenes, con cántaros de latón, que relucen como el oro, sobre la cabeza, esperan unas tras de otras en sus puestos. ¡Qué escenas tan preciosas para la fotografía! Pero es imposible tirar una placa, porque inmediatamente surge una turba importuna. Se rodea al *sahib* y se extienden cien manos para recibir la limosna. La gran plaga nacional de la India es una pordiosería terrible y refinada.

—Resulta odioso—le digo al viejo guía—que tus paisanos mendiguen de los extranjeros.

—Tu boca rebosa sabiduría—me contesta poniendo la mano sobre su frente—; sólo que esta vez estás equivocado. Al pedirte limosna esos pobres, te ayudan a hacer buenas obras. No son ellos los que tienen que dar gracias, sino tú. Mi dios Siva ordena a los acau-

dalados que repartan entre los pobres de su abundancia.

Poco a poco se va arrastrando la *ekka* entre el tumulto callejero de personas pintadas y repintadas. Las casas están abiertas; todo el tráfico y comercio se hace al aire libre. Entre los hombres avanzan tranquilamente las vacas sagradas, y se despachan a su gusto en los puestos de hortalizas de los vendedores. Nunca se las espanta, sino que se extienden hacia ellas las manos, plegadas en oración. En los ángulos de las calles se alzan grotescas caricaturas de Siva, a las que hacen reverencia los viandantes.

Por último se detiene el carro de bueyes. Hemos llegado a la ciudad templaria y la vista se eleva con asombro hasta las poderosas torres piramidales y sus mil y mil figuras y puntas.



El domicilio de la diosa de los ojos de pez, la mayor estructura templaria de la tierra, se yergue como un castillo legendario en el centro de la ciudad. Forma un rectángulo casi regular de 750 pies de largo por 830 de ancho. El solar, que ocupan las edificaciones, mide 25 acres. Cuatro altas murallas de piedra cercan los santuarios, y cada una está cortada por un *gopuram* o torre piramidal de unos 150 pies de altura. Las capillas de la Minakchi y de su esposo Sundaresvara, en el santuario principal, están rodeadas a su vez por tres murallas, y cada una se adorna con pirámides más pequeñas.

En el interior de la ciudad templaria hay sitios sagrados, altares, ídolos, casi innumerables, y un número igualmente grande de instalaciones profanas, que todas son necesarias para el sostenimiento de tan gi-

gantesca institución. Allí está el estanque de los lirios de oro para las abluciones religiosas de los *brahmanes*, el pórtico de las mil columnas, la cámara de los 63 santos, centenares de capillas para deidades subalternas, innumerables estatuas de príncipes, dioses, héroes y santos, galerías y nichos, además de las ocultas cámaras de tesoros, de las viviendas, de las cocinas, de los jardines de flores y hortalizas. Toda aquella obra maestra de la arquitectura religiosa dravídica es de piedra. La madera casi no se usa.

A través de una de las torres piramidales, que al mismo tiempo sirven de puertas, entramos en los pórticos abiertos del templo, cruzamos dos veces los amplios intercolumnios y nos encontramos en medio de los dioses. Pero también en medio de los hombres, porque por todas partes, en los pórticos, en los patios, en las columnatas, domina vida bulliciosa. Ya debajo de los arcos de las puertas se sientan centenares de mercaderes con fruta, flores, ofrendas y viandas. Sobre las losas del suelo se tienden los peregrinos, casi desnudos, con la frente manchada de ceniza. Entre las innumerables imágenes de dioses, todas las cuales tienen un aspecto iracundo y aterrador, se detienen enfermos, que buscan la salud al amparo de las deidades. Piadosos *yhogi* están sentados junto a las paredes y leen en voz alta, aunque para ellos solos, las sagradas *sutras*. Al acercarnos nosotros, tocan una campanilla, «para darnos ocasión de hacer obras buenas». Mendigos profesionales, verdaderos hombres de la selva, fuertes como osos, adornados con una especie de rosario al cuello, corren tras de nosotros y nos piden en voz alta un socorro «para sostener su vida agradable a Dios». Dondequiera que hay un espacio libre en las paredes, se ven mendigos. Detrás del *sahib* marcha toda una procesión de curiosos.

En el centro de los pórticos, por los cuales se pier-

de uno, hay un estanque cercado, el estanque de los lirios de oro. Alrededor hay arcadas, donde resuena un canturreo incesante. Escuelas enteras de sanscrito están sentadas por el suelo y escuchan las palabras de los maestros. En otros sitios se cantan textos sagrados a los acordes de un antiquísimo instrumento de arco. El aire está impregnado de los penetrantes aromas del incienso, de la madera de sándalo y de las flores tropicales. En una gran taza se ve a todos los transeuntes frotarse las frentes con ceniza sagrada. Contra una enorme estatua de un dios se apoya una escalera, y se unta al dios la cara con manteca. Cuando el sol empieza a descender, a eso de las cinco de la tarde, en el estanque de los lirios la vida llega a su apogeo. Cientos de *brahmanes* bajan los peldaños para cantar himnos védicos y hacen las abluciones rituales. Una ola de murmullos y olores invade los pórticos. Todos los *punditas* levantan sus voces y explican los poemas clásicos del Ramayana o del Mahabarata. Narradores de historias, familiarizados con todas las proezas de las deidades indias, reúnen en torno suyo un círculo de oyentes. El pueblo se desborda en todas direcciones.

Arriba, donde el aire caliente se estremece sobre el estanque sagrado, sobresale al dorado resplandor del sol una de las torres piramidales con sus mil figuras y figurillas, y su sombra se proyecta sobre el agua oscura y espejeante.

—Prepárate ahora—me dijo el viejo guía con voz contenida—a entrar en los lugares más sagrados, hasta donde os está permitido a los europeos. ¿No sientes ya la inmediata proximidad del gran Siva y de su excelsa esposa? Accediendo a tus altas órdenes, haré todavía más—pero tienes que raparte la cabeza y echarte un paño sobre los hombros—, y te llevaré esta noche secretamente al templo, para que asistas al atavío del dios y a una gran procesión sagrada. Siva per-

mitirá graciosamente que tu Excelencia sea tomada en la obscuridad por un peregrino hindu.

Al llegar aquí sonrió el viejo, pero en seguida volvió a tomar aspecto grave, colocó la mano sobre la frente y añadió pensativo, pero muy expresivo:

—En tus nobles rasgos, señor, puedo ya ver desde ahora que tu Excelencia me ha de recompensar como un príncipe por mis afanes. Porque mira, tú eres ilustre y rico, pero yo soy pobre y de bajo nacimiento.

Dicho esto, el guía se untó toda la frente con ceniza sagrada, hizo una reverencia a los ídolos que había en torno y se adelantó hacia los santuarios interiores de Siva y Minakchi.



En la triada de las deidades hindus, Brahma es el primitivo creador, Vichnú el conservador y Siva el destructor. Sólo que en la filosofía religiosa india destrucción no significa otra cosa que transformación; aniquilamiento es igual a nueva existencia, y muerte, a renacimiento.

En el templo de la Minakchi se encuentra a Siva en las más distintas formas, porque no sólo es Isvara, el dominador del universo, sino también Butesvara, el señor de los espíritus, de los espectros y de los demonios. Bajo esta advocación lleva serpientes como adorno de la cabeza, y calaveras por collar. Tiene tres ojos; como en los cíclopes, se encuentra el tercer ojo, el de la sabiduría y de la ira, en medio de la frente. Su garganta es azul, porque en una ocasión tragó un veneno mortal, para salvar al mundo. Tiene cinco caras y cuatro brazos. Por sus bucles se desborda el caudaloso Ganges; en su mano sostiene la *cinaca*, el tridente; una piel de ciervo pende de sus hombros; su acompañante es Nandi, el toro. Innumerables son las for-

mas y atributos, bajo los cuales se presenta Siva al admirado visitante.

Cuando un peregrino hindu se acerca al principal santuario del gran templo, sigue el camino inverso que seguiría un europeo para recoger impresiones: no pasa de la soledad y sencillez al esplendor y al tumulto, sino que avanza del ofuscante brillo a la absoluta nada de la espiritualización y del recogimiento. Desde las interminables arcadas con sus mil ídolos, desde el tumulto de santos y profanos, de sacerdotes, mendigos y peregrinos, se pasa a un pequeño espacio tranquilo, donde campean el dios y la diosa en forma de pequeños broncees entre guirnaldas de flores, y luego a otro espacio menor y más sagrado, que sólo contiene el signo del dios, sobre un altar sostenido por ocho elefantes. Allí se encuentra el peregrino indio tembloroso en la inmediata presencia del señor invisible y omnipotente del mundo.



Como la entrada a este santuario principal está prohibida a los europeos, nos dirigimos directamente al pórtico de las mil columnas, una de las maravillas de la arquitectura dravídica. El número mil no significa una frase, porque de las mil columnas que soportan este pórtico, en realidad sólo faltan quince, que se han derrumbado. Al avanzar por este bosque de columnas, le parece a uno asistir a un milagro, porque no se descubre un laberinto de muros y huecos, sino que desde todos los puntos se advierte la misma soberana disposición simétrica, que no se perturba por ningún desplazamiento óptico. Desde cada sitio se ven 16 columnatas de distinta anchura, y se abren 16 grandiosas perspectivas con otros tantos reflejos extraños.

El escenario es grandioso hasta tocar en los límites de la irrealidad.

En las puertas, como en todo el templo, se alzan las deidades Ganesa y Subramanya. Generalmente Ganesa es llamado el dios elefante, porque tiene cabeza elefantina; es un hijo de Minakchi. El otro guardián de la puerta brotó del cuerpo de Siva, como Atenea de la cabeza de Zeus.

Delante de un elevado altar, en el centro del templo, estaba en pie un joven sacerdote con una gran corona de jazmines en las manos. Cuando se acercó el guía con el europeo, a quien seguía un enjambre de curiosos, de peregrinos y mendigos, el sacerdote hizo una profunda inclinación, y el guía dijo solemnemente:

—Señor, por la boca de este joven *brahmán*, el sacerdote supremo te ofrece su saludo. La costumbre exige que tú ahora ofrendes a mi dios Siva y a su excelsa esposa tu sacrificio en forma de dinero.

En seguida deposité sobre el altar algunas rupias, y el *brahmán* me colgó al cuello la guirnalda de flores con una bendición.



Nuestro carrito de bueyes nos lleva al día siguiente a la circunscripción de la ciudad y al soberano Teppa Kulam, un gran estanque cuadrado, en cuyo centro se levanta un templete de reluciente mármol. Todos los años en enero son conducidos allí el dios y la diosa en una gran procesión, para que se bañen. La nota característica del paisaje es el árbol *banayana*. Se encuentran robustos ejemplares, que están rodeados por todo un pórtico de raíces ramíneas. El río Vaigai, salvado por nuestro carro sobre un ancho puente de piedra, está vacío por esta época, si se prescinde de algunos cenagales. En éstos se ven cientos de lavande-

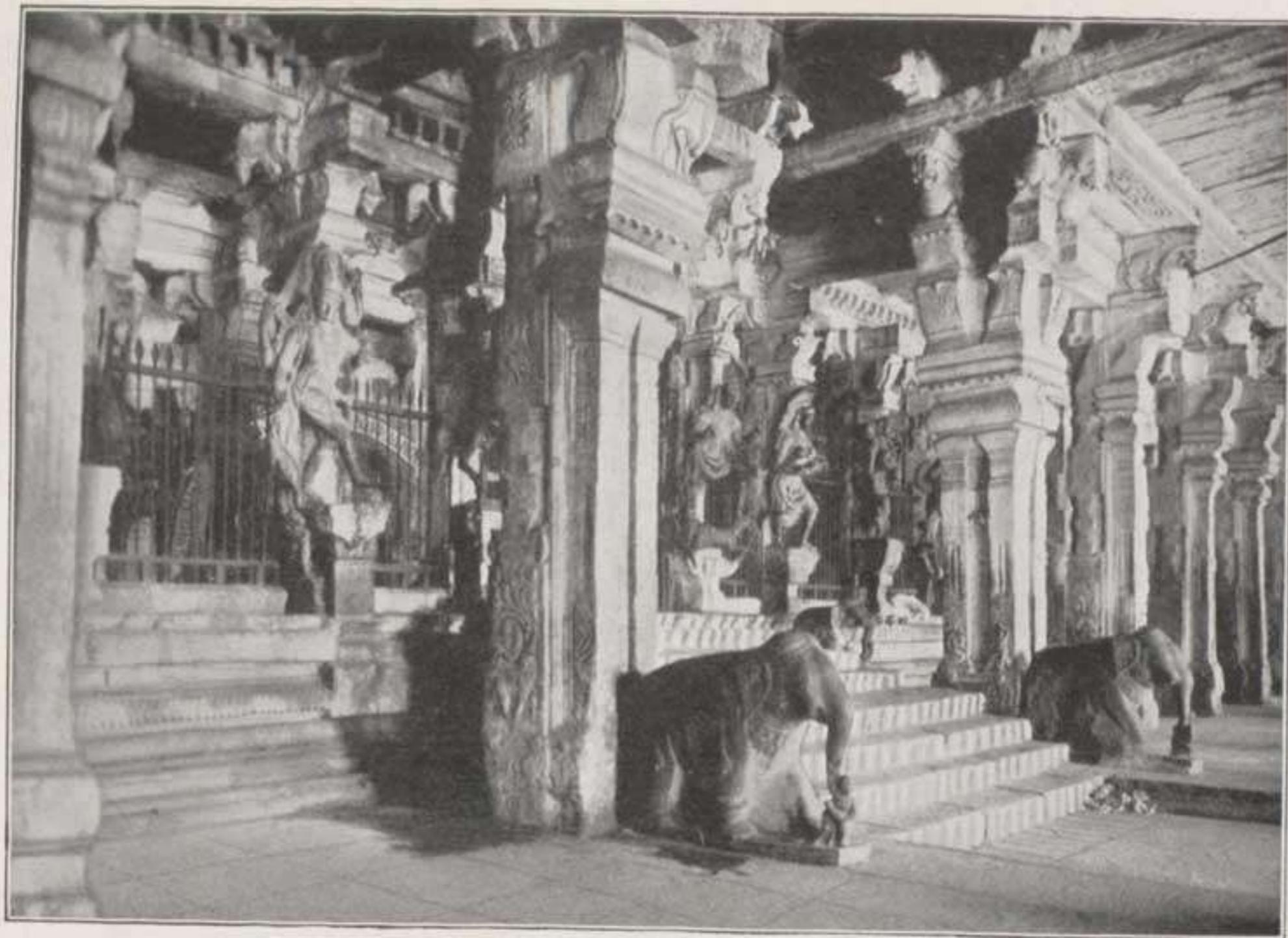
ras, que «lavan», golpeando las húmedas prendas contra las losas. En junio el río vuelve a llenarse hasta alcanzar 14 pies de profundidad. Por el camino encontramos el templo de la «diosa de las viruelas». Sobre la techumbre plana se alzan varios miles de muñecos, que han sido ofrendados a la diosa por los padres de los niños variolosos.

En la calle bullen, como en todo el mundo, niños jugando. Las muchachas y mujeres parecen princesas por su figura y actitud. Se comportan con orgullo y dominio, sin miedo ni curiosidad. En los patios se las ve ocupadas en majar cereales. Los mercados pululan de vida pintoresca, pero el abrasado aire casi es opaco; tan saturado está de polvo. Gentes sucias, tocadas con turbantes, saludan al blanco llevándose la mano a la frente. Comerciantes de objetos de arte en metal hacen una zalema hasta la cintura, pero piden diez veces más de lo que aceptan al fin.



Es de noche. En las ardientes calles de Madura todo está en silencio y tinieblas. Se van reuniendo hindus, que avanzan todos en la misma dirección, hacia el templo. Entre ellos marchan el encorvado y viejo guía y el europeo, que parece un peregrino hindu. Sobre mi rostro, quemado por el sol, aparece completamente rapado el cráneo. Llevo un paño sobre los hombros. A través de una pequeña puerta lateral llegamos a los amplios pórticos, escasamente iluminados. Sólo a lo lejos parecen alumbrar claros incendios. Avanzando lateralmente por detrás de las sombreantes columnas, nos acercamos al enorme pórtico iluminado, nos mezclamos entre la multitud reunida, y experimento la emoción más extraña.

En el centro del pórtico, entre un aquelarre de sacer-



En el interior del templo de la Minakchi



Calle de Madura, en la India meridional

dotes, bailarines, bailarinas, ayudantes y pueblo, sobresale una colosal estatua de plata. Es Natasa, también llamado Sabapati, que se identifica al fin y al cabo con Siva. La inmensa figura está ejecutada en la posición de bailar, y sin embargo, es de aspecto temible. En la enorme cabeza de plata brillan unos ojos negros, tan grandes como platos, y un bigote negrísimo adorna la furibunda cara, henchida de fuerza. La colosal estatua, chapeada de plata, se levanta sobre unas andas enormes, que descansan sobre puntales, tan altos y gruesos como mástiles de navío. Se colocan escaleras; los *brahmanes* untan la amenazadora cara del dios con manteca; en torno de su cuerpo se cuelgan magníficas guirnaldas de flores; las andas se cubren con tapices y paños. A las místicas luces y sombras, que se difunden por el pórtico y los intercolumnios, coros invisibles de sacerdotes van cantando; delante de ellos, más a la luz, se hallan músicos con raros instrumentos, y al resplandor de las antorchas bailan doncellas del templo, mientras estridorean las gruesas ajorcas de plata de sus pies.

Llegan entonces cinco enormes elefantes por una columnata. Son los animales sagrados del templo. De pronto, el elefante delantero se detiene asombrado, avanza luego rápidamente hacia el sitio donde nosotros nos hallamos, y alarga su trompa por detrás de la columna. El animal me ha olfateado, porque los europeos difunden un penetrante olor, que fácilmente es percibido por los animales y los hombres primitivos, a causa del jabón con que se lavan. Soy descubierto; en un instante me rodean los sacerdotes, y tengo que redimirme con un doloroso sacrificio de dinero. El guía recibe una violenta amonestación y tiene que llevarme de allí en el acto.

Pero nos deslizamos por otra puerta hacia el templo y vemos pasar la procesión desde un escondite más

seguro. Delante, a la luz de las antorchas, van los cinco elefantes, todos pintados de blanco con signos sagrados; luego siguen muchachas cantando y bailando, trompeteros, tamborileros, *brahmanes* y monjes adornados con flores. Detrás de esta vanguardia se bambolea en la penumbra de las alturas, enorme y fantástica, la estatua de plata del dios, en su curiosa actitud, casi agachada, con la furiosa cabeza tendida hacia adelante. Setenta hombres arrastran por debajo al ídolo, anhelantes y sudorosos. Los que se apartan rendidos, son reemplazados inmediatamente por otros nuevos. Detrás desfila el enjambre del pueblo, cantando, rezando, levantando las manos. Afuera, en las calles, se añade todavía más gente. A veces se detiene la comitiva. Luego se precipita la muchedumbre desde las casas y ofrece al dios con largas pértigas viandas, frutas y manteca. Se le acercan las ofrendas a la boca y luego se colocan sobre las andas. Toda la familia se halla en pie delante de las puertas y reza en voz alta.

Una hora después regresa al interior la comitiva, que ha recorrido la mitad de la comarca templaria, y se hace silencio en las calles.

Aquella misma noche el viejo guía recibe del satisfechísimo *sahib* una propina realmente principesca, además de su salario.

—¿Estás contento?—pregunté.

—Más que contento—me contestó—; estoy sorprendido. Hoy por la noche podré dormir poco; más bien me dedicaré a encomendar a mi dios Siva los asuntos de tu Excelencia.

A la mañana siguiente, antes de la partida, apareció nuevamente el viejo y me dijo en tono confidencial:

—Señor, he pedido a mi dios Siva que te ponga en

el alma darme ahora como despedida otro regalo digno de tu alta posición. Lo que más me agradaría sería un anillo de sello, porque mira...

No pudo continuar. Yo le despedí.

Cuando ya estaba sentado en el tren, se asomó el viejo todavía a la ventanilla del *coupé* y me dijo:

—Señor, deja que nos separemos en paz. Yo te perdono. Los *sahibs* se excitan de vez en cuando; lo llevan en la sangre. Por eso no hay que vituperarte. Mi dios Siva te conduzca con seguridad por la India. Pero no olvides lo que me has prometido: un vocabulario alemán-inglés... un reloj... una chaqueta nueva... un anillo de sello... acaso, si te parece, algo de dinero... tu fotografía... alguna nueva...

No pude escuchar lo último que aquel sabio de Oriente todavía deseaba. Sus palabras se perdieron entre el ruido del tren, que salía de la estación.

2. La santa y gran ciudad de Kasi

La ardorosa y densa ciudad de Calcuta se sumerge en los rayos del ocaso, cuando mi coche avanza hacia la estación de Howrah, al principio por la enorme superficie verde del «Maidán», pasando junto al soberbio palacio del Gobernador, luego por anchas calles, por las que ruedan de acá para allá los coches de los europeos, después por calles más estrechas, henchidas de los colores y del polvo de la vida popular india, y por último, sobre ancho puente, por el Hoogly hacia la estación.

Cuando, mucho antes de la salida del tren, subo a mi departamento y el *kulí* arrastra tras de mí la maleta y el inevitable saco con la cama, ya un caballero de piel obscura se ocupa en extender su propia cama so-

bre el banco de enfrente. Este será, pensé yo, mi compañero de sueño.

—¿Se dirige usted a Benarés?—pregunté al joven hindu en inglés.

—Yo, no—me dice, mientras su cara se ilumina—; mi amo es el que va a la santa y gran Kasi; yo sólo soy su humilde criado.

El joven se aleja; otro hindu se precipita en el departamento y arregla de nuevo la cama ya arreglada; otro tercero, otro cuarto, otro quinto aparecen, para lanzar a la cama una nueva mirada inquisitiva. Cada vez se agolpan más hombres; uno de ellos coloca sobre el suelo una caja cerrada de hojalata, que probablemente contiene viandas; otro trae un *chettie* brillante como el oro y cuidadosamente tapado, con agua de beber; otro tercero coloca flores sobre la cama, y, en fin, otro, un paquete de periódicos. Cuando en el andén, precisamente delante de mi departamento, llega a juntarse un grupo pintoresco de unos cincuenta hindus, ya estoy firmemente convencido de que algún poderoso señor será mi compañero de viaje, acaso un *fercht* indio, cargado de condecoraciones y diamantes, o un alto dignatario espiritual. Me apeo un instante del coche y soy objeto de gran interés por parte del grupo que espera. Con muchas inclinaciones y cortesías se acerca a mí un respetable señor de cierta edad y me dice entre muchas zalemas:

—Nuestro amo tendrá el honor de ir a Benarés en compañía del *sahib*.

Cuando comprendo la insinuación y me inclino, añade el interlocutor en tono muy cortés:

—Por lo que veo, el *sahib* es un oficial.

Mi traje de caqui, sus botones de plata y el bastoncito que tengo en la mano, han engañado al buen señor. Pero yo le explico que soy un alemán en viaje de estudios. Inmediatamente me rodea todo un grupo de

hindus risueños, porque el viajero alemán goza en toda la India de gran estimación y cariño, por lo menos entre la gente ilustrada. En el alemán se ve desde luego al sabio, o por lo menos a un profesor. De distintos sitios se me pregunta:

—Señor, ¿entiende usted sánscrito?

Todos saben que los mejores conocedores del sánscrito son alemanes, y piensan que el conocimiento de este idioma es completamente general en los círculos ilustrados de Alemania. Abochornado, tengo que confesar que desgraciadamente de sánscrito sé muy poco, pero eso no impide que mis nuevos amigos me sigan acosando. Un joven declara con espanto de los demás que ha de visitar a Alemania, aunque pierda su casta. Otro joven estudiante no se cansa de hacerme preguntas sobre las condiciones sociales de mi país. Pero en el grupo de unas 50 personas, sólo hay diez o doce que hablen un inglés inteligible.

Por último, todos se dirigen con tumultuoso entusiasmo hacia la entrada, porque llega entonces el esperado. No es ningún príncipe, ningún general, ninguna lumbrera de la Iglesia, sino un joven sencillo, que se acerca benévolo y sonriente y es saludado con afán. Veinticinco personas me presentan al joven, que se lleva la mano a la frente con mucha cortesía. Por desgracia, su inglés no es del todo inteligible, pero averiguo que se dirige a Benarés para la boda de su hermano. Este hermano tiene cinco años de edad. Entre las bulliciosas despedidas de la multitud del andén arranca el convoy. No puedo contener más tiempo mi curiosidad y pregunto a mi camarada:

—¿Quién es usted y quiénes eran todas esas personas que le daban escolta?

—Todas esas personas son mis criados—me dijo—, o más bien dependientes de comercio, auxiliares, colaboradores, porque yo soy el jefe de una casa comer-

cial; y lo que usted ha observado debe atribuirlo a nuestro antiguo sistema patriarcal. Todos nosotros somos como una familia.

—Era hermoso—observé yo—cómo esas gentes se preocupaban de usted, le arreglaban la cama y trataban de acomodarle lo mejor posible.

Con orgullo y modestia a la vez, me contestó el joven hindú:

—También yo les doy el pan.



Avanza la mañana sobre los campos quemados por el sol, y ya está cerca la ciudad santa. Hace mucho rato que mi cama está metida en el saco verde, que me acompaña por toda la India, y estoy en pie junto a la ventanilla aguardando las primeras señales, que me anuncien la proximidad de la sagrada ciudad. También mi joven compañero de viaje se ha levantado, ha derramado agua del dorado *chettie* sobre sus manos y ha murmurado plegarias matinales. Por los campos hay ya mucho movimiento. Pesados búfalos marchan arrastrando antiguos arados de madera. Sobre el lomo de cada animal se posan pájaros negros, que no se desprenden con el movimiento. Son «carreteros», que arrancan a los búfalos los insectos de la piel velluda. Por los aires se ciernen aves de presa. Elefantes y bisontes arrastran cargas, y los *ekkas* de dos ruedas avanzan por los polvorientos caminos que cruzan los campos. Primitivas, como los hombres, son las edificaciones, que pasan junto al tren. Son todas casas de adobes. Los hombres muestran al desnudo su piel morena. Las mujeres constituyen una excepción. Esbeltas, con grandes ojos grises de gacelas, avanzan con paso orgulloso, envueltas en abigarradas muselinas.

Cuando el tren ha dejado tras de sí la estación de

Mochal Serai, un grito de mi compañero hindu me obliga a pasar corriendo al otro lado del tren. Con la mano me señala por la ventanilla, y no puede hablar. Las lágrimas le ruedan por la cara, y entrelaza las manos en oración. Cuando saco la cabeza por la ventanilla, se presentan a mis ojos al mismo tiempo dos fenómenos extraños. La vía forma una curva, y veo de golpe todo el tren, lleno de cabezas que se asoman y de manos que gesticulan. Si el tren fuese un barco, se inclinaría seguramente de costado, porque todos los pasajeros han corrido a las ventanillas, se han encaramado a los bancos, para poder ver por cima de las cabezas de los que están delante, y todos tienen puestos los ojos en la cinta de plata, que serpea a lo lejos por el paisaje, y en los abigarrados y pintorescos pináculos y doradas torrecillas, que acompañan a sus circunvoluciones. Sobre aquellos centenares de morenos viajeros ha pasado como un murmullo. Todos los ojos brillan de entusiasmo y emoción; las manos se pliegan y se percibe un marcado canturreo. También a mí me late el corazón más aprisa; también mis ojos se alegran, porque aquella serpiente de plata, que cada vez se hace más clara, es el sagrado Ganges, que arrastra sus benditas aguas por el centro del reino de Siva, por la gran Kasi, adornada con mil templos, ciudad que los *sahibs* llamamos Benarés.

Un gran viajero, para quien ningún sitio de la tierra quedó escondido, ha hecho la afirmación de que sólo tres ciudades del mundo merecen visitarse. Entre esas tres ciudades, eminentes por su historia y su carácter, incluye a Benarés. Inolvidable es ya el primer aspecto de la orilla del río con sus escaleras (*ghats*) cuajadas de gente, con sus pintorescas y maravillosas edificaciones, que se amontonan unas sobre otras y se reflejan en el agua del Ganges. Este agua, dicen los indios, es tan bienhechora que no admite ninguna impu-

reza; es de una pureza tan divina, que el veneno y la suciedad abandonan a todo objeto profanado, tan pronto como el agua del río lo baña. Y llega por fin la ciudad, que descansa sobre la punta del tridente de Siva y no puede ser conmovida por ningún terremoto, por ningún fenómeno natural, y mucho menos por la fuerza humana. Benarés es al mismo tiempo la Meca y la Atenas del mundo hindu. De todos los parajes de los reinos indios acuden millones en peregrinación a Benarés, porque la sola presencia en la sagrada ciudad asegura el perdón de los pecados y la futura bienaventuranza. Las aguas del Ganges no sólo limpian el cuerpo, sino también la esencia inmortal del hombre. Por eso este agua no sirve sólo para bañarse, sino también para abluciones interiores. La misma agua, en que diariamente se bañan en breve plazo más de cien mil personas, en la que se desparraman las cenizas de innumerables cadáveres quemados en la orilla, en la que diariamente se sumergen millones de guirnaldas de flores, se bebe con delicia. Si la fuerza purificadora del agua del Ganges fuese una simple fábula, no cesarían en Benarés las epidemias, particularmente el cólera, y adoptarían formas colosales. Realmente parece que la antigua fe tiene un fundamento y se relaciona con la condición de este agua. Samuel Clemens, mejor conocido por el nombre de Mark Twain, cuenta en su obra «Tramps abroad» que en su época se hicieron las más curiosas experiencias con el agua del Ganges. Por ejemplo, los bacilos del cólera acabaron por morirse en pocas horas dentro de ella.

Igual a una visión de las «Mil y una noches» se presenta la escalinata de la orilla del Ganges ante los ojos asombrados y vuelve a desaparecer. Nuevamente se dirige el tren tierra adentro. En la estación de Kasi abandonan los hindus el tren. Los pocos europeos allí reunidos seguimos avanzando un trecho, para dirigirnos

luego en soberbias carrozas, que se preparan para la gente blanca, a la grandiosa ciudad-jardín del barrio europeo, a Sikrol.

En Sikrol, extensa ciudad llena de anchas avenidas, donde cada casa se halla dentro de un frondoso parque, donde flotan por el aire la tranquilidad y la contemplación, no se sospecha siquiera la proximidad de la hirviente Kasi.

* * *

Una mañana entré en Benarés montado en la inevitable carroza con el sumiso guía a mi lado y con lacayos de turbantes verdes delante y detrás de mí. Formaban el tránsito a la ciudad indígena largas calles polvorientas, llenas de chozas derruidas, con la parte anterior abierta, de suerte que se podía observar a los moradores en sus quehaceres domésticos. Por las calles sin pavimentar, entre ganado suelto, se veían niños desnudos y hombres desaseados. Cada vez se hace más denso el bullicio de la calle y se espesan más las masas humanas, pero no disminuyen los signos de la decadencia. Parece suprimida toda idea de orden, como nosotros la adquirimos en Europa. A cada cien metros se tropieza con un templo, pero sólo se distingue de las demás edificaciones por su peculiar coronamiento, por las doradas techumbres o torrecillas. Alrededor se apoyan en él casitas y chozas, y le rodea un laberinto de angostas callejuelas. Con el guía delante, con un criado detrás, para apartar a los mendigos y a los curiosos vagabundos, avanzamos por este mundo maravilloso y quisiéramos tener más ojos para poder retener todos los detalles. Todas las tiendas están abiertas. Se venden viandas y frutas, y miles de recuerdos de la peregrinación a Benarés, consagrados por la bendición de los sacerdotes *brahmanes*. Junta-



mente se ofrece una multitud de ídolos: Siva con muchos brazos y caras, su hijo Ganesa con cabeza de elefante, las santas compañeras de los dioses y estatuas de santos. En el pueblo, que se empuja por las calles, están representadas todas las castas, desde el paria, que se humilla ante los poderosos y vive de la mendicidad, hasta el rico y viejo peregrino, que, acompañado de numerosa servidumbre, visita los templos. En los países de la decadencia de la fe apenas se comprende ya que, como cuenta Klipling, muchos encumbrados y sabios hindus, algunos de ellos millonarios, se despojen de todo lastre terreno, abandonen sus palacios, sus riquezas, sus familias, y marchen como desconocidos en la ancianidad a los lugares sagrados, para terminar su vida mirando hacia el Ganges. Al europeo, que sólo ha circulado una hora en medio del calor y del polvo de la sagrada ciudad, semejante término de la vida le parece una suerte casi espantosa.

La abigarrada e inconcebible confusión se acrecienta todavía por la multitud de animales, que se mezclan tranquilamente entre las personas. Son en su mayor parte vacas sagradas, que eligen pacíficamente el forraje en los puestos de hortalizas, turbas de perros parias, conejillos del Ganges, pavos reales, y luego los animales de carga, caballos, camellos y elefantes. De vez en cuando una *ekka* rebosante, uno de esos carros de dos ruedas, que corresponden a nuestros simones, trata de abrirse camino entre el tumulto. Y por todas partes un eterno batir de *gongs*, un eterno campaneó que llega de mil templos.



¡De mil templos! ¿No parece una figura retórica exagerada? Y sin embargo Benarés cuenta en realidad nada menos que con 1.454 templos hindus, 272 mezqui-

tas, varios templos *dchain*, un templo budista; en total más de 1.800 oratorios. Casi todos estos templos están cerrados para el europeo; entrar en tales sitios lleva aparejado el peligro de muerte por el fanatismo del pueblo bajo. Únicamente el templo de los Monos y el templo de la Vaca sagrada se pueden visitar. Al interior del gran templo dorado sólo se puede dirigir una mirada a lo sumo por un agujero de la pared.

Cuando nos dirigimos al templo de los Monos, nos salen en seguida al encuentro tres policías y se ponen a disposición del *sahib*, saludando militarmente. En realidad es el templo de la Durga, sombría personificación de la esposa de Siva; pero popularmente sólo se le llama el templo de los Monos, porque dentro de sus muros suele haber manadas enteras de simios *hanumán* (*Semnopithecus entellus*). Actualmente hay algunos centenares, pero antiguamente se contaban por miles. Por deseo del Gobierno se disminuyó esta plaga de monos, para lo cual se llevó a los bosques un par de miles, porque al hindu no le está permitido matar un animal. En pie sobre un muro, desde donde la vista se extiende libremente hasta lo más hondo de aquel edificio, bastante abandonado, observamos todo el bullicio de los monos. Ventrudos pachás estaban sentados sobre las cornisas; madres jóvenes con sus hijos en brazos tomaban el sol; monitos y monitas corrían unos tras de otros por las paredes y las ramas de los árboles. En medio de aquella algarabía, estaba abajo sobre las losas del templo, perezoso y regalón, el alto sacerdote. Cuando se dió cuenta de mi presencia allá arriba en el muro, me dirigió una sonrisa, agitó la mano de un lado para otro y me gritó con voz rasgada unas palabras para mí incomprensibles. Al instante se precipitó de un pasadizo lateral otro individuo medio desnudo, se encaramó a mi sitio y me llevó una flor con un cestito de maíz, para que diese

de comer a los monos. Las bestezuelas no se preocupaban lo más mínimo de la comida. Pero el enviado del alto sacerdote no cejó hasta que recibió en compensación un regalo. Cuando mi limosna se deslizó en la mano del *bonzo* supremo, éste me guiñó hacia arriba; haciendo un último esfuerzo desesperado, giró de costado y se volvió a dormir.

Todo era completamente distinto en el templo de la Vaca, donde hasta nuestro guía pareció sentir sagrados escalofríos y se inclinó profundamente ante el ídolo de una gran vaca de piedra tendida. Esta vaca, que se halla en un patio de columnas, debe de poseer gran fuerza de atracción, porque está completamente rodeada de penitentes y orantes, que le cuelgan guirnalda de flores en los cuernos y la adoran con las manos entrelazadas. Allí nos acogió ya el representante de un *brahmán*, nos entregó la obligada guirnalda de flores y nos llevó misteriosamente, subiendo y bajando escaleras, sobre los muros y tejados, hasta que por último nos detuvimos ante una ventana por donde se dominaban las techumbres del famoso templo dorado. Todas las cúpulas están cubiertas de oro y resplandecen al sol. Aquella casa, consagrada a Siva como Señor del Universo, se considera como el templo hindu más santo de toda la India.

De los otros 1.800 templos sólo vi algunos por fuera, y entre ellos el templo de Nepalese, que se yergue directamente sobre la orilla del río. Todos los demás templos permanecen *tabu*.

* * *

De madrugada en el Ganges. Todavía el sol se rezaga bajo el horizonte, pero ya está muy cerca, aunque la sagrada corriente aparece aún cubierta de grises y delicados cendales. Al sonar el pito del guía se

acerca una barca; está provista de un elevado asiento y ya está esperando al *sahib*. Avizorando a través del fresco ambiente matinal, embarcamos, y poco a poco la barquita se desliza agua abajo en la penumbra del amanecer.

En las estrechas calles que bordean el Ganges había ya animación. Apretándose unos a otros, avanzaban cientos y hasta miles de personas hacia el río para hacer los lavatorios y baños rituales. Hombres y mujeres, altos y bajos, llevando en las manos ricas guirnaldas de flores para ofrendárselas al río y a los dioses. Por una larga y resbaladiza escalera, muy inclinada, descienden por último a la orilla. Pero sus edificaciones están todavía sumergidas en la media luz, y sólo los toques de campanas y los sonidos del *gong* descubren los millares de santuarios ante los cuales se reúnen peregrinos, penitentes, *yhogis*, *brahmanes* y otras personas piadosas.

De pronto se rasga el velo vaporoso, sale el sol y derrama sus claros resplandores sobre el Ganges y la ciudad sagrada. Empujada por firmes manos, flota mi barca muy cerca de la orilla, y ante mis ojos se presenta un espectáculo tan fantástico como no puede darse otro en el mundo. Desde el agua sube una dilatada escalinata, varias veces interrumpida por extrañas construcciones, hasta la ciudad colocada en alto, y allá arriba se hallan palacios y templos en tan confuso e indescriptible desorden que por la ley del contacto de los extremos se restablece un orden más alto en medio de aquella algarabía. El laberinto de quioscos, capillas, pabellones, terrazas, torrecillas, pináculos y puntas de todos los colores se equipara con la pintoresca confusión de gigantescas dimensiones. Hay allí enormes edificios con viviendas para peregrinos pobres, levantados por piadosos millonarios hindus, grandiosos muros de templos con techos áureos, palacios

medio derruidos, en cuya reconstrucción o demolición nadie piensa, y en medio de todos los santuarios hindus los altos minaretes de la mezquita de Aurangzeb, porque en Benarés están representadas desde hace siglos todas las religiones de oriente.

Pero el admirable espectáculo de la ciudad eterna de la India con el baldaquino azul de su cielo, bajo el cual las águilas trazan sus majestuosos círculos, mientras el sol abrasador asciende cada vez más en su trayectoria, desaparece pronto ante la fantástica, extraña y arremolinada ola de vida que se derrama desde la ciudad sobre todos aquellos *ghats de cuatro* gradas hasta la orilla del río. Allá arriba, sobre las escaleras graníticas de cien peldaños, hay como una densa muralla de hombres; pero por todas partes se desprenden, cuando el sol acaba de presentarse sobre el horizonte, pequeñas bandadas de figuras vestidas de blanco, que, poco a poco, entre canciones y campanadas, avanzan hacia el agua. Las últimas gradas de piedra desembocan en balsas y escalerillas de madera, que avanzan hasta muy dentro del agua. Los que ahora se sumergen en el agua sagrada del Ganges son los *brahmanes* y los pertenecientes a las castas superiores. Todavía no puede acercarse a los dioses ningún hombre de origen inferior, porque éstos primeramente se ponen en relación con los «dioses de la tierra», los *brahmanes*. Un cuarto de hora más tarde el cuadro ha cambiado radicalmente. Ahora es ya toda una avalancha la que se precipita sobre los *ghats* al agua, y toda la orilla del río está poblada de miles y miles de adoradores.

Muy pegada a la orilla flota ya la barquita. Todas las escaleras, todos los embarcaderos, todas las balsas, hasta el agua misma, está llena de hindus que se bañan, que se lavan, que ejecutan las ceremonias sagradas; son hombres y mujeres confundidos, las mujeres de cierta edad simplemente con el cuerpo des-

nudo, las más jóvenes envueltas en abigarradas telas. Sobre los embarcaderos están sentados, con la frente y las mejillas untadas de ceniza sagrada, muchos cientos de personas inmóviles, que dirigen la mirada hacia la corriente con profundo recogimiento. Probablemente han venido de muy lejos, la peregrinación ha exigido varios meses, pero al fin alcanzaron la puerta de la felicidad, llegaron al eterno Ganges, y ahora están aquí arrobados, completamente abstraídos en la contemplación de la corriente, cuya sola presencia creen ya les absuelve de los vicios y pecados terrenos. Otros están en pie dentro del agua y beben en el hueco de la mano el sagrado líquido, que en la orilla está ya revuelto por los millones de flores que se han arrojado. Un hombre de la edad de piedra, delgado como un esqueleto, permanece en pie todo el tiempo que yo puedo observarle desde mi barca, con las manos levantadas, inmóvil, con tres rayas rojas y horizontales sobre la frente, e invoca a Vichnú, cuyo signo lleva. Otros, en cambio, por medio de una pequeña taza, sacan incessantemente agua y vuelven a derramarla entre oraciones. Las mujeres dan saltitos en el agua. Las flores, generalmente jazmines amarillos, no siempre se arrojan al río a montones; se ven algunos adoradores que van dejando caer flor a flor y acompañan la ceremonia con una plegaria. Una muchachita arroja tres nueces de coco a la corriente y extiende las manos hacia el cielo en oración. Muchos penitentes se agarran la nariz, al mismo tiempo que murmuran sus oraciones. Y desde arriba siguen empujándose nuevas comitivas de peregrinos, y toda la orilla del río parece un hormiguero tumultuoso, una hora después de la salida del sol. Poco a poco la gente se va marchando por todos los *ghats* sagrados y sus templos, pasando por los pequeños cobertizos, donde los hindus queman a sus muertos, para esparcir después las cenizas sobre el

Ganges, pasando por los sitios donde el agua del Ganges se considera como especialmente santa y eficaz y que por lo mismo son más visitados que los otros, hasta que la barca, expuesta ya a los ardientes resplandores del mediodía, atraca al *ghat* Dasawamedh, y el *sahib*, asediado de gentío y de mendigos, deja tras de sí la vida incomparable de la sagrada corriente.

3. Maravillas indias. El "sueño de mármol"

Se acerca la media noche, y el bosque se sumerge como en una luz plateada. Susurrando misteriosamente se doblan las ramas de los alitísimos pipules sobre el amplio sendero, que a la luz de la luna parece un camino cubierto de nieve tendido sobre el bosque. Todo está en silencio. Sólo los cascos de los caballos producen un bronco retumbo. Semejantes a fabulosos animales de leyenda, brillan los dos caballos blancos al claro resplandor del satélite de la tierra. Detrás de los caballos, sobre un alto asiento, semejantes a estatuas, van los dos cocheros hindus con sus largos velos tendidos al aire. Como una aparición espectral, avanzamos por el bosque callado, extraño y fantástico. Detrás de mí, en la obscuridad de la noche, queda ya la antigua ciudad imperial de Agra, llena de maravillas de la remota época de los Grandes Mogoles, con el suntuoso palacio, con la joya de la mezquita Perla, con las fortalezas que desafían a una eternidad, con las casas de recreo, construídas con mármol y piedras finas para las mujeres favoritas. Delante de mí, tras del rasgado muro de la selva, espera la más soberana edificación del mundo, el Taj Mahal, esa maravillosa ofrenda del gran emperador mogol Chah Jahan a la mujer de su corazón. Ahora reposan ambos, el empe-



Las abluciones en el río Ganges



De madrugada la multitud se desborda hacia el Ganges

rador y Mumtaj-i-Mahal, la «soberana del palacio», en este mausoleo de fama universal.

Y yo veo como en una visión avanzar al emperador por el mismo camino que sigue mi coche. Su hermoso caballo blanco bereber avanza orgullosamente con arreos de oro. Detrás de él se mueve un brillante séquito de jinetes. El emperador es todavía joven y fuerte. Y sus audaces ojos, ávidos de belleza, miran ensañadoramente sobre la muchedumbre que le sigue, pero llenos de ternura se posan en una polícroma litera, que aloja a su esposa favorita. Pesadas cortinas de seda roja, cubiertas con sentencias del Corán, bordadas en oro, ocultan el celestial rostro, para que no llegue a él ninguna mirada profana. De pronto el emperador salta del caballo, se acerca a la litera y entreabre el cortinaje. Entonces se extiende por entre la seda roja una mano blanca, y la luz de la luna alumbra durante un instante una cara de mujer. En Cawnpore vi yo una vez a la luz del ocaso, sobre la terraza de una choza aldeana, una muchachita hindu de una belleza tan radiante, señera y atractiva como nunca la había visto, y ella era la que en mi visión nocturna sonreía ahora al emperador.

Ya el coche rueda cuesta abajo a través de una puerta sombría, que eclipsa el resplandor de la luna. Los grandes pipules y banayanas quedan atrás, y la visión ha desaparecido. Sólo unas cuantas vueltas de las ruedas y surge un espectáculo soberano y mágico, como todo sueño que la fantasía engendra. De la llanura iluminada por la luna se levanta un palacio, blanco como la nieve, que brilla como una estrella en el firmamento, y sus blandas formas son de una armonía que rivaliza con la música. Acogedor y sublime se levanta allí, grande e inactivo, lo mismo que un espectro mágico de las mil y una noches, construído por los espíritus del mismo Aladino. Ese es el Taj Mahal, el

«sueño», la «elegía de mármol». Con razón se ha dicho: «Los gigantes empezaron la construcción y los joyeros la terminaron».

Extiéndese ante todo un jardín de bienaventurados. Lo atraviesa un largo y estrecho cauce, donde se refleja la luna, y por ambos lados se levantan altos y armoniosos cipreses. Pero al extremo de la corriente de agua, allí donde parece estrecharse y donde las avenidas de ambos lados parecen confluir, se yergue una gigantesca portada con ingreso en forma de corazón, y sobre esta enorme portada flota libremente por los aires una poderosa cúpula radiante, coronada por una media luna de oro. Cúpulas más pequeñas se levantan sobre las alas laterales del palacio, que repite ocho veces las formas de la portada. En los cuatro ángulos del palacio se yerguen completamente libres, radiantes de blancura como el palacio mismo, sobre las sombrías copas de los árboles, cuatro esbeltas torres, cuatro minaretes, desde los cuales en otro tiempo los muezines convocaban a la oración. Ninguna descripción verbal, solamente la fotografía o el cuadro, puede presentar ante los ojos el encanto de la más bella de todas las obras del arte mauritano.

El pie se detiene, el corazón late más aprisa al contemplar este sueño hecho carne a la luz de la luna. Insensiblemente se pasa una hora en la tranquila contemplación del palacio mágico.

* * *

El Taj Mahal se refleja en las ondas del Jumna, el río más sagrado de la India después del Ganges. También él brotó del divino Siva, y sus ondas, en las que, como en Benarés, se bañan muchos miles de piadosos hindus, poseen alta fuerza curativa. El río espejean-

te refleja todavía las imágenes de poderosos castillos, pero en otro tiempo, hace siglos, reflejaba una vida esplendorosa sobre toda ponderación. Esto era en la época de los grandes emperadores mogoles, época que llevó a la India una de las muchas inundaciones humanas. Eran de origen tártaro, llevaban el título persa de Chah, y su lenguaje cortesano era también el persa. A principios del siglo XVI fué fundado el reino mahometano de los Grandes Mogoles por Baber. Su descendiente, Chah Jahan, que vivió de 1628 a 1657, levantó los magníficos edificios, que todavía hoy se cuentan entre las maravillas del fabuloso país de la India. La riqueza de los Grandes Mogoles era inmensa, como todavía hoy se dice con frase gráfica. Sus rentas debían de alcanzar anualmente a más de mil quinientos millones de marcos. Si se recuerda que el trabajo humano en aquellos países apenas cuesta nada, no causará asombro la magnificencia y la riqueza de las edificaciones. No sólo es el Taj Mahal una de las maravillas de la India; también los castillos y palacios, que datan de la época de los mogoles, son obras cuya amplitud resulta tan enorme como enorme es su magnificencia, ya destruída en parte. Las construcciones marmóreas de la orilla del Jumna fueron empezadas por Akbar el Grande, pero casi todo lo que irradia belleza y magnificencia se debe a su nieto Chah Jahan. Su palacio consta de muchos pabellones maravillosos, todos de mármol blanco, embutidos de piedras finas, que hoy han sido reemplazadas por trocitos de vidrio, porque las piedras auténticas fueron robadas hace mucho tiempo. Con asombro se avanza por el palacio laberíntico, por la grandiosa sala de audiencia Diwan-i-Khas con sus soberbias vistas a los jardines, donde en la época de esplendor se celebraban torneos; por las mezquitas y bazares, donde las damas de la Corte hacían en otro tiempo sus compras. Ante los ojos se pre-

sentan baños de mármol, con las paredes completamente cubiertas de espejeantes mosaicos. Los pabellones, los aposentos de las princesas, las calladas estancias con galerías caladas a través de las cuales se podía ver sin ser visto, no tienen fin.

Abajo en los patios solían organizarse luchas de elefantes. En muchos sitios las ondas del Jumna llegaban hasta el palacio, y magníficas barcas oficiales animaban la corriente. Muchos decenios hubieron de emplearse en la construcción de todos estos palacios. Elefantes y camellos arrastraban los preciosos materiales de todos los sitios de Asia, especialmente el mármol blanco, con un reflejo rosa, de Jaipur, la arenisca roja, el mármol polícromo, el cristal y todas las piedras finas que se encuentran en Ceilán y en la India.

Acercas de los arquitectos que levantaron todas estas obras admirables, andan divididas las opiniones. En el Taj Mahal, que consta enteramente de mármol blanco y está cuajado por dentro de piedras finas y de las más deliciosas labores escultóricas, debieron de trabajar 20.000 obreros durante veinte años. Como arquitecto se considera a Austin de Burdeos, pero otros atribuyen la construcción a maestros de Chiras y Bagdad.

Al recorrer el castillo del gran emperador se llega a una pequeña sala de mármol, y allí, desde una de las ventanas, se ve tendido en la lejanía el fabuloso palacio. En aquel aposento estuvo preso siete años el emperador, destronado por su hijo Aurangzeb, al cuidado de su piadosa hija Jahanara. Cuando murió el Chah Jahan, sus ojos vidriados se dirigían al Taj Mahal, su sueño de mármol.

* * *

De un empujón se abre ante mí la puerta del palacio. Aparecen dos guardias, que alumbran a la cara

del visitante con dos linternas, y después de haber comprobado que un *sahib* solicita entrar de noche, para visitar los sepulcros del emperador y de su amada, se retiran con una profunda inclinación. Aparece un guía y conduce al huésped a la luz de una antorcha escaleras arriba y abajo. Las blancas paredes reverberan al resplandor de la luz y centellean las piedras finas de los mosaicos. Altas bóvedas, donde repercute el eco de los pasos. Líneas suavemente onduladas, amplios pasadizos acupulados, multitud de estancias silenciosas. Aproximadamente en el centro del edificio, muy en lo hondo, dentro de una amplia sala, se alzan dos sarcófagos de mármol. Junto a ellos está sentado un viejo *imam* en oración. Se acerca encorvado un sirviente del santuario y me entrega un cesto de flores olorosas. Entre raros escalofríos me invade también a mí, como a los hindus y mahometanos, un sentimiento de profunda piedad, y esparzo las flores sobre los sepulcros de ambos, que siguen unidos todavía en la muerte.

Por caminos iluminados por la luna regresamos a través de la selva callada hasta Agra.

La ciudad rosada y legendaria

Un día, con el fresco de la mañana, entré en la ciudad principesca de Jaipur después de una noche de viaje. Hacía frío. Pájaros de presa trazaban sus círculos en el aire y se posaban de vez en cuando con roncocos garridos en los campos. A través de hermosas y amplias avenidas avanzaba el camino por la ciudad de los europeos. Las calles todavía estaban completamente silenciosas. La verdadera Jaipur quedaba a lo lejos, pero mi corazón latía ya impacientemente por acercarse a ella, porque ya en mis sueños juveniles había tenido

su importancia la ciudad legendaria y rosada. ¿Sería posible? ¿Toda una gran ciudad de color rosa? ¿Podría encontrarse en la tierra realmente semejante sueño? No sospechaba yo que la verdad pudiera dejar en la sombra a toda la fantasía. Fui anunciado como exige la ley al Príncipe, que ha conservado una parte de su independencia, que marcha con paso firme y es dueño de sí mismo. Y luego entré alborozado en la casa de huéspedes, que también es propiedad de S. A. el Maharachá.

Cuando después de un baño refrescante me senté a la mesa del desayuno y tomé una colación que ni era muy buena ni abundante, mientras dos criados, en pie detrás de mí, apartaban con abanicos los cientos de moscas, apareció de pronto a mi lado una figura que parecía haber salido directamente de la época caballeresca española: un guerrero de seis pies de altura con yelmo de acero y abundante barba dividida por la mitad, llevando al brazo izquierdo un gigantesco escudo redondo. Este espectro de guerrero *radchputin* me entregó en silencio un sobre grande. El guía, que ya estaba esperando, también un *radchputin* de belleza típica, me tradujo la carta. Era del Príncipe, y contenía el permiso para visitar la ciudad, con la advertencia de que por la tarde se pondría a mi disposición un elefante de la caballeriza de Su Alteza. El portador de la carta era uno de los escuderos del Maharachá.

La entrada en Jaipur, la extraña capital india de Radchputana, me proporcionó una de las más profundas emociones de mi vida. El original capricho del fundador de la ciudad tomó por norma que todas las construcciones—palacios, torres, viviendas, mercados—, en suma todos los edificios, llevasen un revoque de color rosa. Cuando se avanza por aquellas calles amplias y extrañas, llenas de hombres morenos de soberbio tipo, adonde quiera que se dirijan los ojos no se ve más

que rosa, rosa por todas partes. Casi hay que pellizcarse en los brazos para cerciorarse de que no es una víctima de un sueño desvariado. En contraposición a las demás ciudades indias, las calles de Jaipur son anchas y tiradas a cordel. Las casas no son altas, pero muchas son de forma rara y están llenas de puntas y torrecillas. Las largas filas de las paredes brillan con el más suave tono rosa, y en aquel rosa interminable se sumergen miles de ornamentos blancos. Esta mágica impresión se acrecienta por la pintoresca vida callejera. Cientos de hombres cabalgan en soberbia actitud con traje de fiesta; en el centro un elefante, abigarradamente adornado, conduce unos recién casados, avanza hacia mí y se detiene un momento para que el *sahib* pueda contemplar a su placer la escena desde el coche. Mujeres y muchachas cantando siguen a la comitiva. En los mercados, un torbellino polícromo de hombres morenos. Por las estrechas calles accesorias, camellos a paso lento llevando pesadas cargas.

Para realzar el encanto de este cuadro, muchos centenares de pavos reales ponen una nota de color en todas las calles y plazas. Caminan sin miedo entre la baraunda callejera más densa, se posan sobre los tejados y cornisas y vuelan por el aire agitando lentamente las alas. En Radchputana el pavo real está consagrado a los dioses. Su muerte impone como castigo nada menos que siete años de cárcel. Además de estos pájaros señoriles, que se cuentan como es sabido entre los animales primitivos de la India, revolotean por todas partes miles de palomas y bulle un número no menor de monos, que pueblan los tejados de las casas por familias enteras. Imagínese el cuadro: una ciudad de color rosa, las calles animadas por un gentío abigarrado y fantástico, el hermoso pavo real tan corriente como el gorrión; sobre los tejados, miles de monos; el aire poblado de enjambres de palomas; elefantes,

camellos y bisontes como animales de tiro, y sobre todo esto, la cúpula serena y azul del cielo con un sol abrasador, en cuyos rayos se bañan, trazando majestuosos círculos, pájaros de presa innumerables. Antes de ser realidad fué un sueño, y volverá a ser sueño si cesa el ruido de la realidad.

Con mi lacayo junto al cochero en el pescante, con el barbudo guía en el asiento trasero del coche, avanzo lentamente por las calles hacia el palacio de Su Alteza. Delante del palacio hay en la calle un edificio que presenta la arquitectura más extraña del mundo. Es el «Palacio de los Vientos», y toda su superficie parece realmente como el espejo del mar movido por la brisa; en todo el enorme edificio no se descubre un solo punto tranquilo. La fachada consta de saledizos hasta las más altas puntas. Detrás, rodeado de jardines, se yergue el palacio del Maharachá. Su Alteza no se encontraba enteramente bien y estaba invisible.

Por la tarde, después de haber pasado a trote rápido por la ciudad, se hallaba en una curva del camino el gigantesco elefante que había de llevarnos a mi guía y a mí a la montaña Aravalli para visitar a Amber o la antigua Jaipur, o más bien para visitar las ruinas que todavía quedan. Amber fué abandonada en 1728 por el Príncipe Jai Singh II, según la leyenda por una mala profecía, pero según la historia por falta de agua. Actualmente la región está cubierta por un enorme montón de escombros, envuelto espesamente en una mortífera vegetación, verdadera madriguera de tigres y serpientes.

¡Qué viaje el que hice en elefante desde Jaipur a Amber! Debe de ser un animal viejo y rígido el que me lleva sobre sus espaldas, porque a cada paso me crujen los huesos y no me extrañaría oírlos descoyuntarse. Si pretendo agarrarme con las manos a la doble silla, corro peligro de que se me desprendan los brazos. Delan-

te de mí cabalgaba sobre otro elefante una esbeltísima inglesa, esposa de un *lord*, y no acierto a expresar lo que sufrí por causa suya. A cada paso temía que se iba a partir por la mitad. Pero gracias a Dios todo resultó bien. En una hostería del camino nos fué servido un café soportable, que tomé en compañía del *lord* y de la *lady*. Mi guía rechazó la invitación, porque dijo que era justamente la hora de la oración de la tarde, y estuvo lo menos media hora delante de la casa haciendo gesticulaciones y adorando a Alah.

Todo el camino de regreso lo hice, con gran asombro de mi acompañamiento de radchputines, a pie. Antes soy capaz de recorrer doble camino a pie que subir otra vez sobre aquel elefante. Como despedida, y no en agradecimiento, le dí un gran trozo de caña de azúcar, que el animal devoró inmediatamente.

VI. Día y noche en el puerto de Schonian

En su obra «Urania», Camilo Flammarion lleva al lector asombrado por las profundidades del universo y le enseña cómo probablemente todo el orbe está poblado de seres inteligentes. Pero no todos se parecen a nosotros, criaturas de la diminuta tierra, que no es más que un puntito que desaparece en el Cosmos. En un astro, que consta principalmente de fósforo, el viajero de mundos ve a los «hombres» en la noche brillando con múltiples colores como nuestros gusanos de luz. En otra isla flotante del firmamento son las plantas las criaturas pensadoras e inteligentes, mientras que el mundo animal, al que pertenece el hombre en la tierra, vive sumido en rudos crepúsculos del pensamiento. Y tan raro y grotesco como el mundo orgánico de aquellos planetas lejanos es el inorgánico, que

nosotros tenemos falsamente por muerto, sólo porque constituye un contraste con nosotros mismos.

Surgen maravillosos paisajes que no pueden compararse con nada de la tierra. Un sol azul ilumina un mundo también azul. Una estrella doble, azul y amarilla, envuelve al día en azulosas luminosidades y se sumerge por la noche en radiantes oros. El suelo es de cristal y las criaturas corren por él en zapatos de vidrio como nosotros corremos en invierno sobre el hielo de los ríos y los lagos.

Pero no es necesario subir al cielo, porque aquí, en nuestro propio planeta pueden los ojos recrearse con paisajes lo más inverosímiles y mágicos. Una mañana, cuando el sagrado sol del Ecuador se levantó del mar, me descubrió un archipiélago tan extraño y maravilloso que el espectáculo no podía compararse con nada. Como ante una sucesión interminable de barcos de guerra, colocados en revista, avanzó mi barco durante varias horas a moderada distancia. En doble, triple y hasta quintuple fila, se presentaban las islas a centenares y centenares, y hasta donde el ojo atento podía penetrar por aquel paisaje maravilloso, no descubría sino nuevas islas: muchas de muchas leguas de perímetro; otras, las más, sólo como enormes vasos de flores que surgiesen del mar. Todas estaban pobladas de verde vegetación, eran de mediana altura y de formas rarísimas. Abajo bullía el mar con blanquecina espuma. Había corroído el borde de las pequeñas islas y las había socavado en muchos metros de altura, de suerte que parecían grandes ramos de flores levantados sobre el mar azul por un puño gigantesco y misterioso. Las islas estaban provistas de acantilados. En torno, la gran soledad silenciosa del mar. No se advertían en la orilla chozas, ni llegaba rumor alguno de la espesura. Por todas partes silencio inanimado. Era como un escenario de los cuentos de las «Mil y una

noches». La línea del horizonte de las islas mayores se dibujaba con fantásticas formas. Una de ellas, con cimas enérgicamente recortadas, parecía un animal prehistórico descansando: un lagarto gigantesco. De otras surgían torres y baluartes y se levantaban a lo lejos aparentes volcanes, en tanto que otras parecían soportar robustas pirámides. En una de ellas la vista se detuvo mucho tiempo, porque ostentaba tres cúpulas uniformemente redondeadas de encantadora y atractiva belleza. Un deseo extraño y ardiente invadió al espectador de poner el pie en aquella isla alejada, despoblada, abandonada en solitaria belleza, y rasgar el velo de su secreto hechizo.

No sospechaba yo que ya la suerte había decidido hacerme arribar a ella el mismo día, y que yo había de ser el primer blanco que llegase a aquella mágica isla apartada.



La más meridional de todas aquellas islas, pertenecientes al archipiélago de las Palaos, es Angaur, una isla alargada de corales, de la que se extrae fosfato, un guano químicamente transformado. Las condiciones de desembarque son las más difíciles que cabe imaginar. Ya antes de que el buque se acerque a la isla hay que luchar a través de un estrecho, donde el agua hierve y silba entre corrientes opuestas, y en torno a la isla misma hay un violento oleaje, azuzado por el aullador monzón del Nordeste. En cierto sitio forma un admirable surtidor natural, de donde surge el agua por el aire hasta cien pies a cada embate de las olas. Hasta el pie coralino de la orilla abre el mar un pasadizo, una especie de tubo por el cual se atropella el agua con poderoso empuje. No existe puerto alguno. Aparecen colocadas grandes boyas de hierro, pero tampoco

éstas son de utilidad por la fuerza del oleaje. El desembarque no puede hacerse sin peligro.

Por fin resuelve el comandante volver al puerto de Schönian; un vapor más pequeño de Angaur nos seguirá, y en una abrigada bahía, en medio del archipiélago, se procederá al desembarque.



Quien busque en el mapa el puerto de Schönian, buscará en vano. Este sitio, donde nunca podrá establecerse ningún ser humano, todavía no ha sido incluido en los mapas. Obligado por la necesidad de desembarcar en Angaur, buscó un señor de Bremen un puerto de refugio en medio del laberinto de islas y descubrió uno, que fué medido y sondeado y recibió el nombre del descubridor. Pero los capitanes no quieren servirse de este puerto natural, porque ofrece mucho peligro la entrada y salida a través de canales estrechos, bordeados de escollos de corales. El puerto de Schönian se halla a unos 135° de longitud oriental y a 6° de latitud septentrional; por consiguiente está muy cerca del Ecuador. Su romántica e incomparable belleza no será contemplada por muchos ojos.

Una vez más pasé en el vapor junto a los extraños ramos insulares de flores, que no espero volver a ver en esta vida. Entonces surgió, muy al interior, mi isla soñada con las tres cúpulas, y precisamente frente a ella se hizo la fantástica entrada en el escondido puerto. El descubridor del puerto de Schönian y su piloto se encontraban a bordo para prestar asistencia al capitán. Avanzamos siguiendo un mapa, que cubría, por decirlo así, la superficie del agua, y sólo podíamos navegar con arreglo a sus líneas. A través de las ondas azules aparecían dibujadas manchas, líneas y figuras en verde intenso. Donde el agua alcanzaba profundi-

dad, las tintas eran azules; donde los bancos de corales subían hasta muy cerca de la superficie del mar, las tintas eran verdes. A través de los canales azules avanzaba el barco lenta y cautelosamente en ziz-zag, y por ambos lados se acercaban las rocas de corales hasta el alcance de la mano. Por último se abrió una enorme bahía libre, en cuyo centro se echaron anclas.



La palabra es impotente. Resulta demasiado maravillosa la impresión de aquel mundo fantástico para poder reproducirla de modo que se despierte un eco en el ánimo del lector. Las islas nos acosaban por todas partes. Rocas de corales inaccesibles, abruptamente levantadas sobre el mar, ocultaban una flora exuberante de flores, de matorrales y de árboles. Los libros geográficos atribuyen al grupo de las Palaos siete islas habitadas y unas treinta deshabitadas, pero no incluyen los muchos cientos de islas rocosas. La superficie total de todo el archipiélago sólo es de 450 kilómetros cuadrados. Hamburgo tiene 414. Las islas principales de este grupo son Babeltaob, Sonsol, Medir, Bunaj y la ya citada Angaur. Las habita una raza extraña de micronesios. Hábiles pescadores y cultivadores, constructores de canoas y de casas, viven bajo un doble gobierno. Las mujeres son gobernadas por una reina, y los hombres por un rey que lleva el título de *Rupak*. En obras antiguas y modernas se han descrito frecuentemente sus costumbres.

Aquella región, que sólo ha recibido el nombre de puerto de Schönian, abarca por sí sola más de cien islas, todas envueltas por un solo escollo de corales de muchas leguas de longitud, que se interna muy lejos en el mar. En el interior miles de escollos distintos

cruzan en todas direcciones y se tienden como caminos llanos de una isla a otra, tanto que con marea baja se los puede vadear a pie enjuto. Y en torno a los gigantescos ramos de flores, que agitan su verde ramaje al viento, se extiende la soledad más silenciosa en la más apartada lejanía.

Cuando el sol todavía se hallaba muy alto en el cielo se tripuló un bote con indígenas para hacer una visita a mi isla de tres cúpulas, que los insulanos llaman «Aimalck».

Aquellas gentes, etnológicamente emparentadas con los carolinenses del Oeste, se cuentan, como éstos, entre las más bellas tribus del mar del Sur y entre los hombres más esbeltos en absoluto. Son altos y flexibles; el cuerpo ceñido descansa sobre poderosos y carnosos muslos; pecho y brazos están desarrollados con las más soberanas proporciones, y el esbelto cuello se corona con una cabeza alargada de facciones hermosas, delicadas y expresivas. Si se prescinde del *lavavava* que se ciñen indolentemente, van completamente desnudos y desdeñan orgullosamente toda indumentaria. En cambio están espléndidamente tatuados; el cuello, el pecho y la espalda se adornan con dibujos azules y rojos; desde el muslo superior por atrás hasta los tobillos se puntean círculos azules con rayas transversales. El conjunto parece en realidad un vestido. La piel es profundamente morena, tirando a cobre; llevan anudado sobre la cabeza el cabello, y lo atraviesan con una peineta. Muchas caras tienen delicada expresión femenina. Orgullosos con su belleza desnuda, llegaron a bordo en Jap y en Angaur, y se movían entre nosotros como en su casa. Entre ellos se ve la figura heroica del dominador de pueblos Agamenón; entre ellos el nombre Menelao, voceador en la lucha; entre ellos el robusto Ajax, hijo de Telemón, y el audaz Odiseo de anchos hombros. Modelos más her-

mosos de las figuras griegas heroicas no podría encontrarlos un escultor.

Cinco de ellos están sentados en el bote y manejan hábilmente los remos, como marinos de nacimiento que son los carolinenses. En torno al bote el agua brilla con tonos ora azules, ora verdes, según la profundidad. A veces el agua es de un verde tan intenso que se queda uno sorprendido de sacar la mano del líquido sin que se quede teñida. El barco se va haciendo cada vez más pequeño detrás de nosotros, llega a convertirse en un punto en medio del gran puerto natural, y todavía, después de más de una hora de vigoroso remar, no hemos llegado a la misteriosa isla con sus tres colinas en forma de cúpula.



¡Islita de corales, perdida en medio del Océano Pacífico! Miles de años llevas soñando ya entre el oleaje y el sol tropical, y volverán a pasar tal vez miles de años antes de que vuelva a perturbarse tu reposo.

Rechinando atraca el bote a la arena plateada. Tres hombres blancos y cinco morenos avanzan por la playa hacia la espesura de flores, desde la cual el viento caldeado lanza sobre el mar un pesado y embriagador aroma.

De pronto se oye un crujido entre la mortífera maleza y aparece un enorme cangrejo con las robustas garras levantadas que sale al encuentro de los intrusos en ademán de ataque. No había visto nunca a hombres. A mí me pareció como si fuese el rey encantado de la mágica isla, y sentí la tentación de quitarme el yelmo tropical y saludar respetuosamente a la bestia misteriosa. Los indígenas, que no sienten las estúpidas emociones de los hombres cultos, saltaron sobre el mons-

truo, le agarraron mañosamente por detrás y le rompieron las garras con violento empuje.

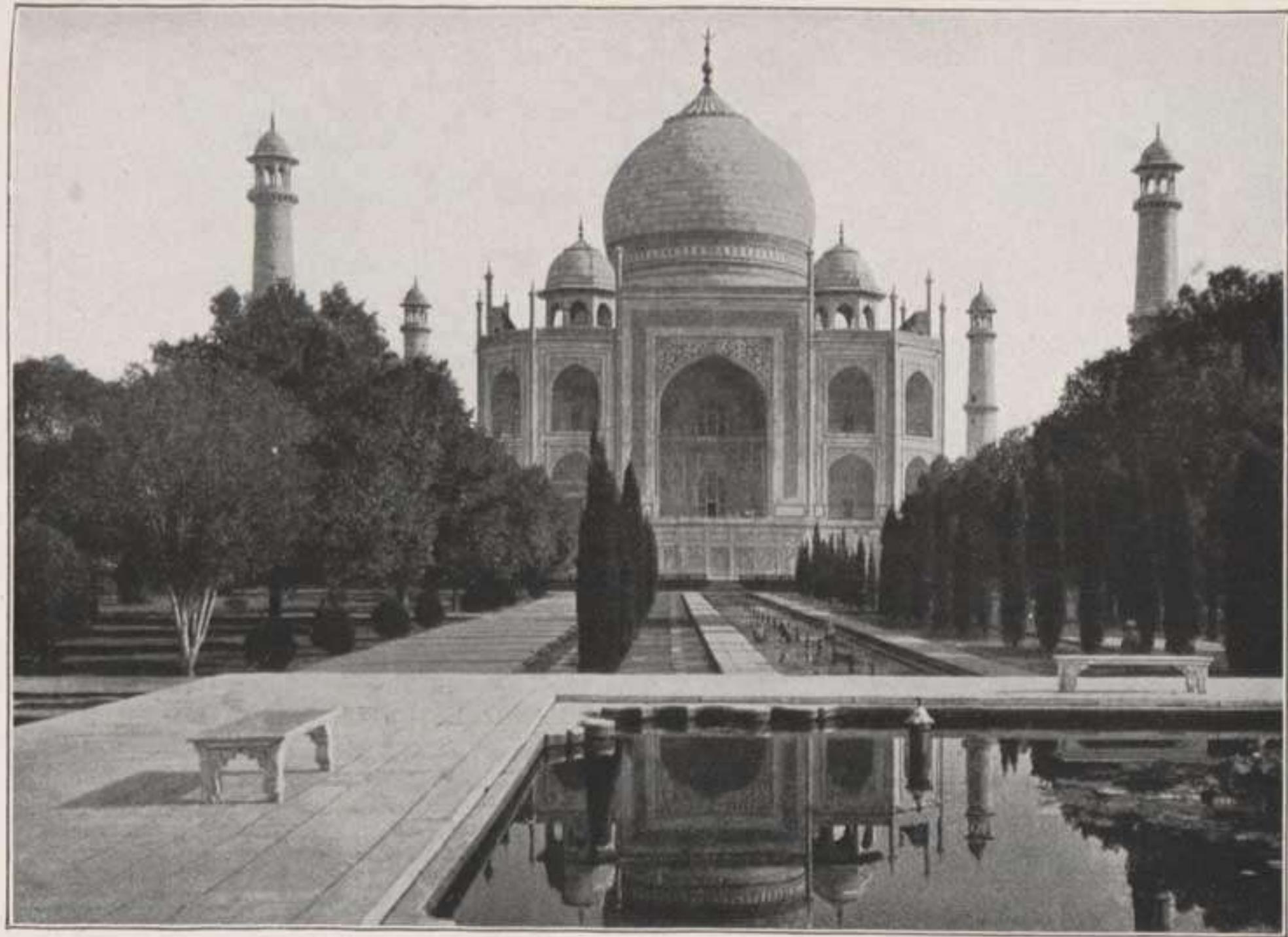
En el interior yacía la isla realmente como en un sueño tranquilo y profundo. Centelleantes lagartos salían huyendo por todos lados; grandes y pintadas mariposas se inclinaban sobre los cálices de las flores; pájaros extraños huían a la espesura, y abajo, sobre el suelo, bullían alimañas en acecho, armadas de agujones. De pronto la tierra subía abruptamente hasta las tres cúpulas, imposibles de escalar porque por todas partes las rocas coralinas se lanzaban por el aire, con el espacio vacío por debajo.

Por el lado del mar, donde ya el agua tomaba un color más sombrío a medida que descendía el sol, entre los troncos de los árboles, se abrían amplios horizontes hacia el panorama del archipiélago. En la playa crecen higueras silvestres y hasta cocoteros. Los tripulantes de nuestro barco treparon a estos últimos, y en un momento derribaron un par de docenas de cocos, que caían sobre la espesura con bronco choque.

Cuando llega la hora de embarcarnos sorprendemos en la orilla una tortuga gigantesca, pero logra salvarse a tiempo en el agua. A toda prisa el bote se acerca al vapor lejano para llegar a él antes de que cierre la obscuridad. Golondrinas marinas se disparan por el aire; raposos voladores, con las temblorosas alas de piel extendidas, tranquilos y majestuosos como grandes pájaros de presa, pasan flotando de una isla en otra sobre el mar.

* * *

La noche cubre ya con sus tinieblas el misterioso archipiélago. Profunda lóbreguez incuba en torno. El barco, semejante a un palacio encantado, está quieto con sus innumerables ventanillas claras. En medio del



El Taj Mahal, mausoleo erigido a su esposa por el emperador Chajahán



El «Palacio de los Vientos», en Jaipur

cielo flota la media luna, pero invertida. Silencioso y atento se sienta sobre el peldaño más bajo de la escalera de costado el primer maquinista, un teutón de bigote rubio, y sumerge su anzuelo en el agua coloreada, sobre la que ya se ha extendido el sombrío manto de la noche. Los habitantes del océano saben curiosos a la superficie; se acercan al bonito resplandor que nunca han visto; algo se mueve ante ellos, pican... y pagan su curiosidad con la muerte. El recio teutón sigue luchando sin tregua con aquellos enormes habitantes del mar, casi tan fuertes como él, hasta que consigue llevarlos a cubierta. Son peces maravillosos, de radiantes y variados colores, casi de dos metros de largo, armados con temibles colmillos.

* * *

Cuando hacia las seis de la mañana apareció el sol sobre la línea del horizonte, el vapor se puso rápidamente en camino. Pero no llegó muy lejos. El sol subió demasiado aprisa hasta el cenit y lanzaba su lumbre cegadora sobre el agua, de suerte que no se podía compulsar el mapa de zonas verdes y azules. Una vez más cayó el ancla. Hubo que esperar hasta que el sol no iluminaba ya el primer plano, y entonces volvió a dibujarse la estela sobre la superficie y el barco volvió a salir al mar. Por última vez pasamos por delante de la fantástica isla; por última vez apareció también en el horizonte el surtidor de corales de Angaur. Luego el vapor se volvió hacia el Noroeste, y a través de las olas, encrespadas por un pasajero tifón, literalmente tan altas como casas, y en medio de las ráfagas de un monzón que soplabá del Nordeste y que casi la-deaba la embarcación, avanzamos hacia las Filipinas, en nuestro camino hacia el Asia oriental.



5. En las islas de los afortunados

En el mundo civilizado existió la fecha del 18 de Enero de 1767. Pero en el archipiélago del mar del Sur todavía no se contaba el tiempo. Hacia atrás se extendía hasta los fabulosos antepasados de los caciques y se perdía luego en las tinieblas. Cada grupo de islas era un pequeño mundo aparte que flotaba solitario en medio del mar.

Cuando despuntó aquel día memorable, que había de ser el señalado para el descubrimiento de una nueva perla del mar del Sur, se apoderó una gran excitación de los habitantes, que llamaban a su tierra Tahití («trasplantado del Oriente»).

Allá lejos, delante del escollo de corales de la isla, cruzaba una gigantesca piroga, de cuyos costados manaban ríos y de cuya cubierta brotaban robustos árboles. Los sacerdotes anunciaron que aquella embarcación sólo podía venir del cielo, y que sus timoneles eran *atuas* (dioses). Los grandes tambores de guerra empezaron a retumbar; trescientas pirogas fueron tripuladas con dos mil guerreros; el Rey en persona tomó el mando y la flota partió para establecer relaciones amistosas con los dioses amigos o declararles la guerra. Los valientes tahitianos eran como los griegos del Mar del Sur; también entre ellos había héroes, dispuestos a asaltar el Olimpo.

No menos asombrado se quedó el capitán Wallis cuando vió surgir ante la proa de su velero los montes incomparablemente pintorescos de Tahití y de Eimeo. Si bien los más audaces de los insulanos subieron pacíficamente al navío, pronto surgió una escaramuza. Los indígenas se apoderaron de algunos objetos, uno de ellos fué herido y estalló la guerra, que fué breve

y sangrienta. Los extranjeros llevaban consigo truenos y rayos y mataban a gran distancia a los atacantes, armados solamente con hondas y mazas.

Sólo cuando dos años más tarde se presentó el gran Cook delante de la bahía de Matavai, trabó relaciones amistosas con los tahitianos, incorporó a la Geografía todo el grupo de islas, Huaheine, Reiatea, Borabora, y estudió también las costumbres de los isleños, se enteró el mundo de que en el inmenso océano había surgido nuevamente un reino de maravillas. Cook dió a este grupo de islas volcánicas, estrechamente hermanadas, el nombre de «Islas de la compañía».

Pronto la magnífica isla de Tahití se hizo célebre por su belleza y su civilización. Jamás los habitantes de aquel paraíso terreno se habían manchado con el canibalismo generalmente extendido por el mundo polinésico. Entre sus reyes florecían las industrias útiles, las artes y el heroísmo de las armas. Los hombres eran morenos, membrudos; las mujeres, muy bellas. Su alimento principal consistía en vegetales y peces, que eran alanceados por la noche al resplandor de antorchas. Dilatadas plantaciones de taro, sotos de cocoteros, bananos y mangos se extendían por la planicie de la isla volcánica. Hombres y mujeres llevaban el *parou* de trama de tapa, que tejían las mujeres artificiosamente con el líber de la morena papilífera. El resto del vestido consistía en flores frescas y azules dibujos, tatuados sobre la piel morena. Finas esteras, hechas del líber del hibisco y del pandano, cubrían el suelo de las chozas. En las tardes cálidas y tropicales, vibraba el aire con canciones y músicas. Los instrumentos eran el ronco tambor (*pahu*), el cuerno de concha, una especie de caracol, y la flauta, que se soplaba con la nariz y de la que se arrancaban cadenciosas melodías. En cuanto a deportes, juegos y luchas, como también en lo referente a su panteón, los tahitianos podían equi-

pararse con los antiguos griegos. Luchas y combates de puños, lanzamiento de piedras y de venablos, carreras a pie, regatas y juegos de natación estaban muy en boga. La gran fiesta *Taupiti*, a la que concurrían de cerca y de lejos todas las razas, era una verdadera Olimpiada. La construcción de botes se hacía con gran artificio. En sus dobles pirogas y hasta en sus canoas más pequeñas hacían largos viajes de isla en isla, y navegaban guiándose por las estrellas, por las corrientes marinas y por los vientos.

La moral de los tahitianos correspondía a su ardiente temperamento. Grandes comitivas, llamadas *areois*, pasaban de una isla en otra, y sus miembros se entregaban a las más salvajes disoluciones. Sólo los iniciados y los primates podían participar en los misterios, que se hallaban bajo la protección de dioses especiales. Los hijos de los miembros de las *areois* eran matados inmediatamente después del nacimiento. Por otra parte, el infanticidio era muy general en Tahití. Desmesurados como en el amor, se manifestaban los tahitianos en el dolor y en la alegría. A la muerte de un ser querido, al volverlo a ver después de larga ausencia, los sentimientos se exacerbaban hasta un furor bárbaro. Con ayuda de un instrumento, que estaba guarnecido con dientes de tiburón, se desgarraban el cuerpo. También en la guerra los mansos tahitianos se transformaban en salvajes sanguinarios.

Un copioso panteón daba gran fuerza al sacerdocio de Tahití. El dios principal era Oro, hijo de Toaroa, padre de los dioses nacido de la noche, el Zeus y el Urano del Mar del Sur. El puesto de Poseidón lo ocupaba el dios marino Hiro. Entre los dioses y los hombres estaban los *tiis*, los demonios y espíritus de los difuntos. Todas estas deidades exigían de vez en cuando sacrificios humanos; sin embargo, las víctimas eran sacrificadas sin crueldad por medio de un golpe de

maza asestado de improviso. Los dioses vaticinaban por la boca de sus sacerdotes.

Así encontraron los europeos a Tahití y a su rey Pomare. Su sucesor, Pomare II, se convirtió al cristianismo en 1812, tradujo por sí mismo la Biblia al polinesio, edificó una iglesia de 712 pies de longitud, más larga por consiguiente que una pista de carreras, pero se entregó a la bebida a pesar de toda su piedad. Solía marchar al trabajo con la Biblia debajo de un brazo, y con la botella de ron debajo del otro, para poder exclamar en tono de severo reproche, cuando las letras se le desvanecían delante de los ojos: «Oh, Pomare, tu cerdo es ahora más racional que tú.»

Con la reina Pomare, que sucedió al piadoso rey y a un tercer Pomare, procedieron los franceses con pocas contemplaciones. Por muy valerosamente que los tahitianos defendieron su libertad, la superioridad de las armas europeas les infligió en 1846 una derrota exterminadora, y el hermoso grupo de islas pasó a poder de los franceses.



Una mañana, al subir yo de las profundidades del barco, que me llevaba hacia ya varias semanas por el Mar del Sur, aparecieron sobre el horizonte del Sudeste enormes nubarrones de contornos grotescos y plateadas tonalidades. ¿Significaban una tormenta? Por muy atentamente que observábamos los inciertos contornos, no se movían, sino que conservaban su figura y se hacían de minuto en minuto más oscuros y tangibles. Entonces lo comprendí todo: la famosa isla de Tahití surgía del mar. El ciclópeo Aorai se levantaba amenazador, y sus paredes descendían hacia el mar formando enormes precipicios. Por el otro lado, todavía envuelto como en una niebla azulada, blandía su

gigantesco puño el formidable Mona Roa de la isla hermana Eimeo. Pero a medida que el buque se acercaba más, todo aquel cuadro se disolvía en encanto salvaje y embriagador.

Virando rápidamente en ángulo recto tuerce el buque desde alta mar y navega hacia una lengua de tierra, espumosa de oleaje, hacia el escollo exterior de la isla. A través de una brecha de aquella corona de corales se introduce en la amplia laguna, y pasando por multicolores *atolls*, a través de una sinfonía de luminosas tintas, sombreado por las cumbres de los montes, saludado por las copas de las palmeras, se acerca al puerto de Papeete, donde echa anclas.

Los ojos se vuelven entonces con delicia por el maravilloso e indescriptible panorama de las islas paradisíacas Tahití y Eimeo, que se hallan una frente a otra. «El primer amor, la primera salida del sol, la primera isla del Mar del Sur—escribe Stevenson—, tales son los recuerdos que se fijan virginalmente en la memoria hasta el término de la vida.»

Sobre el mar se levanta, formando un conjunto ante la vista, una enorme montaña, que resulta mucho más colosal, porque su base es pequeña. Recortada y rasgada, se eleva hasta la línea del horizonte, que está entallada como con una gigantesca tenaza. Desde los abruptos picos centrales de Laorai y del todavía más grandioso Orohena se desprenden crestas rocosas y vertiginosos barrancos hasta el mar. Hasta más de 8.000 pies se elevan las rocas formando cumbres, torres y collados inaccesibles. Temerosos abismos forman los muros de las crestas, y por estrechas hoces se precipitan los torrentes espumosos hacia el valle.

Bajo otro sol cualquiera, el escabroso fundamento de esta isla sería una imagen de terror y de melancolía, pero la Naturaleza tropical disuelve todo el panorama en una belleza subyugadora. Hasta las cimas más ex-

celsas, que se sumergen en el azul del firmamento, los montes están cubiertos de suave verdor. Allá arriba, adonde nunca podrá llegar la planta del hombre, brota y crece la vegetación en un perpetuo verano bajo el eterno y socarrante sol de los trópicos. El borde de la playa está ribeteado de cocoteros; más arriba campea con tonos oscuros todo el bosque de árboles y arbustos cargados de fruto; sigue luego una zona amarillenta de vegetación, y por último, hasta las cimas rocosas que se pierden en las nubes, se extiende una maleza inextricable en todos los matices del verde brillante. Ocultas entre los árboles de la llanura, que la laguna baña, se descubren las viviendas de los hombres.

No de otro modo vió a la isla hace ciento cuarenta y cinco años Wallis; no de otro modo la vió Cook. La Naturaleza permanece como antes; pero en la playa se presenta algo nuevo. Pequeñas pirogas, tripuladas por guerreros, salen al encuentro de nuestro buque; ya no resuenan los cuernos de concha; ya no produce ninguna excitación especial la llegada de nuestro barco.

En la playa, delante del fondeadero, aguardan funcionarios europeos con blancos trajes y yelmos tropicales. También los indígenas corren en gran número, para interrumpir la monotonía de la vida con la observación de los extranjeros. Los hombres son tan morenos, tan membrudos y guapos como antes. La mayor parte visten trajes medio europeos; muchos llevan sólo un pedazo de pintada tela que cuelga en torno al cuerpo; pero todos tienen la cabeza o el sombrero de paja envuelto en frescas flores. Las mujeres y muchachas, de negros ojos, con largos y flotantes vestidos, con los pies y las piernas descalzos, con una abigarrada tela sobre el pecho, llevan, además de la corona sobre los cabellos, negros como ala de cuervo, una flor metida

detrás de la oreja. Todas las caras tienen una expresión amable y muy inteligente.

Después de tomar un refrigerio, cogí la «kodak» y el anteojo, me planté el yelmo de corcho sobre la cabeza y avancé hacia el campo. A quien llegue del irío Norte, la naturaleza tropical le subyuga al punto con su irresistible hechizo.

Tahití está civilizado; Papeete se asemeja a una pequeña ciudad jardín; pero la naturaleza sigue siendo la misma. En las calles se oye francés, inglés, polinesio y... chino. Los tolerantes franceses no han expulsado a los chinos de este paraíso del Mar del Sur, y éstos han arrebatado casi todo el comercio y están echando a perder, además, la hermosa raza tahitiana. Para los indígenas siguen siendo estas islas el antiguo paraíso. Un pedacito de tierra alimenta a toda una familia; los manjares crecen junto a su boca. Indolentemente yacen tendidos delante de sus cabañas de madera abiertas, mientras el sol abrasa, y miran al forastero pensativamente. Calles y viviendas han brotado, por decirlo así, de la maleza, porque toda la isla está cubierta de una exuberante vegetación. Bajo los pies crujen a cada paso los frutos caídos de los tamarindos en putrefacción sobre el suelo. Encima de la cabeza se columpian por todas partes cocos y mangos, y de las apretadas ramas de los bananos se disparan hacia abajo grandes infrutescencias rojas. El castaño del Mar del Sur y el sombreante *di* extienden sus ramas cargadas de fruto junto al árbol del pan, mientras en los jardines abunda el blando follaje del *taro* y la raíz del *yam*. Los niños no tienen más que agacharse y cogen literalmente del arroyo lo que excita su apetito. Más escasamente está representado el mundo animal. En lugar de nuestro gorrión es corriente en las calles la esbelta y elegante paloma *kurukuru*. Los espacios li-

bres están poblados por grandes cangrejos negros, que durante las horas de calor se meten en sus cuevas.

Pero lo más sublime es la playa libre. Allí triunfa una sinfonía de colores. En torno a la isla se extiende en amplio arco un muro de corales, o sea el escollo exterior. Del otro lado de esta corona azulea el mar con sus reflejos dorados, y más allá surgen fantásticas y enormes las recortadas formas de la isla vecina Eimeo, que los franceses han bautizado con el nombre de Morea. Contra el escollo rompe incesantemente el mar, y la laguna interior se envuelve como en una cinta de plata. En el interior de la laguna el agua es azul pálido, y en su centro hay una *atoll* lo mismo que un diamante que centellease sobre un terciopelo azulado. La pequeña isla de corales, en cuya arena reverbera el sol, brilla claramente, blanca bajo las verdes palmeras, y una franja esmeraldina de agua somera la envuelve. No hay descripción que pueda reproducir el encanto cromático de todo aquel cuadro. Extrañas aves, de alas blancas, que oscilan con amplitud, vuelan sobre el mar. Son aves tropicales, las más bonitas y raras; son pájaros marinos, que se crían en las zonas calientes.



Todo en torno, la serena noche estrellada del cálido mar tropical. Desde lo profundo se eleva el murmullo y chapoteo de las olas. Pero sobre el eterno cantar del océano, resuena una música salvaje, que crece y decrece, acompañada por acompasados palmoteos y golpes de los pies. Incansablemente bailan y cantan estos «salvajes», que han transformado la cubierta de popa del barco en un teatro raro y grotesco. Medio centenar de jóvenes rarotonganos, que regresan de Tahití a su propia patria florida, se divierten con su antiguo baile *hula-hula*. Todos están desnudos, salvo el abiga-

rrado mandil ceñido a sus caderas; a la luz de las lámparas brilla su tersa piel morena; sus oscuros ojos negros centellean con apasionado entusiasmo; los negros cabellos ondulan en torno a las cabezas violentamente sacudidas. El coro se coloca con las piernas cruzadas en semicírculo, y ocupa el centro el músico del acordeón, que ha desterrado los instrumentos nativos. La fantasía tiene que completar todo lo que corresponde a este cuadro: la maleza salvaje, el fulgor de la luna, los caciques adornados con flores, el estruendo de los tambores. Una docena de morenos y briosos bailarines, con coronas de flores sobre las cabezas, salta al redondel, y mientras retoza formando parejas entre extraños movimientos y dislocaciones de las extremidades, el coro canta con frenesí: «¡Ha-ha-va-a-hine! Ha-ha-va-a-hine!» Tres veces se repite la estrofa, y todas ellas la acompaña el coro con una figura mímica. Primeramente doblan el tronco profundamente sobre el lado izquierdo, luego levantan el brazo derecho y marcan el compás con la mano como marionetas, hasta que en la última figura los brazos se cruzan sobre el pecho, y el cuerpo se balancea de un lado para otro. Y entre tanto vuelve siempre a resonar: «¡Ha-ha-va-a-hine!»

Gozosos y despreocupados niños de los jardines de las islas afortunadas, siempre florecientes, siempre cargadas de frutos, en el verano eterno de la tierra, cantan y bailan aguardando a la mañana.

Todavía resuena suavemente la monótona canción, cuando yo, suavemente mecido por las rítmicas olas, me tiendo en mi camarote y dejo a mis pensamientos que divaguen hacia atrás. Una vez más surge Tahití de las olas con su amable majestad; una vez más se presentan las recortadas montañas de Morea sobre el horizonte del recuerdo, y ondulantes cocoteros parecen mandar una señal de despedida al que se aleja; una

vez más avanzo entre el sueño y la vigilia a través de las calles de Papeete, y los ojos se dirigen arrobados hacia la naturaleza y defraudados hacia los hombres y sus obras. Sobre el archipiélago polinésico ha pasado la ola blanca, ahogando el carácter antiguo de las razas nativas. Las costumbres bárbaras están desapareciendo. Es cierto que al mismo tiempo muere el atroz canibalismo; pero a la vez se ha quitado a estos pueblos lo que era hermoso y necesario, y se les ha dado lo que es corruptible. Entre ellos se propagan terriblemente algunas epidemias, y el aguardiente ha hecho borrachos haraganes de hombres activos y sensibles. ¿Dónde están los audaces barcos, que navegaban de isla en isla? ¿Dónde los animosos guerreros y cazadores?

En Hawai y en Samoa encuentra el viajero grandes ciudades modernas de tipo angloamericano; pero tiene que detenerse ya semanas enteras y visitar las islas más escondidas y apartadas de estos grupos, para encontrar carácter nativo no falseado. Hasta en mi trayecto, que todavía no se ha abierto al turismo general, ni cuenta con hoteles americanos ni oficinas Cook, el mundo polinésico está ya retocado con un espeso barniz que lo ahoga. Para los indígenas las islas de los Afortunados se han convertido en islas del aburrimento, sobre todo aquellas que se hallan bajo la influencia francesa. De la soberana Tahití han hecho los franceses un desierto, y de los famosos tahitianos un montón de soñadores, que no saben acomodarse a la realidad. La ciudad de Papeete está asediada por masas de chinos, que han arrebatado todo el comercio. Lo que todavía queda de los indígenas se ha refugiado en las islas circundantes, donde, como en Morea, todavía se pueden encontrar huellas de la antigua cultura y del antiguo carácter.

¡Morea! ¡Eimeo! Una vez más surges tú también

con el brillo de tu indescriptible belleza. ¡Cuán espesos y floridos son tus bosques! ¡Cómo centellean los ojos de tus mujeres adornadas de flores! ¡Cuán atrevidas se yerguen tus verdes y ceñudas cimas hasta el azul del éter! De tu belleza estaba celoso hasta Oro, el gran dios de Tahití, y un día puso la flecha en la cuerda del arco, para matar al dios más pequeño de Eimeo. Sin duda la flecha voló sobre el estrecho del mar, pero el dios amenazado saltó hacia un lado y la flecha pasó silbando por una montaña. Todavía hoy se puede ver el enorme agujero. Yo mismo puedo dar testimonio de que la historia es verdadera, porque a través de la roca rasgada ví clarear al otro lado el azul del firmamento.

Aún resuena dulcemente... ¿Es realidad o sueño?... «¡Ha-ha-va-a-hine! ¡Ha-ha-va-a-hine!»... Y con una incierta y nebulosa preocupación de haber cometido una gran falta, por no haber venido a visitar estos parajes años ha, me quedo dormido.



Adondequiera que uno va por el mundo, se encuentra con las largas piernas de los ingleses. Su brusco comportamiento armoniza muy poco con el temperamento alemán, acostumbrado a la cortesía y a la medida; pero una cosa hay que envidiarles: son unos prudentes y acertados colonizadores. Las islas de la Compañía, incluyendo Tahití, la «isla nebulosa» de Paumotu, las islas Marquesas, son francesas; en cambio, es inglesa, aparte de otros muchos grupos de islas, la isla Cook con Rarotonga. ¡Y qué diferencia tan grande encuentran los viajeros cuando pasan del círculo de intereses francés al inglés! En Tahití, chinos, suciedad, indolencia y pereza; en Rarotonga, no sólo la misma naturaleza que allí, sino además hombres en

pleno florecimiento. Aquí se descubren todavía los amables cuadros que Chamisso dibujó en su famoso viaje. Rarotonga no es más pequeña que Tahití: en dos horas y media se puede recorrer en coche toda la isla; sus montañas están suavemente onduladas, y el conjunto es un gracioso jardín tropical, donde alternan incesantemente las flores y los frutos. Una particularidad de esta isla afortunada es la extensa depresión, que se apoya contra la alta montaña de 2.740 pies. Cuando el misionero Williams descubrió la isla, la encontró ya en estado de elevada cultura: entre los castaños del Mar del Sur, regularmente plantados, se tendían amplias plantaciones de taro; en las vertientes de la montaña verdeaba el gigantesco árbol del pan, y la orilla estaba bordeada de cocoteros; en torno a toda la isla se tendía un camino que se llamaba *aramedua* (senda madre), flanqueada por ambos lados de bananos y plátanos montaraces, y en jardines encantadores se disponían las abiertas chozas de los indígenas. De este amable cuadro tampoco se ha cambiado nada todavía; sólo los habitantes de la isla se han transformado de salvajes en hombres. Ya el furor del guerrero no devasta la isla floreciente; a los dioses del pantano no se les ofrendan cráneos humanos; tampoco se matan las mujeres prisioneras ni se atraviesan venablos por las orejas de los niños.

* * *

Cuando mi barco echó anclas delante de Avarua, porque Rarotonga no tiene puerto, por extenderse el escollo de corales hasta muy cerca de la playa, se desprendieron de la orilla anchos botes, impulsados a remo por indígenas, y se acercaron al vapor sobre la resaca ondulante. Entre canciones, risas y bromas, volvió la tripulación al embarcadero. Apenas habíamos



puesto pie en tierra, cuando volvimos a experimentar toda la emoción poética que Stevenson descubrió en el Mar del Sur. Todo en torno, una espesura pujante de preciosas flores; todos los árboles y arbustos, cargados de frutas; cientos de miles de cocoteros, matas de árboles del pan, haces de bananos y de mangos; todo el suelo cubierto de plantas con madera de construcción entre apretados caminos; y en la playa, la «senda madre» cubierta con la centelleante arena volcánica, donde hoy se hallan las casas de los blancos. Es mediodía, y el sol bienhechor se remonta muy alto por el azul del cielo; la isla está sumida, por decirlo así, en un silencio solemne. No se ven blancos ni chinos, que han sido expulsados de la isla por orden superior; sólo avanzan por los caminos o yacen sobre esteras delante de sus chozas hombres morenos que, tanto como sus mujeres, visten ligeramente. En busca de descubrimientos crucé la llanura en todas direcciones.

Al detenerme junto a un niño, que juega solo en el camino, al acariciarle cariñosamente el pelo obscuro, se abre la puerta de una choza y sale un indígena hercúleo.

—*Aroha* (te quiero)—me dice mirándome amablemente.

En seguida agarra mi mano y me conduce hacia la casa. Me siento trasladado a la antigua Grecia, donde se veneraba ante todo a Zeus, el hospitalario, el protector de los extranjeros. Dentro de la casa, donde hay tendidas esteras, están sentadas una mujer y una muchacha preparando hortalizas.

—*Aroha*—exclaman ambas sonriendo.

El hombre alarga el brazo hacia la puerta trasera y arranca un banano del árbol, para que me lo coma allí mismo. Pero yo tengo sed y se lo doy a entender por señas. Cuando me comprende, su cara se ilumina, me lleva de la mano a través de veinte jardines hasta

un espacio libre, donde se yerguen unos cocoteros. En un instante se ciñe al tobillo una cuerda de liber y trepa por el árbol como por una escalera hasta llegar a la cima. Una verde nuez de coco cae sobre la hierba con bronco estrépito. Ya mi amigo ha vuelto a bajar, desprende la corteza con un palo puntiagudo, abre la nuez con el cuchillo y observa complacido cómo el huésped bebe el agua fresca y dulce del cántaro natural hasta agotarlo y cómo después rebana largas lonchas de carne fresca y gelatinosa con la navaja de bolsillo. A través de jardines y selvas, tuve que volver hacia la casa, donde las mujeres acababan de entrar en la cocina, y donde tuve ocasión al instante de admirar el antiguo arte culinario de Polinesia. La cocina es un agujero practicado en tierra. Allí dentro se enciende una fogata; encima se colocan piedras; sobre éstas se ponen legumbres y carne, limpiamente envuelta en hojas frescas, y todo ello se cubre apretadamente con tierra. Al poco rato la comida está preparada. Al marchar dí al cariñoso rarotongano un golpe en la desnuda espalda, golpe que él interpretó, me figuro, como señal de gratitud, y tuve que despedir al niño, que me fué presentado, con un beso.

Elegí por guía a un joven que estaba sentado a la puerta de una casita junto a su madre. La madre estaba fumando en pipa. El muchacho hablaba inglés, porque asistía a la escuela misional. Primeramente fuimos a la iglesia, una amable y espaciosa construcción de madera. La iglesita se halla en medio del cementerio; cada sepulcro está cubierto con un enorme bloque de coral. De esta suerte el cementerio ofrece el aspecto de un paisaje cubierto con escombros de roca.

—¿Por qué ponéis piedras tan pesadas sobre los sepulcros?—pregunté.

—Para que los muertos no puedan levantarse de sus

tumbas, pues de lo contrario se transformarían en espectros—me dijo el joven.

No lejos de la iglesia está el palacio de la última reina Makea, recientemente muerta. Fácilmente hubiéramos podido llegar a él por un pequeño puente; pero el muchacho esquivó el puente siguiendo un amplio arco.

—¿Por qué?

—Porque las personas vivas no pueden pasar por ese puente, que los espíritus utilizan de noche.

—¿Qué espíritus?

—Los espíritus de nuestros antepasados.

—¿Os enseñan eso vuestros misioneros?—le pregunté.

—¡Oh, no!—me dijo desconcertado—. Ellos no creen en eso, pero son extranjeros y no pueden saber lo que hacen nuestros espíritus.

—Los cristianos no creen en espíritus—le contesté yo.

El me miró con los ojos muy abiertos y me dijo:

—¡Oh, sí! ¿No existe el Espíritu Santo? ¿Y no iremos como espíritus al cielo, cuando nos muramos?

Entonces enmudecí.

El palacio, un edificio aplastado, con una sala principal y varios locales accesorios, estaba abierto. Sin dificultad se podía pasar por todas las puertas, y en el ancho patio se revolvían los cerdos con sus crías. Y junto al edificio principal estaba el inevitable cine.

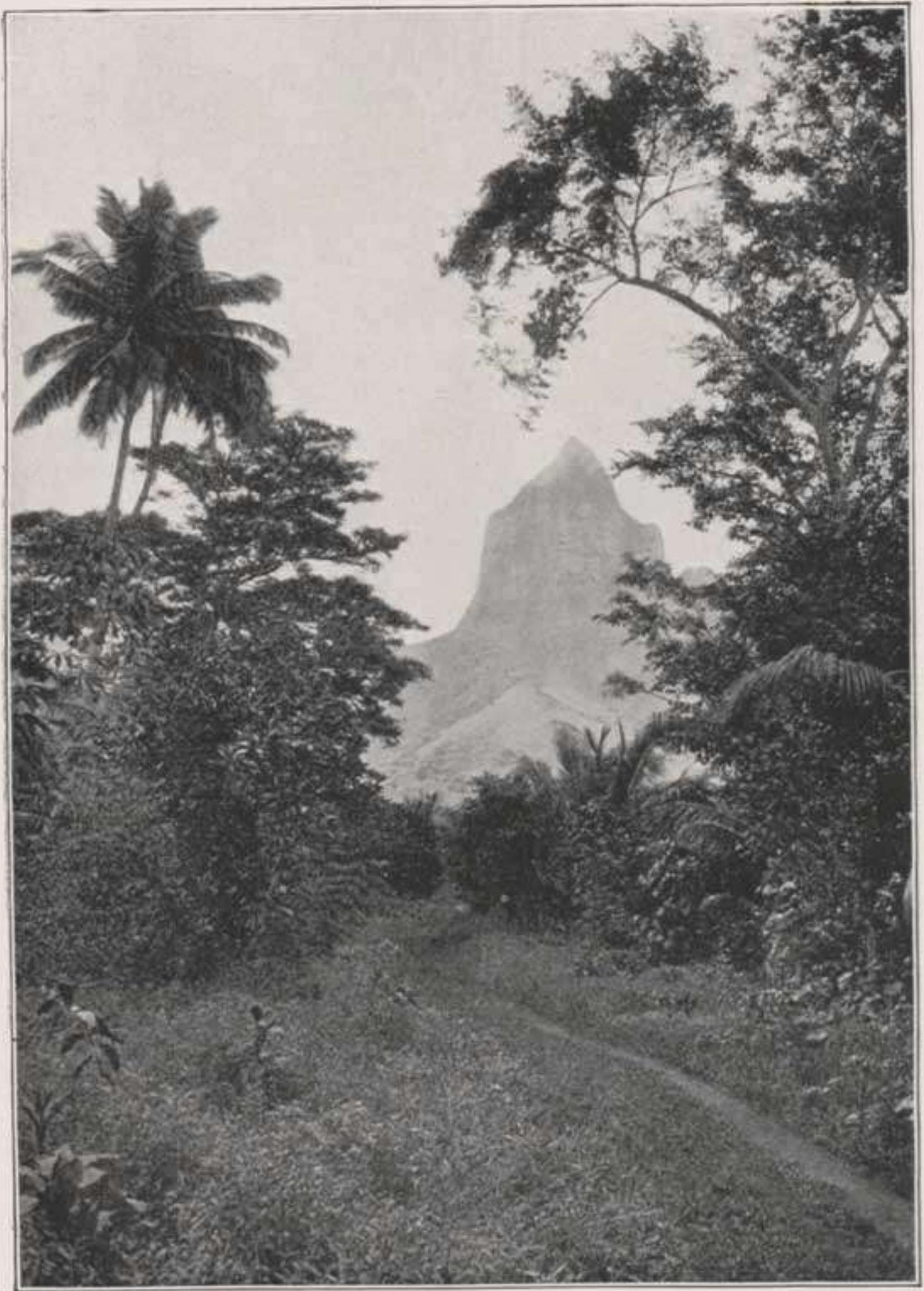
Paz y limpieza, orden y belleza dominaban en el jardín celestial de la isla de Rarotonga. Hay un residente inglés que no tiene mucho que gobernar. Políticamente el grupo Cook es anejo a Nueva Zelanda. La historia forma aquí un anillo, porque los *maori*, los habitantes de Nueva Zelanda, emigraron desde la fabulosa Hawaiki hace medio milenio pasando por Rarotonga hasta Nueva Zelanda.



Mujeres hindus hacia la fuente

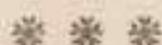


Un matrimonio de Ravotonga



El monte Mona Roa de Eimeo, la isla hermana de Tahití

Pocos mercaderes blancos viven en la playa, y la vida en el delicioso clima de Rarotonga, como entre los infantiles y cariñosos indígenas, que pueden disfrutar de la existencia casi sin trabajo en sus posesiones, los arrulla de tal manera, que ya no sienten nostalgia del gran mundo situado más allá del océano. Así me lo decía un blanco, que llegó a nuestro buque, para... cortarse el pelo. Porque en Rarotonga no hay barbero. Sólo cuando un barco ancla delante de la isla tienen los blancos ocasión de adecentarse.



Las «islas de los Afortunados» han quedado atrás y han pasado al recuerdo. Nuevamente surge en el océano inmenso el barco dirigiendo el curso hacia el Suroeste y enfilando la proa hacia Nueva Zelanda, la tierra de los *maori*. Después de muchos días y muchas noches, comenzaron a soplar vientos más frescos del Sur, lo cual en aquella parte del mundo significa frío. Nuevamente volvimos a echar mano de las ropas gruesas, y por la noche resultaba confortable la manta, largo tiempo desdeñada. El azul del mar se transformaba en un verde pálido; muy lejos habían quedado ya los envidiosos peces voladores; ahora pasaban grupos de poderosas ballenas, que lanzaban por el aire remolinos de agua; y en los aires se cernía en amplias ondulaciones el albatros. El sol no pasaba ya hacia el Sur, sino hacia el Norte por la línea del meridiano, pero todas las noches brillaban en el frío firmamento la gran Cruz del Sur y la Corona de Oro, a la vez que blanqueaban como islas celestiales las nubes de Magallanes.

6. La ciudad de los altos trópicos: Colombo

Con razón han titulado a Ceilán ilustres viajeros «La entrada del Paraíso». Sobre aquella isla en forma de pera, que está situada delante del continente indostánico, y es bañada al Este por el Golfo de Bengala, al Oeste por el Mar Arábigo, y al Sur por el Océano Indico, ha derramado la naturaleza todas las magnificencias que un verano eternamente abrasador puede producir con su conjuro mágico. Afuera, en alta mar, todavía dentro del cinturón tropical, se levanta constantemente una brisa refrigerante de las aguas ondulosas e infinitas; pero quien ponga pie en tierra sobre la costa ceilánica, en Colombo, descenderá directamente a un invernadero, cuyo aire le envolverá en una humedad cálida, y al principio le cortará el aliento. Basta dar unos pasos bajo el benéfico fulgor del sol, y el corazón se dilatará dentro del pecho y golpeará como un pesado martillo contra el tórax, para que los vasos internos se esponjen hasta saltar dentro del aire denso, que vibra saturado de calor. En seguida le invade a uno el deseo del descanso y de la sombra. Pero cuanto ven los ojos hace olvidar todos los esfuerzos. La naturaleza produce aquí un verdadero aturdimiento, porque el cielo, el mar y la tierra, se conjuran para producir las más embriagadoras formas y colores.

No sólo los extranjeros que vienen del Norte, sobre los cuales el aire de invernadero produce al principio un efecto sofocante; también los viajeros acostumbrados ya al ambiente de los trópicos se encuentran después de su arribo durante varios días en una especie de modorra. Ceilán es, por decirlo así, el vestíbulo de la pintoresca y hormigueante tierra de la India, y la abigarrada mezcla de razas desconcierta al viajero co-

mo una rueda giratoria de cien colores. En la ciudad comercial, con sus grandes y modernos edificios, donde avanzan por las calles en *rikchas* europeos vestidos de blanco, con el yelmo tropical, con sombrilla y con gafas grises, el viajero se siente todavía como en su casa; pero en los paisajes paradisíacos, donde se hallan los grandes *bungalows* de los *sahibs* blancos, y donde comienza la dilatada ciudad indígena Pettah, recostada entre palmas y brillantes flores, se siente extrañado entre aquellos abigarrados tipos populares.

Ante todo una mirada a las calles. Todas se abren entre una vegetación primitivamente exuberante. Medio escondidas entre el bosque se hallan las chozas y las casitas, sombreadas por palmas, mangos, árboles del pan y del *jak*. Todas las tiendas están abiertas, y las casas se cierran solamente con una estera, que sustituye a la pared anterior. En el centro hay un lago, cuya orilla, especialmente al caer el sol, ofrece el aspecto más romántico. El suelo arenoso es de un rojo profundo, el bosque, verde; en su seno desaparecen las casas; y el éter, inflamado por el sol, presenta un matiz de un azul inverosímil. Y por las calles se mueven, ligeramente vestidas, esbeltas y membrudas figuras, cuya piel brilla con todas las tonalidades del color moreno. Constituyen el núcleo principal los singaleses, que hacen de Ceilán uno de los principales focos del budismo, pero también éstos se escalonan en muchas castas, imposibles de discernir. La espantosa confusión de castas en la India, la debilidad de los pueblos hindus y la fortaleza de los conquistadores ingleses, comienzan ya a proyectar su sombra. Junto a los conscientes singaleses con su peineta clavada en el obscuro pelo recogido, con su larga y abigarrada levita femenina, se ven robustos tamules de la costa malabar, esbeltas tamulinas con grandes ojos grises de gacela, jóvenes hindus, gaoneses mestizos

de indios y portugueses, moros mahometanos, descendientes de invasores árabes, con su fez y sus polícromos y altos gorros tejidos de paja, que nunca se quitan, parsis con yelmos de brillante laca y de rara forma, signo de estos descendientes de Zaratustrá, malayos y mestizos de éstas y otras razas indias. Hacen falta muchos días y frecuentes consultas para orientarse aunque sólo sea superficialmente.

* * *

Entre todos estos hombres morenos es el blanco el gran *sahib*, el alto señor de la más elevada casta, y por lo menos, exteriormente el ídolo venerado.

Sólo por la mañana temprano, cuando el aire todavía tiene una frescura soportable, y a la puesta del sol, se pueden ver a pie hombres blancos y sus *mem-sahibs*. Entre las nueve de la mañana y la hora de la puesta del sol, por las calles circulan solamente los indígenas; los blancos se han ocultado del peligroso sol, y cuando los negocios los hacen asir por necesidad, se deslizan dentro de sus *rikchas*, protegidos por el yelmo tropical y la sombrilla, y avanzan rápidamente como ofuscantes y blancas visiones. Será para mí siempre un enigma cómo los *kulis* indios andan desnudos, sin tocado a la cabeza, cómo corren horas enteras en medio del calor insoportable y pueden arrastrar cargas sin caer heridos de un ataque de insolación.

Para conservar el prestigio de los blancos, se ha introducido la costumbre de que todos reverencien al gran señor, quiera él o no quiera. Si el indígena se aparta de la costumbre, es porque supone que el extranjero pertenece en su país natal a una casta inferior o despreciada. Cien manos le sirven por todas partes; donde quiera que se presenta, se retira respetuo-

samente el elemento indígena. Llegáis a una oficina de correos para certificar una carta; al instante se apresura un funcionario, os coge la carta de las manos, desaloja a la multitud de la taquilla, y entrega vuestra carta. Todos tienen que esperar hasta que el blanco está despachado. Lo mismo ocurre en los grandes hoteles, equipados con pompa principesca. Seis *boys* están de servicio en el aposento o yacen tendidos delante de la puerta, esperando la menor señal; doce hombres rodean la mesa donde se come. Por la mañana, a la salida del sol, el *boy* principal conduce al *sahib* respetuosamente al baño frío. Al regreso encuentra en el aposento te, manteca, pan, aromosas papayas, mangos, bananos y naranjas. En el gran comedor giran más de 60 ventiladores eléctricos. Cuando uno se levanta de la mesa, se sirve el café en la fresca veranda. Allí se sienta uno negligentemente, con el cigarrillo entre los labios, y al punto se acerca un mago, coloca la mano sobre la frente, y pide respetuosamente permiso para entretener al *sahib*. Una muchacha, que lleva consigo, cargada de adornos, con anillos de oro en las aletas de la nariz y en los dedos de los pies, se mete en una cesta plana, que es atada firmemente. Con una larga y afilada daga atraviesa el mago la cesta en todas direcciones, pero la muchacha vuelve a salir indemne y risueña. Ponen término a la exhibición cobras bailadoras y luchadores escorpiones. El cigarrillo se ha apagado. Pero ya está allí un goanés con la cerilla. En el suelo ha caído algo de ceniza. Pero al instante se arrastra un hindu de raza inferior, que sólo está en el hotel para ese objeto, y la recoge. El personal es barato. En los corredores y salas hay una servidumbre interminable, medio desnuda, de singaleses de largo pelo y de hindus de casta inferior. No miran al blanco a la cara, no contestan a su saludo, porque ya eso sólo sería una desvergüen-

za; cuando el blanco se acerca, saltan precipitadamente y se empujan temerosos, con los ojos dirigidos al suelo, apretándose contra la pared. ¡Espectáculo que nos admira y entristece!

* * *

La ciudad comercial de Colombo se encuentra directamente junto al puerto protegido por el rompeolas. Es pequeña y termina en un faro que se levanta en el centro de las casas. Este faro parece muy bajo, pero lanza por el mar su resplandor hasta muy lejos en tres direcciones. Desde aquella torre una ancha avenida conduce hasta la playa, en dirección vertical a la línea del puerto, porque la ciudad comercial se halla sobre una lengua de tierra, que el mar baña por tres lados.

Durante el día arde el sol con bienhechora llama sobre el enrojecido camino de la avenida, y ésta se halla muy tranquila y abandonada, al lado del Océano Indico de color turquesa. Pero cuando el astro del día empieza a descender, surge como al conjuro de una varita mágica por toda la longitud de la playa una vida exótica y soñadora. Cientos de coches y de *rikchas* avanzan lentamente de acá para allá; a los lados bullen morenos viandantes de castas elevadas con los más abigarrados trajes. Orgullosas carrozas se acercan a paso lento, con lacayos de chillones turbantes en la delantera, uno de los cuales sostiene en el brazo un gigantesco abanico de pelo de caballo. En los coches se ven indios principales, con el rojo sello de Siva sobre la frente o con las rayas calcáreas verticales del lingán, y junto a ellos van las damas envueltas en pintadas muselinas. Muchos se apean y se pasean por la playa. Arrastradas por troncos ricamente atalajados marchan parejas europeas hacia Flower

Road, donde se hallan los más principales *bungalows*. Jóvenes de *smoking*, pero sin tocado, avanzan presurosos en sus *rikchas* para cenar en los hoteles. Pocos blancos marchan a pie, y esos pocos en *dress*, paseándose con la cabeza descubierta.

Una ráfaga refrescante circula por la playa. Tierra adentro se alzan las esbeltas palmeras entre los oros del sol que se pone. El mar se presenta de un color azul turquesa, con un matiz dorado, y encima brilla el cielo azul sombrío. Pero hacia el Oeste, donde el sol acaba de hundirse bajo el horizonte, queda un color ardiente de naranja obscura, que se va degradando hacia el cenit en amarillo claro y rojizo. La hoz de la luna, que se cierne en el éter como una navecilla, dirige los cuernos hacia arriba y aparece verde, intensamente verde.

Al propagarse la obscuridad, desaparece tan rápidamente como llegó toda la avasalladora y ondulante vida de la playa. Parece una visión que se desvanece. La playa queda vacía. A la plenitud de la cegadora luz del día sigue la noche tropical, cálida, densa y azul, y la naturaleza enciende en el cielo como en la tierra sus linternas. Allá arriba lucen las estrellas con esa mágica claridad, que es desconocida en el Norte, y abajo trazan sus círculos y sus líneas entre los árboles, los focos de luz como millares de chispas de fuego. Al mismo tiempo se intercala el alto y aflautado concierto de las cigarras. Sobre el mar y la tierra comienza a notarse a breves intervalos un triple fogonazo, que arranca del faro levantado en la punta de tierra.

Entonces empieza a animarse Pettah, la dilatada y frondosa ciudad indígena. El mercado, particularmente el mercado de peces—porque el arroz, el pescado, las frutas, son los principales alimentos—, hormiguea de compradores. Delante de las tiendas relucen las más espléndidas frutas tropicales a la luz de las linternas.

Compradores y vendedores usan vaporosos vestidos. En la calle se pueden ver muy pocas mujeres, y todas ellas de las castas más inferiores. Las distintas capas sociales se entienden entre sí en el idioma tamul, pero unos con otros los hindus hablan su *urdu*, los singaleses su *elu*, los moros un árabe corrompido, y además, la gente joven el inglés.

Sobre el lago, que se halla en el centro, derrama la luna su fulgor. Todo alrededor de la orilla brillan las luces de las chozas. Mezcla de música y canto es el chirrido ensordecedor de los grillos. Sombrías, como negras siluetas, se alzan ahora las palmeras contra el claro cielo estrellado.



El extranjero pisa en Ceilán tierra histórica. Como país originario de piedras preciosas y de especias, esta isla era ya conocida de los griegos, que la llamaban Taprobane. Los príncipes de la India anterior, que dominaban sobre la isla en la antigüedad, fueron destronados por los portugueses a principios del siglo XVI. A éstos siguieron a mediados del siglo XVII los holandeses; pero desde 1802 Inglaterra es la dueña del país y ha hecho de él una colonia imperial independiente de la India. La importación y la exportación están casi exclusivamente en manos de casas inglesas. El té es el artículo más importante de exportación. Desde luego en Ceilán se cría casi todo lo que puede producir la zona caliente. Con razón la isla es considerada como el país típico de los trópicos.

Quien encuentra demasiado duro el sol de la costa y de las llanuras, se refugia en la montaña, en la soberana meseta Nuwara Elya o en Kandy, uno de los focos más importantes del budismo. Allí se encuentra el insignificante, pero veneradísimo por los adeptos, «tem-

plo del Diente», donde dicen se conserva un diente de Buda. De camino hacia Kandy se ven trabajando enormes y mansos elefantes por la campiña; allí se encuentran también individuos de la casta más baja de Ceilán, los rodyas (literalmente: «gentes de la inmun-dicia»). El viento sopla con más frescura allá arriba, y en los jardines de Paradenya, las más bellas agrupaciones botánicas de la tierra, con la única excepción de Buitenzorg en Java, puede uno recrearse con placer imperturbado.

7. Instantáneas del Mar del Sur

Nuevamente flota mi barquito sobre el azul Mar del Sur, y el sol de los trópicos quema implacablemente desde el cielo despejado. Esta vez navego en el vapor «Príncipe Waldemar», que se halla en largo viaje de veinticuatro días, uno de esos barcos de la Línea Austral Japonesa de Bremen, que mantienen el comercio entre Sydney, Brisbane y Japón. Una ráfaga del más lejano Oriente envuelve ya también al barco y sus cosas. La tripulación se compone de malayos de piel amarilla y pies descalzos; la servidumbre, de mozos chinos de oblicuos ojos. Incesantemente resuena aquí también el poderoso grito de batalla del Oriente, recio y suave, tosco y fino, presuroso e indolente. «Boy» se oye en todos los tonos. Y como brotado del suelo surge el *boy* chino.

—*Me wantschee big fellow bottle Sodawater.*

—*Yes, Master.*

Como la servidumbre de espíritus del Gobernador de Maldonado en los viajes de Gulliver, se presenta también aquella servidumbre. Los *boys* están vestidos de blanco, se mueven sobre blandas sandalias silenciosas, atienden ágiles y solícitos en la mesa, en el salón de fumar, en el camarote.

Pero el magnífico cuerpo de oficiales era alemán, y ya se conocía. El primer oficial, alegre alborotador, siempre dispuesto a la broma, habla en malayo con la tripulación como viajero que es de muchos años por el Asia oriental. Con aparente excitación, que constituye su segunda naturaleza, corre de acá para allá, y un chorro de abigarradas palabras brota de su boca. Pero el mismo hombre estudia en el tranquilo santuario de su camarote, en las horas de ocio, y medita sobre cuestiones religioso-filosóficas. ¡Y luego el capitán! Es una agradable mezcla de dignidad, como se requiere para la autoritaria posición de mando, y de alegría. Excelente narrador, sabe conciliar los deberes, que le impone la responsabilidad del servicio en aquellas peligrosas aguas, con los de señor de la casa. Su conocimiento del mundo y de los hombres parece no tener límites. Cuando se presenta, es, por decirlo así, como si saliera el sol; una aureola de buen humor le rodea y da el tono para toda la gente que va a bordo. Detrás de él marchan sus eternos acompañantes: «Fox», el *terrier*, huraño para toda la gente de color, y «Raule», el perro raposero. Cuando Raule da la vuelta a una esquina, tarda tanto tiempo como emplearían en esta experiencia tres perros uno tras de otro. ¡Tan corto es el animalito! El tercero de los jefes responsables es el primer maquinista, un teutón de anchos hombros con robusto bigote, más silencioso que locuaz, y gran pescador. Por todas las aguas tropicales va pescando con delicia, tan pronto como la ocasión se le ofrece.

* * *

El gran imperio colonial de Alemania en el remoto Mar del Sur se extendía por una superficie marina, comprendida entre 45° de longitud y 30 de latitud. A

este gigantesco dominio insular, incluyendo la superficie del agua, pertenecían la dilatada tierra del Emperador Guillermo en Nueva Guinea, el archipiélago de Bismarck con Nueva Pomerania, Nuevo Mecklenburgo y Nuevo Lauemburgo, como también los grupos de islas de las Palao, Marianas, Carolinas, Marschall y Salomón, las últimas en parte. El número de islas, distribuídas en muchos subgrupos con sus respectivos nombres, llega a muchos miles.

Pero aunque este mundo insular es enorme y sus habitantes están separados por el mar y por un tráfico todavía no desarrollado, para el que se requieren semanas enteras, la perspectiva que se abre ante este vapor del Mar del Sur, al abarcar toda aquella inmensa comarca, hace la impresión de una pequeña ciudad alemana. Todos los blancos se conocen unos a otros, y parecen estar mejor informados de los asuntos de los demás que de los suyos propios. Hay un «chismorreo del Mar del Sur», que se parece mucho al de nuestras pequeñas ciudades. Mucho tiempo antes de que surjan de las olas las primeras fajas de tierra alemana, estoy ya iniciado en cuestiones personales, en asuntos domésticos, en cualidades de carácter, en iniciativas, en defectos, en éxitos, en anécdotas, en juicios. No es que las gentes del Mar del Sur se juzguen unas a otras. Lejos de eso, se trata sólo de una especie de crónica, de un intercambio de novedades con anverso y reverso.

Cuando llega la noche tropical y los viajeros se levantan de la mesa, servida a estilo genuinamente alemán, volvemos a encontrarnos en el fumadero.

—*Boy, makee come big fellow bier... Boy, me wants-chee brandy... Boy, makee typhoon...*

El boy «hace efectivamente tifón», es decir, pone en marcha el ventilador eléctrico.

Afuera se aploma un calor denso; abajo brilla el mar; arriba lucen las estrellas en el obscuro firmamento. En

«el salón de fumar se narran anécdotas y sustanciosos chistes, se cuentan salpimentadas historias y graciosos incidentes del Mar del Sur.

—Pues, señores, ahora se me ocurre otra historia. Un joven empleado, recién salido del horno para el servicio colonial, llegó aquí sin estar maleado por la experiencia. Estaba impaciente por establecer relación con los indígenas, para conquistar laureles. Al fin llega el gran día. Tiene que ir tierra adentro, para ver a un cacique de las Palao. Con todo interés se dirige a su jefe, para enterarse ante todo de la cuestión de etiqueta. «¿Cómo se ha de tratar al cacique, de Majestad o sólo de Excelencia?» «Puede usted hacer lo que le parezca—le contesta el jefe sonriendo—; yo le hablo generalmente con el título de: *viejo cochino harto de nabos*».



La fantasía no puede figurarse nada más salvaje ni más imponente que las rasgadas y abruptas costas de las enormes islas volcánicas, que se hallan en la parte del Mar del Sur antiguamente alemana. Sombrias y amenazadoras, se levantan ceñidas de nubes sobre el horizonte. Son montañas ciclópeas que dominan ceñidas el país, salvajes y grotescas como los hombres mismos, que se esconden en las impenetrables espesuras de aquel mundo insular. Por otra parte, a la mitad occidental del Océano Pacífico, Hawai, Samoa, Tahití, Fidschi, Tonga, llega el viajero demasiado tarde, porque ya la civilización ha sentado allí sus reales, y apenas se pueden encontrar indígenas en su estado primitivo. Pero aquí, en esta parte del mundo, el turista llega, por decirlo así, demasiado pronto; ni siquiera las líneas costeras de los nuevos países estaban completamente medidas cuando estalló la guerra

mundial; todavía no se habían encontrado todos los escollos y bajíos del mar coralino ni se habían incluido en los mapas del mar; todavía las costas no estaban provistas de faros ni estaba explorado el interior de las islas. Bajo el ardiente sol del Ecuador crece casi todo lo que produce la tierra pródiga. Todavía es completamente desconocido lo que alberga en su seno el país del Emperador Guillermo en Nueva Guinea en tesoros naturales, como oro, metales, carbón, petróleos, maderas. Un clima mortífero, que acaba hasta con los tenaces chinos, y una población salvaje, todavía más mortífera que la naturaleza, oponen un dique insuperable a la exploración de estos países por los blancos. El asesinato y hasta el devoramiento de los intrusos blancos está a la orden del día. Los empleados, comerciantes y traficantes, los cazadores de aves del Paraíso, que andan por las montañas en aquellas colonias, son todavía exploradores, exponen su vida bajo muchos aspectos. Nunca podrá el blanco desarrollar un trabajo corporal bajo aquellas latitudes; en el archipiélago de Bismarck y en la Nueva Guinea no hay sencillamente uno solo que no padezca de fiebre malaria a pesar de la permanente toma de quinina.



A lo lejos, bajo un cielo tormentoso y sombríamente amenazador, surgen ya del mar las montañas de Nueva Pomerania. Ligeramente a la derecha, una faja nebulosa, la punta meridional de Nuevo Mecklemburgo. Entre estas dos islas gigantescas, de las cuales sólo Nueva Pomerania tiene 25.000 kilómetros cuadrados de superficie, el barco tiene que buscar su camino por un canal relativamente estrecho hacia la península de Gacela y hacia la Bahía Blanca, en cuya profundidad se

ha establecido la nueva sede del Gobierno imperial, Rabaul, antes puerto de Simpson. ¡Cuántas cosas llegaremos a ver! Aquí empieza uno a extrañarse de cómo la bandera alemana ha podido ondear sobre todas aquellas regiones. Las volcánicas interioridades de la isla principal del archipiélago de Bismarck, de Nueva Pomerania, son todavía poco conocidas; hasta la zona de la costa no está medida aún en torno. Para la navegación todo se presenta muy mal todavía. No hay faros que señalen las entradas de las bahías habitadas, prescindiendo de una boya luminosa, célebre precisamente por su soledad, en el puerto interior de Rabaul. El capitán, que recala por la noche, tiene que penetrarse hasta cierto punto espiritualmente con las revueltas ensenadas o aguardar hasta que amanezca el día, en caso de que existan delante de la costa los habituales bancos de coral.

Los «salvajes alemanes» o los «alemanes salvajes» de nuestras regiones son individuos pertenecientes a los oscuros melanesios y a los más claros micronesios. Exceptuando las Carolinas, Palao, Marianas, Marschall, donde habitan micronesios, casi todos nuestros conciudadanos salvajes son melanesios negros. Los mayores investigadores de razas no pueden decir todavía mucho más, porque de pueblo a pueblo existe una confusión y mezcla tan increíble, que no se puede hablar de una nota característica unitaria. Hasta los dialectos son tan distintos que la gente de una vertiente del monte no entiende a la de la otra vertiente. En la falta de cohesión política entre los indígenas, y hasta en la continua enemistad de las tribus entre sí, reside propiamente la fuerza del pequeño grupo de blancos, que hace frente a muchos miles de guerreros indígenas.

Como la nave espectral de Wagner avanza desde bastidores, grande, sombría y misteriosa, así avanza nuestro barco, en medio de una noche de truenos y de rayos, por la bahía Blanca, ceñida de volcanes. Todavía pasaba el barco a la vista de las costas sobre el dilatado lomo del mar, cuando surgió un nubarrón sombrío, que obscureció las aguas. «Abrumadora descendió del cielo la noche», canta Homero. Con toda su belleza y ferocidad estalló una tormenta tropical. El trueno retumba como mil cañonazos; el relámpago derrama blancos resplandores, y a cada paso la sombría bóveda del firmamento parece rasgarse por la mitad. Desde lo alto se precipita bramando un violento chaparrón. Al capitán, que va sobre el puente de mando, la tormenta le complace, porque a la cegadora luz de los relámpagos puede discernir por ambos lados las ya vecinas costas.

Avanza la noche, cuando desde lejos brilla la famosa y solitaria boya de Rabaul. A los acordes de los restallantes truenos y bajo la grandiosa iluminación de los ofuscadores relámpagos tropicales, el «Príncipe Waldemar» entra en el puerto de refugio. «¡Abajo las anclas!», se ordena desde el puente de mando. Y, rechinando, el ancla se desliza hasta lo profundo. Entonces ruge la sirena un par de veces en medio de la noche. «Hemos llegado», se anuncia. Y todo se queda en calma. El buque va derivando poco a poco con la corriente. Allá en Rabaul, sumergida en la noche, brillan unas cuantas luces. En torno se elevan misteriosamente las montañas. ¡Buenas noches! Mañana tendré que descorrer el velo de la Alemania salvaje.

* * *

A la media luz del amanecer el vapor abandona su fondeadero en medio de la bahía y atraca hasta la are-



na. Ahora se halla delante de Rabaul, cuyas casas de tejados rojos descienden hasta la playa.

Frente a mí, que acabo de salir del seno del barco al aire de invernadero de la bahía Blanca interior, se yergue una figura extraña de hombre, que sostiene una carta en la mano. Esa figura es manifiestamente un joven casi desnudo. El pecho, los brazos, el vientre, hasta las musculosas piernas y los desnudos pies brillan con un tono negro oleaginoso. En un brazalete de perlas, que lleva puesto en el brazo superior, se sujeta una pipa; los lóbulos alargados de las orejas sostienen grandes y pesadas arracadas de conchas; el rostro reluciente, con sus grandes ojos negros, está pintado con gruesas rayas rojas y blancas. ¿Pero qué es esto? Lo principal me ha parecido tan accesorio, que lo he advertido al fin. Ese hombre lleva una gorra caqui sobre la cabeza velluda, un paño rojo en torno a las caderas, y sobre el vientre desnudo un cinto auténtico de infantería, en cuya hebilla se lee: «Dios con nosotros», y al costado cuelga un sable corto. ¡Cielo santo! ¡Si este hombre salvaje es un soldado alemán!

—Buenos días—le digo.

Como por ensalmo la figura inverosímil abre su boca, enseña dos carreras de afilados dientes y dice con amplia gesticulación en voz alta y clara:

—Buenos días, señor.

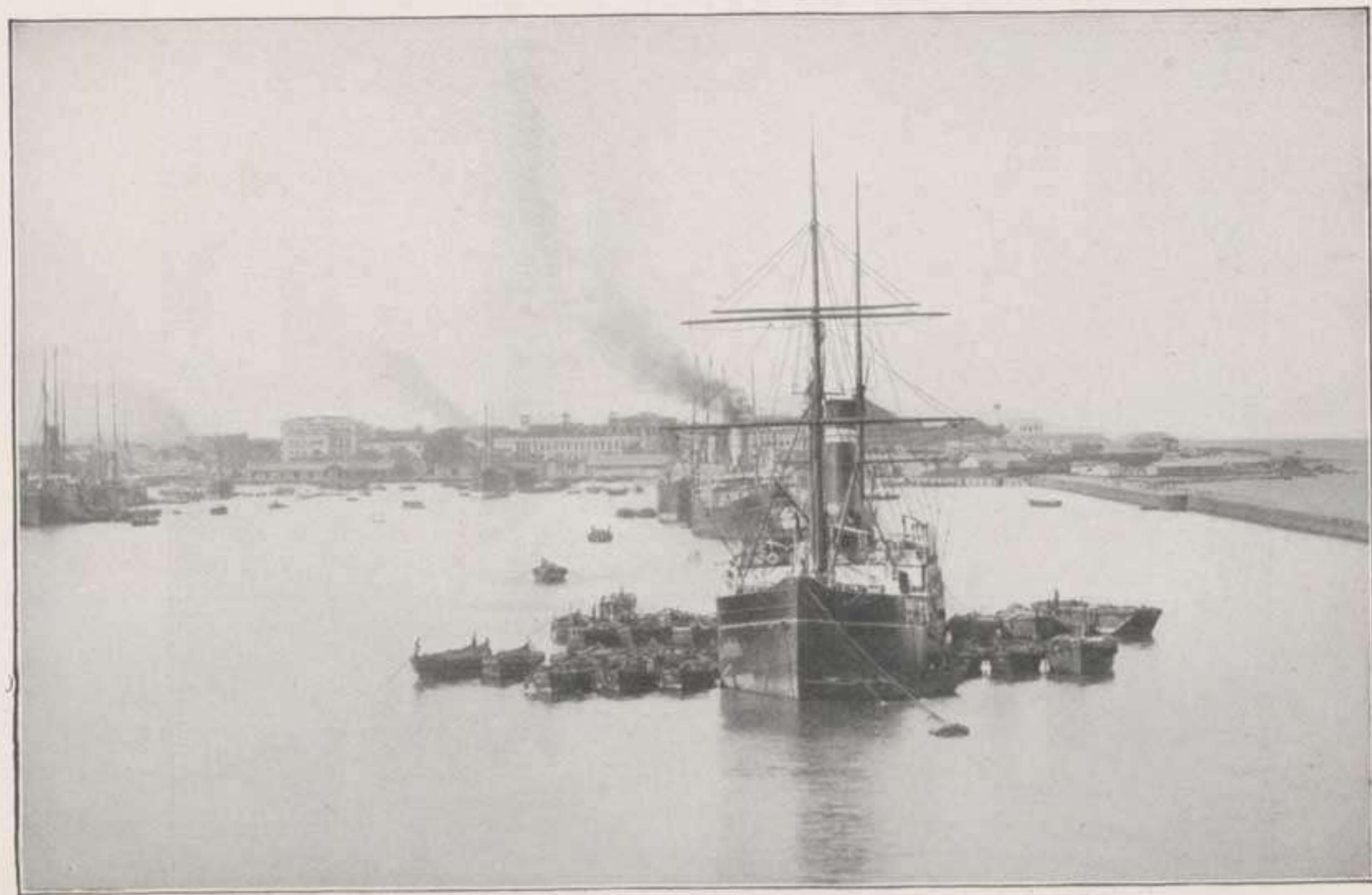
Entonces vuelvo en mí y desciendo al mundo de la realidad, totalmente sobrecogido, para prepararme en el tranquilo saloncito, recogíendome interiormente, a mayores sorpresas.

* * *

Un día abrumadoramente cálido, sofocante y tropical, lleno de reverberos y reflejos solares, lo envuelve todo, y derrama oro líquido sobre el paisaje conmovedora-



Playa de palmeras de Mount Lavinia, cerca de Colombo



El barrio comercial de Colombo, visto desde la rada

mente bello. Porque todo lo sombríos que se presentan estos paisajes con sus rasgadas costas bordeadas de montañas, son de atractivos y seductores en su interior. Rabaul se esconde en lo profundo de una caldera marina, dentro de un grandioso puerto natural, tan espacioso, que pudiera alojarse allí una escuadra completa de guerra. Se halla al amparo de las tormentas y de los ataques enemigos. Este puerto es la causa de que la sede del Gobierno alemán se haya trasladado desde Herbertshöhe, con su rada abierta, a Rabaul. El semicírculo enorme y alargado de la caldera marina está bordeado por altas montañas volcánicas, abruptamente recortadas, cubiertas todas hasta la cima y hasta las más altas vertientes con brillante vegetación. Del centro de la bahía surgen sobre las olas dos rocas cubiertas de abundante flora, llamadas colmenas, y toda la orilla visible, de muchas leguas de longitud, está ribeteada con ondulantes cocoteros, entre los cuales se alojan las chozas de los indígenas y a intervalos las residencias de los blancos. Si se contempla todo aquel paisaje arrobador, adquiere uno inmediatamente la certidumbre de que toda aquella dilatada caldera no puede ser sino un antiguo y enorme cráter hundido, sobre el cual se precipitó el mar. Todavía está en actividad volcánica toda la región y las sacudidas ocurren casi a diario. La gran isla volcánica, situada en la bahía Blanca exterior, brotó del abismo en el espacio de una noche hace veintiséis años.

Sobre la quebrada línea del horizonte se levantan en la Isla Gacela, a la vista de Rabaul y de la cercana Herbertshöhe, los tres volcanes, que llevan los nombres de «Madre» y de «Hija del Sur» e «Hija del Norte». Calientes manantiales sulfurosos, además de las frecuentes sacudidas sísmicas, dan testimonio de la vida inexhausta de aquella serie de volcanes. A esta serie corresponde en el Norte de la isla el volcán «Pa-

dre», de 1.200 metros de altura, con los volcanes «Hijo del Sur» e «Hijo del Norte». Y entre las demás montañas de fuego se cuentan también el volcán de Richthofen, el monte Schrader, de 1.500 metros de altura, y al Oeste, los volcanes de Hunstein y de Below, así llamados en memoria de dos alemanes, que perecieron en una expedición el año 1888.

Dirigiendo la mirada hacia las montañas por cima de Rabaul, aparecen graciosamente sobre la verdura las blancas casas del Mar del Sur por la izquierda, muy arriba, casi enteramente oculta, la residencia del Gobernador; por la derecha, algo más abajo, con una torre donde ondea la bandera alemana, la «Casa Nakaya», donde el representante del Lloyd Norte Alemán ha fijado su residencia. La isla de Matutí, con el domicilio del representante de la casa Hemsheim, se halla detrás de un promontorio hacia afuera de la bahía. Abajo, en el primer plano, pululan entre palmeras casas amables de amplias verandas abiertas, que forman amplias calles bellamente trazadas.



En Rabaul se podría organizar un admirable museo de negros, porque las calles, la playa, el bosque están llenos de indígenas de las más distintas regiones del archipiélago de Bismarck y de Nueva Guinea. Allí se encuentran gentes de Nueva Pomerania y de Nuevo Mecklemburgo con las islas avanzadas. Los *buka* de las islas Salomón, tan estimados como trabajadores; los esbeltos ponapeses, que se hallan desterrados desde la última sublevación sangrienta; los desterrados *siar* de Nueva Guinea; los pelafustanes de las islas Manus: toda una plebe revuelta de trabajadores y soldados, en su mayor parte melanesios negros, y sólo en muy pequeña parte tipos de la raza micronesia,

más clara y más bella. En Nueva Pomerania mismo, donde nos hallamos, se distinguen dos poblaciones distintas, los *baining* establecidos en las montañas, probablemente puros *papuas*, como los habitantes de Nueva Guinea, y los mestizos melanesios.

¡Y qué aspecto el suyo! Apenas se puede afirmar, después de pensarlo mucho, que nuestras antiguas gentes del archipiélago de Bismarck fuesen de buen tipo. Achaparrados, negros, con largos brazos y cortas piernas, con caras envejecidas de sello especial, con narices prominentes y encorvadas. Para quien no esté acostumbrado a verlos, sus facciones inspiran poca confianza, y a veces resultan inquietantes. Todos los hombres y muchachos están semidesnudos, los sombreros y gorros son desconocidos. El sol incandescente, que entre nosotros amenaza con la temida insolación a pesar de todas las precauciones, no puede hacer mella en aquellos cráneos duros con su gorra natural peluda. Uno de los jóvenes, que ha de guiarme a una casa amiga de la playa, es un verdadero *dandy*. El rizado pelo, que se desprende de la cabeza como un turbante, aparece teñido en rojo moreno con polvo de coral; en el tabique de la nariz se mete un bonito punzón de hueso pulimentado; ambos brazos se adornan con brazaletes de concha y perlas; en los de la derecha se sujeta una pipa, en los de la izquierda una cuchara de estaño. En torno del cuello lleva una cadena de dientes de perro, y la cara aparece horrorosamente pintada con chillones adornos. Los ojos quedan dentro de dos anillos rojos, y a través de la nariz pasan dos gruesas rayas blancas.

Parecido aspecto presentan todos. No se advierte el uso del tatuaje, pero en cambio abunda la pintura más llamativa. La tintura de los cabellos, negros por naturaleza, pasa del rojo chillón al gris obscuro, a través de todos los matices y tonalidades. Son corrientes

los brazaletes y collares, como también la pintura de la cara. Los lóbulos de las orejas suelen colgar tanto que llegan hasta los hombros y oscilan al andar. Las mujeres, nada más bellas que los hombres, usan dentro de la colonia el vestido en forma de saco de los misioneros. Ellas no se pintan, pero en cambio las de Nuevo Mecklemburgo se presentan con profundas cicatrices sobre la frente, cicatrices que son restos de heridas sufridas por cualquier motivo sin importancia.

Tales eran nuestros paisanos, los salvajes alemanes, que merodeaban por la ciudad de los blancos, Rabaul.

* * *

Grande es la hospitalidad en el Mar del Sur. Está empezando el día y llueven ya invitaciones para el *tiffin*, para el té, para la merienda y para la velada nocturna. Pero hay que proceder con cautela, porque en todo este paisaje exótico, con gentes tan exóticas, incluyendo a los europeos, calienta un sol casi mortífero, que ataca al recién llegado. El sol tropical abrasa aquí de una manera muy distinta que en la zona ecuatorial del Este del Mar del Sur, en las pequeñas islas volcánicas y en los *atoles* todavía más pequeños, sobre los que sopla la brisa. Rabaul se halla solamente a cuatro grados de latitud al Sur del Ecuador; pero no es esto sólo; se halla como en una verdadera caldera hirviente, y durante la época del monzón del Suroeste, como es la actual, las montañas apartan materialmente toda brisa. El mismo yelmo tropical resulta en tales condiciones una protección del todo insuficiente. Por el menor esfuerzo hecho al aire libre, se adapta a la frente y a la nuca como un anillo opresor de hierro.

Sin embargo, no nos aguardan penalidades, sino placeres. El señor de la orgullosa residencia de allá arriba, sobre las verdes colinas, el dueño de la casa «Nakaya»,

palabra que significa «Bajo el cráter», me envía un caballo y un coche con un lacayo negro, y sin cambiarme de ropa, con traje blanco tropical, como lo exige el ardor de las horas del día, monto en el vehículo y cojo las riendas, para conocer un hogar alemán del Mar del Sur. El camino marcha a través de una extensa plantación de palmeras; por la derecha, a lo lejos, entre los troncos, brilla en el jugoso azul la bahía iluminada por el sol. El *boy* neopomeranio, que va junto a mí, me dice al pasar junto a un largo edificio de madera: «La casa Bullmakau.» No está mal que me inicie un poco en el *pidgin* angloalemán de nuestros paisanos negros. «Este es un establo de vacas», quiere decir. *Bull* y *cow* son palabras que los indígenas han fundido, y así *bullmakau* significa indistintamente buey, toro, vaca, carne de buey, asado de vaca, etcétera. Un automóvil recibe el nombre de «Steamer belong bush», o sea «el vapor que anda por el bosque»... (Como no sea una broma de los blancos).

En la escalera del aireado palacio, abierto por todos lados, aguarda la gentil dueña de la casa al forastero, que no acaba de salir de su asombro. En la mesa del airoso salón sirven silenciosamente tres figuras negras, todas llevan brazaletes de perlas; una se ha clavado una gran peineta en el pelo espolvoreado de cal amarilla; otra presenta rayas rojas transversales sobre las dos mejillas, y la tercera grandes manchas blancas debajo de los ojos. A su juicio, están admirablemente adornadas. Pero las órdenes de la señora son como balas rasas.

— ¡*Big fellow bottle makee bum bum be come!* (Literalmente: «Muchacho, trae la botella que hace *bum-bum.*»)

¿Qué significará aquéello? Allá viene el muchachote con la botella de champaña. ¡Ah, vamos! Es la botella grande, que hace *bum-bum* al abrirse.

Después que varias botellas han hecho bum-bum, la señora de la casa canta deliciosamente al piano. En torno de la veranda, se veían entre ondulante verdor mangos, papayas, ananas y preciosas flores, que difundían un perfume desvanecedor. Allá abajo brilla la bahía azul con las verdes «colmenas», y más lejos la misteriosa costa, oculta tras de un ondulante jardín de cocoteros. Todo parece un sueño desvariado.

* * *

La moderna Rabaul lleva tres años de existencia. Parece asombroso que durante tan corto tiempo se haya adelantado tanto. Amplias calles y avenidas corren trazadas a cordel; la maleza se ha retirado al interior; un magnífico jardín botánico rebosa de plantas, y todo marcharía más aprisa, si no hubiese tanta falta de trabajadores, a pesar de la abundancia de población, como ocurre siempre en el Mar del Sur. ¿No tienen razón realmente los indígenas? ¿Por qué han de trabajar ellos para el intruso blanco, si la comida se les mete sola, por decirlo así, en la boca?

Entre la maleza se encuentra un pequeño barrio chino. Produce una impresión cómica leer rótulos de casos como éste: «Ah lung kee» (Maestro sastre). Al final de la calle se encuentra también una casita japonesa, llena de mujeres, que se ocupan en las ceremonias de la degustación del te.

Fuera de la ciudad, entre el boscaje, en los pueblos de los indígenas, que yo visité acompañado de guías oficiales, de un joven funcionario y de un soldado indígena, abundan las plantaciones bien cuidadas de bananos, cocos, mangos, papayas, taro, yams, ananas, mijo, rodean los pueblos con sus viviendas de estera y sus techos de hojas de pandano. Es muy frecuente el árbol del pan. En la playa se encuentran buitrones

artificialmente tejidos y grandes canoas, porque todos estos habitantes de la playa son grandes pescadores. Desde las cimas de las montañas se oye de vez en cuando un lejano y bronco tamborileo, y las gentes del valle se quedan escuchando. Son avisos, recados, que se pasan de un pueblo a otro en el idioma del tambor. En la península Gacela, solamente residen unos 35.000 habitantes.

En un pueblo nos salió al encuentro una linda muchacha, que indudablemente era hija de padres principales, su rizado cabello estaba teñido de amarillo; sobre el pequeño lienzo rojo, que le caía por delante y por detrás, había delante del vientre una gran estrella negra y en la espalda una flor. Tras de sí llevaba como a un perro, cogido por una larga cinta roja, a un cochinillo gruñendo. Como yo me echase a reír, cogió ella tiernamente al lechoncillo contra su pecho y se marchó enfadada, haciendo graciosos mohines.



Después de una pequeña vuelta, que resultaba penosa en aquel ambiente sofocante, por el bosque primitivo que comienza tras del jardín botánico, me encontraba a la tarde siguiente muy contento, cuando nuestro barco volvió a salir a la bahía exterior. En medio de un tiempo espléndido avanzamos hacia Herbertshöhe, que con su esbelta catedral hace la impresión de una gran ciudad, y más tarde pasamos junto a la costa de Nuevo Mecklemburgo, cuyos montes y valles se presentan a la luz del sol poniente como cubiertos de vidrio. A la mañana siguiente nos hallamos delante de Peterhafen y de las Islas Witu, y por la tarde, antes de que el barco se dirija transversalmente a Nueva Guinea, en dirección Suroeste, divisamos la última tierra delante de la península de Willaumez

en la costa septentrional de Nueva Pomerania. Es la isla Ruck.

A la puesta del sol, parece surgir sombría y ceñuda del mar con sus altas montañas negras, con sus gigantescos precipicios y barrancos. Hace algunas semanas fué asesinada aquí toda una expedición de 28 personas: dos blancos, 25 mozos de carga y el cocinero chino. Ahora se organiza una expedición de castigo.

Negra y azulosa avanza a lo lejos la tempestad y envuelve la isla. Se propaga por el mar como una figura gigante. En vano trato de buscar a Ruck en el horizonte. Por último, el sol se sumerge ya en el mar y la descubro en otro sitio completamente distinto. Con el anteojo había yo seguido a la tempestad que avanzaba, mientras la isla se había quedado naturalmente en su sitio.

—Con una equivocación como esa—me dice el capitán—hubiera usted resbalado estrepitosamente en el examen de marino.

* * *

Cuando Knud Rasmussen se detuvo con la poética expedición groenlandesa de Mylius-Erichsen entre los vecinos del Polo Norte y el breve y frío verano de aquellas pobres gentes llegó a su fin, para dar lugar a las horribles tinieblas y al frío helado de los nueve meses de largo invierno, se presentó una tarde en la playa la vieja indígena Arnaluk al explorador y le dijo señalando hacia el mar:

—¿Ves aquella nube negra del horizonte?

—Sí la veo.

La alegría vibraba en la voz de la vieja, cuando insistió:

—Pues esa es la gran obscuridad, que ya se acerca. Así se alegra el hombre hasta en las regiones más

inhospitalarias por el cambio de las estaciones, aun cuando se trate de sitios donde, si el verano es malo, el invierno es peor. Porque nuestras almas son de tal condición que la monotonía es un veneno enervante para nosotros, mientras que la mudanza nos llena de nuevo vigor y de esperanza siempre renovada. En la zona húmeda y caliente de Nueva Guinea se desarrollan nuestros semejantes con indescriptible pujanza. Pero el indígena se ha detenido en un grado muy bajo de evolución y todavía hoy vive en la edad de la piedra. El hombre norteño, perteneciente a razas superiores, que se ve obligado a permanecer allí, incurre en un estado, que pudiéramos llamar la melancolía de los trópicos.

Apenas se advierte todavía un cambio en las estaciones. El mar que todo lo invade en torno, produce una constante humedad del aire, y no hay propiamente un período de sequedad. Calor y humedad se notan en invierno, cuando sopla la brisa del Sudeste, y calor y humedad hay en el verano, cuando sopla el monzón del Noroeste. Eternamente arde el sol con la misma fuerza bienhechora sobre el mar y la tierra. Todas las mañanas a la misma hora despierta la luz intensa al embotado durmiente de su pesado sudor; todas las tardes a la misma hora la tierra cansada se sumerge en la obscuridad huyendo de la encendida mirada de Febo.

Parece como si hasta en el exterior de estos países, en su rostro, por decirlo así, en sus facciones, se manifestaran una profunda tristeza por la eterna tensión. La aspereza y sequedad de las costas del archipiélago de Bismarck se acrecientan en Nueva Guinea hasta producir una melancolía abrumadora.

Desde que a principios del siglo XVI el portugués Jorge de Meneses se extravió y fué a dar a la costa septentrional de Nueva Guinea, tomando a esta gran

isla por un continente, pocos hombres han logrado ver desde el mar aquella costa libre de nieblas y vapores, al dorado resplandor del sol tropical. Nieblas lluviosas se arrastran casi siempre por la costa, y las enormes montañas del interior se envuelven en un manto de vapores azulosos. Conmigo fué benigna la suerte. Yo pude ver aquella tierra ciclópea completamente cristalina hasta el más lejano horizonte, como si la naturaleza festejase algún acontecimiento misterioso. El puerto de Federico Guillermo en la bahía del Astrolabio era nuestra meta. Todavía era de noche cuando pasamos a lo largo de la costa. La mañana llega en aquellas latitudes como al conjuro de una varita mágica. El sol se levanta con gran rapidez, y de la noche surge en pocos minutos el día radiante. Desarropada, como por fuerza de magia, brilló de pronto la tierra del Emperador Guillermo, tan grandiosa, tan pujante, tan severa y ceñuda a pesar de la inundación de luz, que su aspecto quedará grabado para siempre en mi memoria. Escalonadas, constantemente una cordillera festoneada tras de otra, se elevan las montañas en el interior, y brillan en todas las tonalidades, desde el blanco hasta el negro obscuro, desde el gris suave hasta el intenso azul y verde. Son farallones, conos, quebradas y hoces de la sierra de Finisterre, que se extiende tras de la bahía del Astrolabio. Tras de las últimas cimas que azulean en el horizonte, se yergue todavía, entre suaves reflejos, a distancia inapreciable, otra cumbre que parece cubierta de nieve. ¿Son los Alpes de la lejana montaña de Bismarck con sus crestas de 4.300 metros? ¿Son formaciones acuosas, iluminadas por el sol?

En la extensa tierra llana, tras del escollo espumeante de coral, verdean y florecen palmas, árboles del pan, casuarinas, una verdadera selva de árboles y matorrales corpulentos. Espesa maleza tropical cubre las

colinas que ascienden suavemente. Donde las montañas empiezan a ser más elevadas, aparece el bosque sombrío como un espeso jardín verde. Obscuras selvas de coníferas cubren alturas todavía mayores. Y sobre ellas se yerguen aún los farallones de la montaña, con su flora alpina, que se desvanece en tintas pálidas.

Delante de la costa hay un rico y abigarrado mundo de islas coralinas, raramente distribuídas, tan amables y acogedoras como severas y aplastantes son las enormes masas montañosas.

* * *

El puerto de Federico Guillermo, antigua capital de la tierra del Emperador Guillermo, se halla en la bahía del Astrolabio en la desembocadura del río Gogol, en medio de un delicioso mundo de pequeñas islas, ceñido afuera por el mar. Extensos edificios del Gobierno, almacenes de la Compañía de Nueva Guinea, algunas viviendas simpáticas, levantadas junto a la verde agua de las lagunas, componen aquel lugar. En el puerto se hallan el yate «Delphin» y el cañonero «Kondor», que está a punto de zarpar para Ruck, con el fin de castigar a los indígenas, que asesinaron a toda una expedición hasta el último hombre.

Las gentes, que nos salen al encuentro alrededor y en el puerto de Federico Guillermo, son por excepción *papuas*, que van desnudos sin otra prenda que el *lava-lava*. Son negros, esbeltos, de estatura mediana, con anchas narices, encorvadas a veces, y ojos grises y expresivos. El tabique de la nariz está perforado y adornado con un punzón de hueso. Los lóbulos de las orejas aparecen estirados y sirven para colocar rollos de papel y haces de hierba. Son corrientes los brazaletes de conchas, los collares de dientes de perro y de cerdo, las plumas en los ensortijados cabellos, como

también una cestita de liber con la pipa, con betel de mascar, etc., que cada uno lleva debajo del brazo o en la mano. Todas estas gentes forman la población costera. El interior del país todavía está poco explorado.

Tampoco en Nueva Guinea es corriente el tatuaje, pero en cambio la pintura y la untura del cuerpo con grasa y ocre están en boga. Extraordinariamente desarrollado está un arte primitivo, que se manifiesta en la construcción de las casas y en el adorno de las armas. Las chozas se levantan generalmente sobre pilotes; en algunas regiones hay airoosas casas encaramadas sobre las ramas de los árboles, y en otros pueblos palafíticos encima del agua. Las armas muestran ricas tallas y pinturas. Los animales domésticos son los perros, las gallinas y los cerdos. La fauna de Nueva Guinea es muy pobre en mamíferos y se reduce a murciélagos, erizos rostrados y algunos animales de presa, aparte de los cerdos y perros primitivamente importados. Más abundante es el mundo de pájaros, insectos y reptiles.

Con cinco mozos de Nueva Guinea como remadores incansables, en un bote le la Compañía de Nueva Guinea amablemente puesto a mi disposición, atraveso la bahía y el Majumba, un estrecho río selvático, agua arriba. Quien no haya estado nunca en una selva tropical, no puede formarse idea de la exuberancia de aquella flora. Con sus nudosas raíces aéreas se apuntalan los matorrales de mangrovos dentro del agua; los bejucos cuelgan como una red entre la espesura de los árboles; multicolores y brillantes orquídeas miran desde el bosque como si fuesen los ojos de la selva; silvestres árboles de goma han levantado en torno columnas formadas por raíces aéreas, tan gruesas como el tronco principal. Un perfume embriagador de flores y de humedad corrompida llena el aire. Desde

el *dchungel* vuelan graznando los papagayos; grandes lagartos pasan desalados entre la maleza; magníficas mariposas se mecen de rama en rama como flores flotantes, y sobre tolo ello derrama sus llamas benéficas el mortífero sol de Nueva Guinea.

Por un lado se abren finalmente amplios cultivos de árboles de goma. Se comprende que en aquel invernadero de la naturaleza todo tiene que brotar con pujanza: cocoteros, caucho, café, tabaco. Pero los muchos miles de cocoteros, plantas del caucho y del café, que forman el cultivo, sólo ocupan un ángulo muy pequeño de la extensa tierra, cuya exploración depende de la posibilidad de educar a la población indígena para el trabajo.

* * *

Cuando a última hora de la tarde hemos vuelto a la amable playa con sus espesuras de mangrovos, en vano busca la vista las cadenas montañosas, que alumbraba la luz de la mañana. Pesadas nieblas plateadas y lluviosas llenan las escotaduras; sombríos y amenazadores aparecen los montes de primer término, y detrás de ellos todo está envuelto en vapores. En aquella sazón podría el navegante pasar de largo, sin que barruntase siquiera la enorme tierra montañosa.

A la luz mortecina del ocaso nos despide una isla—¿qué digo?—, un enorme cono ciclópeo de terrible grandeza. Terso y escarpado por todos los lados, se levanta el volcán sobre el mar. Detrás, el cielo de la tarde con sus amarillentos resplandores; delante, la sombría y desapacible silueta del macizo de muchas leguas, con la enorme cabeza envuelta en un banco de nubes, tan dilatadas como el océano. Pero la visión se desvanece rápidamente. Con botas de siete leguas co.



rren las tinieblas sobre el mar y todo lo envuelven, el monte, el agua, el barco, en noche negra.

Hace ya mucho tiempo que la costa de la tierra del Emperador Guillermo ha quedado a la izquierda. Hemos pasado por el puerto de Hatzfeld y por el puerto de Potsdam, por las desembocaduras del Ramu y del río de la Emperatriz Augusta; pero acerca de lo que queda más allá de las costas, nuestro conocimiento es hoy casi tan obscuro todavía como la noche que ha envuelto la tierra y el mar.

8. Días de ensueño en el Océano Pacífico

Allá lejos, muy lejos, en las profundidades del horizonte del Nordeste, se halla la vieja Europa con sus luchas y rivalidades; profundamente sumergido en la otra parte del globo se halla también el acelerado Nuevo Mundo; y todo en torno no hay más que la bóveda azul pálida del cielo y las aguas, de un azul obscuro inverosímil, del inmenso océano, que Magallanes llamó Pacífico, y al que yo también puedo llamar así, porque en su majestuosa y conmovedora tranquilidad me han acogido los dioses del Mar del Sur. Sobre las olas susurrantes sopla una brisa cálida, que llega cargada como de esencias y perfumes, y con el ligero traje blanco de los trópicos me tiendo indolentemente sobre la silla de lona en la cubierta, y sueño en medio de la soledad azul.

El indescriptible encanto del Sur dora los días y convierte las noches estrelladas en transportes mágicos. Con la brisa constante que sopla en aquella parte de los trópicos, en la emocionante lejanía y apartamiento del más dilatado de los océanos, al que apenas pueden igualar todos los demás juntos, el alma se purifica como en un baño supraterráneo. Todo lo que la

oprimía e intranquilizaba, se desvanece. Los cuidados de la vida diaria se disipan. Todo lo que pasó, no es ya más que un sueño pálido y lejano. El río Lethe fluye por el aire y embriaga los corazones.

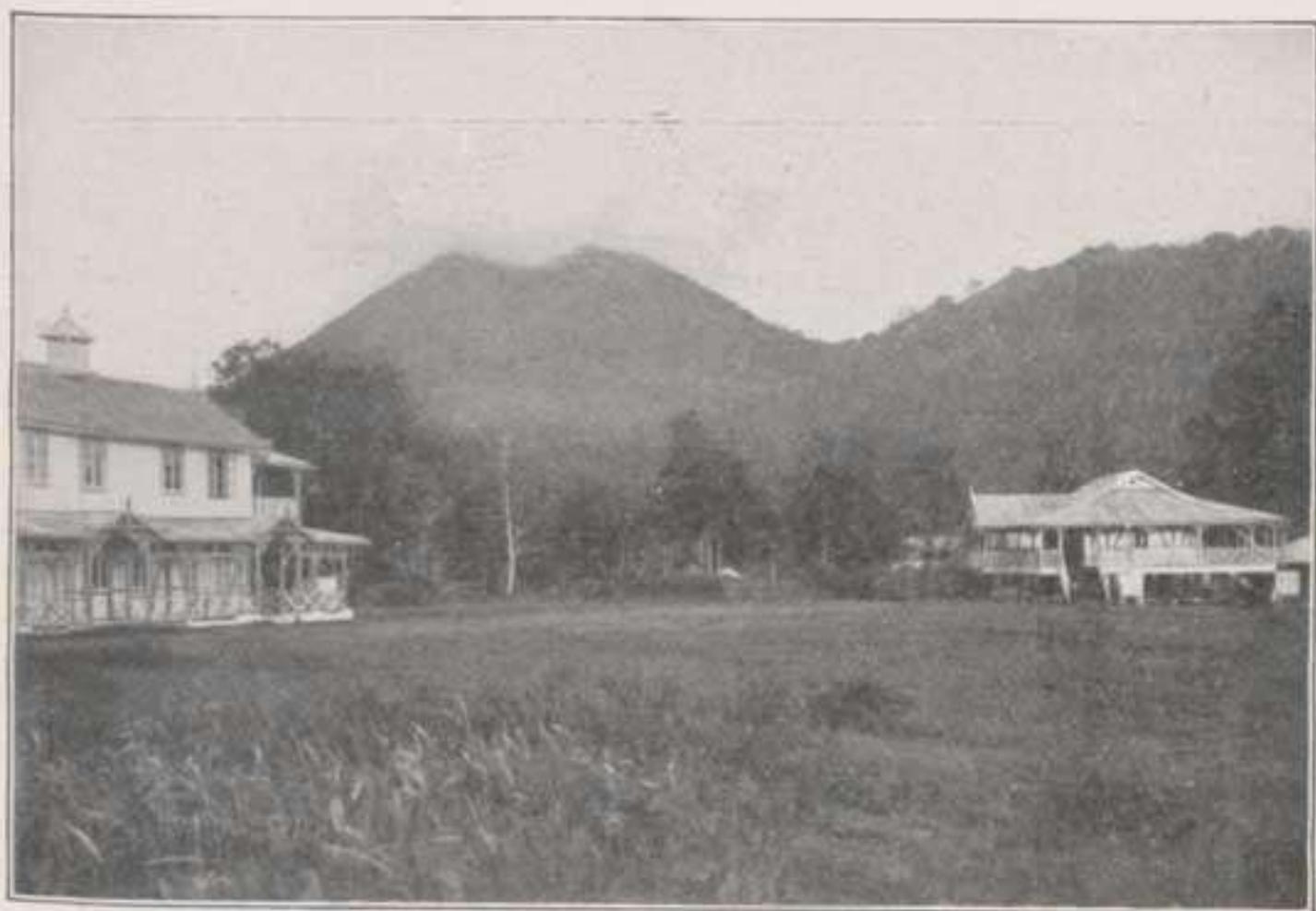
Cuando uno se despierta de sus sueños, se encuentra frente a un mundo de leyendas y milagros. Nunca se cansan los ojos de divagar sobre las aguas maravillosamente azules, que brillan profundamente cuando el sol del Ecuador las ilumina, y centellean con tonos sombríos, cuando pasan sobre ellas las sombras de fantásticas formas que proyectan las nubes. Por todas partes se forman espumas, y como gallardos pájaros de plata de brillantes alas surgen los peces voladores y se ciernen a saltos sobre las olas. Su esbelto cuerpo reluce con una coraza azul, y las alas extendidas son amplias y plateadas. No revolotean, sino que se ciernen como pequeños aeroplanos y buscan su ruta en medio del vuelo, como se advierte claramente por las curvas y semicírculos que describen. Bonitos y albicoros, sus enemigos dentro del elemento líquido, se disparan detrás. En el aire se sostienen en callados círculos los grandes y esbeltos pájaros-fragata y los incansables albatros. Sus cuerpos son estrechos como una flecha, y con amplias y corvas alas rozan las movidas olas, en la inmensa soledad del mar. ¿Dónde duermen? ¿Dónde descansan? ¿Acaso sobre el agua inquieta? ¿O es que conocen apartados escollos del mar, cimas de antiguos continentes, que constituyen su patria? ¿Cómo vuelven a encontrar el punto de partida? ¿Dónde tienen sus nidos y crían a sus pequeños? ¿Qué piensan, cuando acechando la presa, se disparan sobre las olas? A nosotros nos parece rara su vida, pero acaso más rara les parecería a ellos la nuestra, si pudieran pensar como nosotros.

Y los días fluyen en un ambiente azulado, uniforme, nunca turbado. En el horizonte no surge barco al-

guno, porque esta parte del océano no se halla cerca de las animadas rutas del comercio. Sólo se ve el mar intensamente iluminado y la pálida bóveda del cielo.

Con asombro retrocede el pensamiento hacia aquellos héroes del mar, que por vez primera se confiaron en unas cáscaras de nuez, como eran sus barcos, al mar infinito. Porque infinito se puede llamar al Océano Pacífico, que en el Norte y el Sur está abierto hacia los polos, en el Este está limitado por la costa americana y en el Oeste por los antemuros de Asia. En uno de sus extremos se cierra la media noche, en otro brilla el sol del mediodía; en sus confines se desarrollan al mismo tiempo todas las estaciones del año; y mientras en el Norte y en el Sur se acumulan hielos eternos, en sus regiones intermedias, por donde pasa el Ecuador, hay un eterno verano. Al Noroeste y al Este de Australia, que flota sobre sus olas, se hallan nubes enteras de islas, como si la mano del Creador hubiera querido dispersar por el mar muchas piedras preciosas centelleantes.

Grandes y admirables son sus caminos; el hombre humilde apenas puede rastrearlos. Las leyes naturales, que el hombre cree haber descubierto y que le parecen eternas, las rechaza una época posterior y coloca en su lugar otras leyes nuevas. Sin embargo, son de admirar los ánimos del hombre para abrir nuevo camino a sus conocimientos y abrirse paso hacia lo desconocido. Cuando todavía la sombra de la ignorancia cubría el Océano Pacífico, ya Magallanes se arriesgó por el misterioso Mar del Sur. Su navío, la «Trinidad», era una tina de 130 toneladas. El poderoso «Imperator», obra de la técnica alemana, tiene 50.000. Magallanes fué el primer explorador del Océano Pacífico, y pagó su atrevimiento con la muerte violenta entre los salvajes. Su nombre lo perpetúan el Estrecho que lleva su nombre. Pero el verdadero explorador



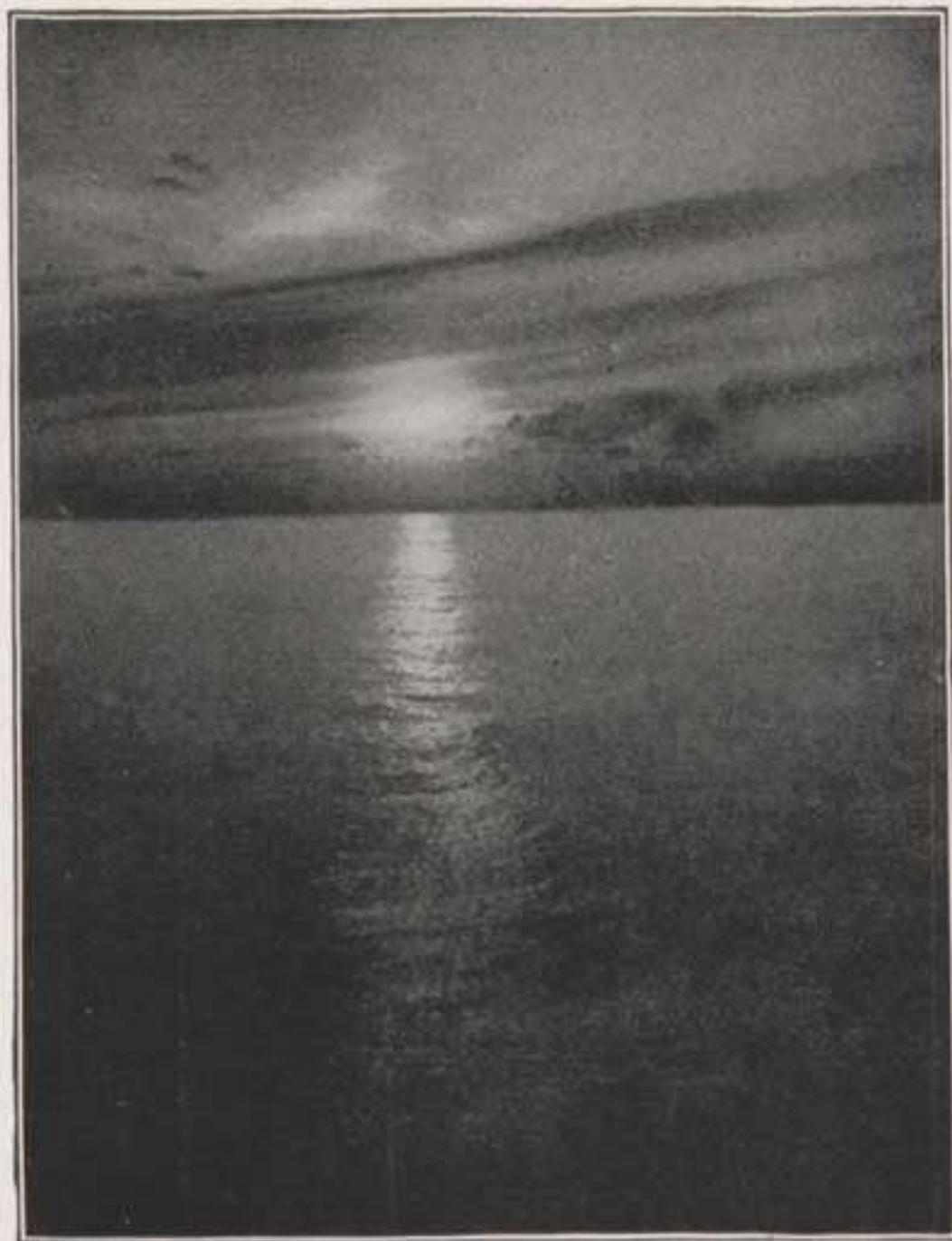
Rabaul: Meseta con los edificios del Gobierno



Cabaña de un cacique en las Carolinas



Casa sobre un árbol en Nueva Guinea



Puesta de sol en el Océano Pacífico

del Mar del Sur, entre cien otros descubridores, es Cook, que en incansables viajes descubrió una isla tras otra, hasta que también le cupo la espantosa suerte de ser asesinado por un salvaje en la bahía de Karakakoa en Hawai. Porque aunque la pródiga naturaleza derroché sus magnificencias sobre todos estos mundos de islas, estaban habitadas por pueblos bárbaros y feroces, y en muchas de ellas, como en el archipiélago Fidchi, el canibalismo estaba desarrollado con el mayor refinamiento. Las personas raptadas o apresadas en la guerra eran materialmente cebadas, luego eran asadas vivas y devoradas. Sin embargo, también la historia nos ofrece imágenes más bellas de salvajes infantiles con benignas costumbres. Nuestro Chamisso descubrió, por decirlo así, para la poesía, las islas del Mar del Sur, y el cantor escocés Robert Louis Stevenson pasó felizmente los últimos años de su vida entre amables salvajes, huyendo del mundo.

Entre estos recuerdos de origen más bien literario, entre la contemplación de la naturaleza marina y el dulce *far niente* pasan los días. Allá lejos queda la tierra tras de nosotros; allá lejos se extiende ante nosotros también. Hemos pasado el Ecuador. A mediodía el sol abrasante se halla en el cénit, pero la fresca brisa del mar suaviza el calor. A través de todo el barco pasa su vigorizante soplo, porque todas las paredes de los camarotes están abiertas por el borde superior. De todos los locales llega el sonido susurrante de los ventiladores eléctricos, que giran silbando. Monótono y uniforme, se oye el bronco latido de la máquina. Un lado de la entoldada cubierta está caluroso, soleado y vacío; el otro lado está sombrío, agradable y animado.

El día llega a su fin. ¡Oh, los ocasos de estas latitudes, que ningún pintor puede aprisionar, ningún poeta describir! Una catarata de rayos, que se derrama por detrás de un obscuro nubarrón vespertino, inunda

el horizonte del Oeste. Debajo, el mar es de un azul dorado y centelleante. Ya el sol emerge entre las sombras de las nubes, cuyos bordes se tiñen de índigo y de amarillo vivo. El dorado disco solar, agrandado enormemente por un tenue vapor, parece girar con rapidez vertiginosa, mientras llamea su periferia. Ya toca el borde inferior en el agua, y parece un plato gigantesco y dorado, que se apoyase en la línea del océano. Su achatada base es naranja; el centro, rojo ladrillo, y el borde superior, rojo sangre. De la concavidad del plato parece levantarse un vaho sombrío y ondulante, como el humo de una cratera de sacrificios. El plato se convierte en pocos segundos en un disco plano de oro, que lanza rayos y chispas. Ya sólo asoma de las olas una pequeña cúpula luminosa, que emite irradiaciones rojas y amarillas. Y luego, de pronto, lanzando una intensa llamarada verde, el sol parece apagarse dentro de las aguas.

La noche desciende rápidamente, porque aquí no se conoce la triste media luz de las zonas septentrionales, y envuelve al mar ondulante en su manto oscuro. En el cielo se quitan el velo las eternas estrellas. Si uno se coloca en la popa del barco, mirando hacia el Nordeste, ve con profunda emoción una cosa incomprendible: cómo las constelaciones, que nos alumbraron desde la niñez, a las que conocemos y queremos, lentamente, noche tras noche, cambian de posición. ¿Será posible? La estrella polar, que estamos acostumbrados a ver siempre en el punto central de nuestro firmamento, se halla ahora muy hundida hacia el Nordeste. El carro de Alkor, su caballero, que en vano trata de dar la vuelta en la bóveda celeste a la estrella polar, ha descendido a pasear muy abajo sobre la línea del horizonte. La Lira con la rutilante Vega, el Auriga con la amarilla Capella, el zig-zag de la Casiopea, las doradas luminarias del brillante Per-

seo y todas las conocidas estrellas circumpolares, nuestras eternas compañeras, que nunca se ponen, han descendido oblicuamente hacia el borde del firmamento. Y como el querido Sol todas las tardes, así ellas se hundirán pronto hasta el otro día, o acaso para siempre, si un hado adverso nos impidiese volver. El corazón manda en silencio saludos a las estrellas que se hunden. Es como una despedida eterna de amigos muy queridos...

Después de unos días nubosos, salimos una noche a la proa, mirando hacia el Sur, y nos quedamos como atónitos. Mira uno hacia arriba y no quiere fiarse de sus ojos; mira otra vez y tiene que creer que se ha convertido en realidad una ilusión soberana. Allí han surgido las constelaciones del Sur nunca vistas. Sobre nuestras cabezas alumbra otro cielo distinto. Lo mismo que en la tierra, han aparecido también en el espacio infinito otros países. Y se los distingue por sus resplandores y sus contornos, como se reconocen célebres obras arquitectónicas por el recuerdo de las ilustraciones, aunque nunca se las haya visto en realidad. Allí pende la dorada Corona del Sur, como una campana, que acaba de repicar, algo inclinada, cayendo verticalmente desde la cúpula del cielo. Por allá navega la «Nave» a través de las ondas celestes, iluminada por el brillante Canopo, que parece colgar de su mástil. Aquella estructura alargada es la constelación de Eridano con el centelleante y cegador Acharnar. Al Sur del Ecuador está el soberano Fomahán en el Pez del Sur, la esplendente Spica en la Virgo y el brillantísimo Ojo de Orión, la maravillosa Rijel.

Fascinados e incrédulos pasan los ojos sobre el horizonte. Nunca han visto juntos tantos miles de estrellas, porque el aire más puro y transparente permite que la vista penetre más adentro por las regiones cósmicas.

micas. Todo el firmamento está inundado como de un resplandor único.

Fantástico y sombrío, oscila el mástil delantero del buque con la negra silueta de su cordaje contra el cielo estrellado, y a cada oscilación parece cortar una serie de nubes blancas y rutilantes, que se ciernen en lo alto. Pero no son nubes; es la Vía Láctea con sus inmensas nebulosas e islas radiantes, invisibles en el Norte. Por detrás y por delante, todo el horizonte se ha convertido en un solo mar esplendoroso de estrellas.

Por debajo de las disociadas estrellas de Antinoo al Oeste se sumerge en el mar una estrella radiante, como un pequeño sol. Es Venus, que se pone. Pero a medida que van pasando las horas de la noche, surge en el Este el diamante de la bóveda estrellada, la maravillosa Sirio, y emerge también del cielo nocturno, oblicuamente hacia arriba, la dorada y reluciente Cruz del Sur...

El milagro se ha obrado. Ha surgido un nuevo mundo. El corazón se llena de unción religiosa, y el alma se envuelve suavemente como en una gasa de ensueño y oración. Un hálito de eternidad la ha rozado, y se humilla conmovida ante la omnipotencia divina.

9. Días de ocio en el Japón

Sería preciso poder escribir en ideogramas, como los chinos y japoneses, ideogramas que por su sola forma expresan sentimientos, o habría que inventar metáforas coloristas y pintar sobre el papel con tintas más coloristas aún, para poder dar una idea al lector lejano del maravilloso mundo del Japón, tan distinto del nuestro.

Si uno fuese trasladado sin saberlo a este país con los ojos vendados, por ejemplo a este sitio del mar,

cerca de Nagasaki, donde yo contemplé por vez primera con los ojos extasiados este ángulo encantador del mundo, o bien al famoso mar interior del Japon, y de pronto se cayesen las vendas, exclamarían sin vacilar: «¡Estoy en el Japón! Sí, esta es la tierra del sol naciente; no puede ser más que el Japón.»

Montañas suavemente onduladas bordean bahías refulgentes, donde las verdes islas no parecen flotar, sino cernerse, porque el aire es tan ligero y diáfano, que la vista se extiende todavía más allá de la línea del horizonte, y entre el pie de las islas y el espejo del mar parece quedar un espacio de aire. Hasta de la islita más pequeña con desnudo lomo de rocas se levantan sombríos pinos aislados, cuyo ramaje se destaca netamente sobre el fondo claro. Entre las vertientes selváticas el suelo parece como cuadriculado, porque dondequiera que hay un huequecito aprovechable, se descubren los arrozales en pequeñas terrazas. Desde las alturas sonríen serenos templos de tejados alabeados. Grises sobre el follaje verde, resaltan los *torii*, esas puertas triunfales con doble dintel, tan características de los templos sintoístas.

¡Cuán familiar es para nosotros esta imagen, y sin embargo, cuán extraña! La conocemos por cientos de ilustraciones y reproducciones de paisajes naturales, por cuadros y *kakemonos*. En ninguna parte, con la única excepción del venerado y sagrado monte Fuji-no-Yama, hay un rasgo de grandeza y majestad. Todo es suave y sedoso en la naturaleza y en el arte. Los japoneses no tienen sentido alguno de lo grandioso en la actividad natural; no admiran las escenas salvajemente románticas, sino las amables y suaves. El sol, con sus auroras y ocasos, incomparables en este país, no hace ninguna impresión sobre su ánimo, y en cambio les extasia la tranquila luna, que navega pálida por los espacios celestiales. Su arte es un arte mara-

viloso de lo pequeño, llevado hasta la suprema perfección. Nada de grandes cuadros, sino retazos diminutos de la naturaleza: la rama de bambú, un ánade sobre una caña, la cima del Fuji que parece flotar libremente en el aire. Nada de retumbantes epopeyas con el obscuro campaneó de los destinos humanos, sino poemitas de siete líneas, tiernos como un suspiro y sin profundidad. Toda esta inmersión sentimental en el culto de un arte menor, que llega hasta la estilización de los árboles, me parece contrastar de un modo extraño con el heroísmo de los japoneses, con la dureza de los samurai, que parecen haber cesado de existir como casta, con el desprecio a la muerte de los modernos guerreros. Verdad es que debajo de este heroísmo, como debajo de toda la vida japonesa con su externo preciosismo, cortesía, belleza y calma, hay una buena parte de barbarie, como puede comprobar fácilmente quien penetre sólo un par de pulgadas dentro de la superficie de la vida.

Islas con pinos mutilados, colinas con bancales de arroz matemáticamente dispuestos, alcores con templos en torno... ¿Pero dónde están las viviendas de los hombres? ¿Dónde las ciudades, las aldeas y pueblos de este imperio densamente poblado? Las ciudades japonesas no se presentan como las nuestras. Nada de torres que surgen por el aire; nada de altos edificios con relucientes ventanas que dominan los contornos; nada de diferencias arquitectónicas que atraigan la vista. Las ciudades japonesas pasan desapercibidas. Fácilmente se pasa por delante de ellas, sin descubrirlas. Sólo un resplandor plateado a la luz del sol las descubre; a la sombra desaparecen por completo. Las casas parecen nidos de golondrina, que se levantan por las pendientes y las rocas. Todas son simples chozas sin pisos o con uno solo; todas son de madera, y todos los tejados están entablillados en gris.

El color se hermana estrechamente con el suelo; tan bajas son las viviendas que, vistas desde lejos, sobresalen muy poco sobre la base. En las largas calles, una casa es enteramente como la otra; no hay una arquitectura tal como nosotros la entendemos. Todas las ciudades son pueblos enormes, llenos de vida polícroma y hormigueante. Hasta la inmensa ciudad de Tokio, de dos millones de habitantes, es, según el concepto europeo, sólo un pueblo de gigantescas dimensiones. Sólo constituyen excepciones los barrios europeos de algunas ciudades marítimas y los centros fabriles con sus altas chimeneas humeantes.

En un suave día de invierno, tan suave que en los jardines florecen las flores y se pueden ver en los árboles naranjas maduras, desembarqué en Nagasaki. Se equivoca quien crea que el aspecto exterior de la vida o las costumbres se han modificado mucho en el Japón al penetrar la civilización occidental. El extranjero entra en un delicioso mundo de maravillas; no, en un fabuloso mundo de muñecas, mezclado de sonrisas y colores. Verdad es que las casitas son grises en todas las calles estrechas; verdad es que son abiertas desde arriba hasta abajo, porque las puertas corredizas de papel y las ventanas desaparecen durante el día en las paredes. Pero lo que se mueve entre las casas es un enjambre único de colores, acompañado de una música peculiar, característica de todo el Japón. Los japoneses y japonesas no andan como nosotros; su andar es algo que pudiera designarse con la expresión de «correr lentamente». Llevan sandalias de madera, que sólo se sujetan por delante con una correa que pasa entre el dedo grande y el segundo. Al caminar no se levanta del suelo la sandalia de madera, sino que permanece pegada, y el caminante se ve obligado a arrastrar hacia adelante a cada paso sus sandalias. Y todas estas sandalias producen música, una

especie de música de xilófono. Nunca dos sandalias tienen el mismo sonido, y entre miles de pasos siempre resuena el clic-clac, clic-clac, calle arriba y calle abajo. Este es el rumor de las calles japonesas. Por lo demás, nada. Los coches, los caballos, los automóviles son desconocidos; pero tampoco hay espacio en las estrechas calles, pululantes de gente. Extraña, casi grotesca, parece la multitud, que corre lentamente con su clic-clac a pasitos fugitivos, con las rodillas dobladas hacia adelante. El animal de tiro y de carga es también aquí el *kulí* de la *rikcha*. Pero todo él se deshace en risueña cortesía. En su cabeza flota un enorme sombrero de paja; el tronco desnudo y moreno irradia frescura y limpieza, y se inclina hasta las rodillas y hace una ceremoniosa zalema arcaica, cuando uno monta en su carro.

Ya rueda la *rikcha* por las calles hormigueantes, tan limpias que se pudiera comer sobre el suelo. Es como un sueño de luz. Todas las mujeres y niñas japonesas parecen arrancadas de pliegos de ilustraciones. Envueltas en kimonos multicolores y floridos, con los enormes lazos, llamados *obi*, sobre la espalda, avanzan a pasos menudos. Las sandalias las dejan en la calle, cuando entran en una casa o en una tienda. Con los pies enfundados en medias blancas, que parecen guantes calzados en manos diminutas, pasan presurosas sobre las blancas esteras de liber, que por todas partes cubren el suelo. Dos tipos distintos se pueden distinguir. El más distinguido, de caras alargadas y ojos muy rasgados, y el popular de cara más redonda. Pero todas son elegantes y pulcras como muñecas; todas llevan maravillosos peinados, y todas sonríen. Los hombres se han europeizado un poco; llevan un sobretodo, que es un término medio entre el kimono y la capa. Si se encuentran dos mujeres que se conocen, ambas se paran y se cambian saludos entre

muchas inclinaciones. No se dan la mano, sino que se ríen por cortesía, aun al comunicarse las noticias más serias y tristes. Pero todo esto es nada todavía; no es precisamente lo que da aspecto único al cuadro callejero del Japón. Lo más encantador, lo que nunca se cansa uno de ver son los niños, especialmente las niñas pequeñas. Los niños van vestidos como adultos: los varones con kimonos grises o listados de azul; pero las niñas llevan vestidos polícromos, con todas las tintas del arco iris. Como las calles del Japón no ofrecen peligro alguno, hormiguan miles de niños por todas las callejuelas y plazas libres, y parecen enjambres de abigarradas mariposas. Muchos pequeños están pintados; muchos, pulcramente peinados; a los varoncitos sólo se les deja una estrecha corona de pelo, y lo demás se les afeita. Todos juegan al juego nacional, a la pelota con pala. Los más pequeños, que todavía no pueden correr, son conducidos a la espalda por los niños mayores. En casa no queda nadie. Al hermano mayor le ata la madre a la espalda la hermanita, y a la hermanita mayor el hermanito. Nadie se siente molesto; en el Japón ni aún los *babys* gritan. Todos los abuelos de cráneo calvo llevan sobre la joroba a sus nietecitos, y las madres jóvenes a sus pequeños, lo cual no impide jugar a la pelota con la carga a la espalda y correr por todas partes briosamente. En los recodos de las calles se ven muchachitas con niños a la espalda que andan a la pata coja. Los niños se duermen como en cunas vivas. Mujeres y niños, con sus bellísimos trajes multicolores, dan a todo el país el aspecto de una gigantesca mascarada.

El cuadro resulta más sublime en los pórticos de los templos. En ningún país de la tierra es la religión tan popular como en el Japón. Además del sintoísmo, la confusa religión del Estado, con su gran panteón de dioses, existe el budismo; pero el pueblo apenas hace

diferencia y rinde la misma veneración a los templos y capillas de una confesión como a los de otra. Los santuarios del sintoísmo, las casas donde las almas de los muertos han asentado su domicilio convertidas en dioses y en demonios buenos, se hallan en altozanos. Muchas gradas, ahuecadas por el roce de miles de orantes, conducen hacia los elevados parques con antiquísimos y robustos alcanforeros. Hacia allá arriba marchan jóvenes y viejos en alegre porfía, y las plazas vuelven a resonar con las risas de los niños. En los contornos se ven mercaderes que ponen a la venta dulces, pelotas, juguetes y te. Es una perpetua fiesta popular la que se celebra delante de todos los templos. De vez en cuando se abre camino un anciano o una joven a través de la muchedumbre que juega y se acerca apresuradamente al templo que se abre severamente al fondo. El hombre tira de la cuerda de una campana, para avisar a los espíritus; la joven, encantadoramente peinada, bate tres veces las manos; luego ambos inclinan la cabeza, juntan las manos extendidas, y rezan. Y todo esto en la calle, en las plazas libres, en los patios de los templos, en medio del tumulto popular.

* * *

Hace ya mucho tiempo que el tirador alquilado de *rikcha* se alejó con una profunda reverencia y con una dilatada sonrisa de cortesía, y ahora marchó a la ventura por la hervorosa calle principal Moto Kago-Machi, que no es más ancha que las demás calles, pero está flanqueada por casas de comercio y tiendas de toda especie. Nagasaki es la gran plaza para el carey. Como al entrar en una tienda hiciese yo además de quitarme los zapatos, el propietario me indica cortesmente que me los deje puestos, en atención a que

soy extranjero. Ando como un bárbaro, con unas botas toscas y grises, por donde todos andan con blandas sandalias. Luego el jefe de la casa apoya ambas manos sobre las rodillas y se inclina tan profundamente que puede mirar por entre sus propias piernas. «Konnitchi wa», dice. (Buenos días). Las mujeres, en número de cuatro, salen del fondo, y cantan en melodioso coro «Konnitchi wa», porque las japonesas tienen voces deliciosamente dulces. Todas ellas se ponen casi de rodillas. Las inclinaciones parecen no acabar nunca. Cuando por último se dejan ver las caras, en todas ellas hay una luminosa sonrisa.

—¿Do you speak English?—pregunto.

—No, señor alemán—me contesta el dueño de la casa.

No está mal del todo. Por un pequeño estuche de peines me pide quince *yen* (aproximadamente 30 marcos), reflexiona un momento y añade con entusiasmo:

—¡Caramba, es barato!

Le ofrezco cinco *yen* y me llevo el estuche por seis *yen*. En todo el Este y en la India hay que rebajar unos dos tercios del precio pedido. El trato se ha terminado, pero no la visita. Con muchos cumplimientos es llevado el cliente a un aposento interior; allí se sientan tres de las señoras con el dueño de la casa y el huésped sobre la tierra, en torno a un fulgurante brasero, la estufa del Japón, y tomamos té aromático completamente amarillo en unas preciosas tacitas sin asa. Que no diga nadie que ha probado el té si no lo ha tomado en el Japón. Se sirve también tortilla, tierna y jugosa como espuma. Entre un coro risueño de «sayonnara, sayonnara» (que usted siga bien), me despido.

Y así ocurre en todas partes. Entro en la oficina de Correos. En la taquilla, enteramente moderna, una dama. Se habla inglés-japonés.

—Haga el favor, *nesan*, unos sellos.

Nesan significa propiamente «gran hermano», y es el tratamiento de cortesía de las mujeres. La *nesan* de la taquilla se levanta y hace primeramente una profunda reverencia, y luego me da cortesmente los sellos. Nueva inclinación. ¿Qué pensáis ante esa cortesía, vosotras las *nesans* alemanas de teléfonos? El guardia de la calle saluda militarmente, pero al mismo tiempo sonríe, mientras orienta al extranjero, a quien no entiende, con un «Wakarimazen» («No comprendo»). Todo es tranquilidad, orden, cortesía, paciencia. Este pueblo, lleno de dominio propio, que oculta todos los sentimientos bajo máscaras de risa, no comprende eso que nosotros llamamos «excitarse». El europeo que se excita es silbado, quizás con un *kuli*, y provoca risas de asombro. Para ellos resulta el compendio de la tontería y de la mala crianza.

* * *

Cuando ya el sol descende, subo por una grandiosa y antigua escalera, sobre la vertiente del monte Komyria, hacia el templo O-Suwa. A través de muchas puertas alabeadas de bronce y de piedra conduce el camino, hasta que el santuario sintoísta aparece entre sombríos pinos, que por su edad parecen venerables ancianos. ¡Cuántos templos mucho más célebres tendré que ver todavía en el Japón! Es prudente reservar algo el entusiasmo. La vista se posa libremente sobre los plateados techos de la antigua Nagasaki, sobre la «Alianza», con casas europeas en primer término, sobre el hermoso puerto y la profunda bahía cercada de montañas. Unos 200.000 habitantes oculta la mancha gris de allá abajo, entre ellos unos 300 europeos. Por la espalda, la vista descubre una parte de la isla Kyushu, sobre la que se halla Nagasaki, como capital de la provincia de Hizen.

El sol se hunde. Sobre la bahía el aire se pone tan transparente como un vidrio multicolor. Delicadas tintas flotan por el cielo. Mi primer día en el Japón llega a su fin.

* * *

El corredor de *rikcha*, que va tirando del carro de dos ruedas, corre mucho, porque hace frío. Sus piernas están desnudas; bajo los pies lleva sandalias de paja; en torno a las caderas usa una especie de toalla y sobre la espalda pende una abierta chaqueta de caqui. Incansable, siempre al mismo paso, marcha hacia adelante. En el Japón hay que recorrer el país en *rikcha*. Es el carruaje que se adapta armónicamente a los contornos y que ofrece garantías de agrado. En el país del sol naciente no hay grandes obras arquitectónicas, no hay vida social, como nosotros la entendemos, porque las mujeres están excluidas; no hay recreos que correspondan al gusto occidental. Y sin embargo, el Japón ejerce sobre todos los viajeros una influencia mágica. La extrañeza de las ideas, la gracia de las costumbres, la suave amabilidad de las mujeres, la sencillez, la ingenuidad y unción de las prácticas religiosas, la atractiva naturaleza y sobre todo la abigarrada vida popular... eso es lo que subyuga al extranjero y le envuelve en un círculo de hechizos.

Ya rueda el *kuruma* por la playa. Mar y cielo se sumergen en las delicadas tintas del mediodía. Desde las islitas se saludan las sombrías copas de los canijos pinos. La naturaleza parece encerrada como en un maravilloso kakemono de antiguo estilo japonés. Es la bahía de Sagami, que lanza sus ondas contra la dilatada playa arenosa. Luego marchamos tierra adentro entre las achaparradas filas de casas de Kamakura, en



otro tiempo la soberbia capital oriental del Imperio y hoy un pueblo tranquilo, en cuya ancha calle principal aguardan a los forasteros las tiendas abiertas. Pero la extraña industria, con sus bronces, trabajos de laca y porcelanas, va cesando a medida que nos acercamos a los templos y al famosísimo Daibutsu, la gran estatua sedente de Buda. Porque todas las tiendas y comercios, que se hallan en las cercanías del templo, sirven para el tráfico nativo. Aquí hay ofrendas para los espíritus de los bienaventurados y para los dioses, dulces, baratijas abigarradas, té y pastas para los fieles y las turbas de niños.

De pronto se cambia el escenario. El pintoresco mercado se retira. Es como si una calma supraterránea, invisible e incomprensible, saliese al encuentro de nosotros. Venerables alcanforeros y sombríos pinos nos miran desde lo alto con sus copas centenarias. Entre ellos se alzan sobre la extensa plaza altos matorrales de bambú y ensoñadores cerezos. Los cientos de niños, con sus encantadores kimonos de mil colores, parecen mariposas que revolotean de un lado a otro por la plaza. Pero ellos no perturban la sublime calma, sino que completan el cuadro. Graves adoradores, hombres y mujeres en pequeños grupos, se detienen ya delante de la elevada puerta exterior, inclinan la cabeza y juntan las manos levantadas. Y aquí nos detenemos también nosotros, abandonamos el carruaje y permanecemos un momento contemplando aquel espectáculo cuando nos dimos cuenta de que en la puerta se hallan escritas en ideogramas chinos y en idioma inglés estas palabras:

«Extranjero que pasas el umbral de este santuario, quienquiera que seas y a cualquier religión que pertenezcas, ten en cuenta que tus pies entran en un lugar consagrado por la veneración y el culto de muchas generaciones. Este es el templo de Buda y la

puerta de la eternidad. Por aquí debes pasar con respeto.»

Pero aun sin aquella advertencia el visitante se encuentra invadido de profunda devoción, cualquiera que sea y a cualquier religión que pertenezca; porque después de atravesar la puerta se halla delante de aquella gran estatua que admira como un enorme monumento. La figura de bronce, levantada en el siglo XIII, cuando florecía el budismo en el Japón y era religión del Estado, mide 15 metros de altura. Los dedos son de más de un metro de largo; la cara es de dos metros. Los ojos están cubiertos por los párpados; el rostro irradia paz y recogimiento espiritual. Enorme parece esta figura, cuya cabeza se yergue hasta las copas de los árboles, mientras la figura de los peregrinos arrodillados a sus pies no llega siquiera a las manos de la estatua. ¡Cuántos miles y miles de hombres habrán acudido aquí en el transcurso de los siglos!

También hoy se acercan al gran Daibutsu fieles de todos los estados y le rinden veneración. No siempre son budistas; antes al contrario, la mayoría se compone de sintoístas; pero delante de los grandes santuarios todos hacen sin diferencia sus oraciones.

Esta gran figura no siempre estuvo enteramente libre; por dos veces una construcción templaria fué destruída por un terremoto y luego no volvió a renovarse. En Kamakura hay lo que pudiera llamarse toda una comarca templaria.

En el gran templo de la diosa del destino, Kwanon, el supremo sacerdote conduce al visitante a un espacio obscuro y misterioso; luego siguen servidores del templo con antorchas, y a su resplandor se contempla la gigantesca figura dorada de la diosa. El templo milenario del dios de la guerra, Hachiman, se halla sobre la colina Tsuru-ga-cka, y una amplia escalera antigua de piedra, con tres robustos *torii*, con-

duce a su santuario. Este y todos los templos menores pertenecen al culto sintoísta. Pero aquí como allí y en todas partes se ve siempre el mismo cuadro sencillo de adoradores que se acercan, que arrojan una moneda en la bandeja de las ofrendas, que tiran de la cuerda de la campana y oran en silencio.

Si Basilio Chaberlain llama a los japoneses irreligiosos por naturaleza, será porque quiere decir que no se aferran a ninguna creencia determinada ni a ningún dogma. Por el contrario, son creyentes, particularmente la masa del pueblo. Ninguna casa está sin altar familiar en honra de los antepasados. Ninguna aldea sin templo. El sintoísmo y el budismo parecen gozar de la misma aceptación. Hasta cierto punto, se funden entre sí. Bajo los distintos nombres de dioses, diosas y héroes, se veneran las obscuras fuerzas del destino.



Extrañas y graciosas resultan las ciudades japonesas por la noche. ¡Ni hablar de las noches italianas! Las casas son de madera, las ventanas de papel, y por todas brota resplandor de luces. Delante de todas las casas y de todas las tiendas abiertas cuelgan pintorescas linternas de papel, que tal es el estilo nacional de iluminación. En las casas de los tiradores de *rikchas* cuelgan lámparas blancas con el número de su carro. Ante las casas de té, ante los teatros y restaurantes aparecen colgadas filas enteras de lámparas de colores.

Apoyado en la puerta de una tienda, en la calle Motomachi de Hyogo, por la que avanzo con un conocido mío japonés, había un joven que se quejaba de un modo lastimero. O padecía de violentos dolores o le había ocurrido una gran desgracia.



El sagrado Fuji, visto desde las inmediaciones de Yokohama



La ciudad de Kobe con el puerto



Vista de la populosa Tokio

—¿Por qué se queja ese hombre?—pregunté.

Entonces mi amigo me miró extrañado y casi molesto y me dijo:

—¿Cómo que se queja? ¡Está cantando!

Esta música japonesa, horrible, chillona, displicente, cabe en una cáscara de nuez. Pero todavía me quedaba más que oír. Es raro que este pueblo, que posee el gusto más refinado en las artes menores, no tenga el menor sentido de la armonía de los tonos. Mejor todavía que los chillidos y disonancias, que se producen con los instrumentos usuales en el país, es en tales circunstancias la curiosísima institución de los «conciertos silenciosos», que se oyen en Tokio o más bien no se oyen. En estos conciertos, que tienen un carácter religioso y oculto, una gran capilla ejecuta ante piadosos «oyentes» todos los movimientos de la pulsación de instrumentos, pero no se produce ni una sola nota.

Como el teatro ha pasado de moda desde que se introdujo el cinedrama, y tiende a desaparecer por completo tan pronto como nuestros clásicos sean interpretados en cintas, hoy no se va al teatro para estudiar las artes representativas de un pueblo forastero, sino al cine.

Uno de los mayores cines de Hyogo anunció un film «de 2.800 pies de largo, en que ni una sola pulgada era aburrida». Hacia él se encaminaron nuestros pasos. Delante de la gran construcción de madera había muchos cientos de sandalias. Hasta el fin de mi vida seguirá siendo para mí un enigma cómo los propietarios y propietarias reconocen sus pantuflas. También yo me quité las botas y me trasladé en medias a lo más recóndito del templo-cine. Estaba repleto. Pero esto es poco decir. Todo el espacio era una sola caja gigantesca de sardinas. En Europa no se forma una idea de semejante hacinamiento. Toda la gran

construcción, con sus terrazas, estaba dividida en compartimientos, en los cuales se habían aposentado, muy apretadas, familias enteras. Los japoneses llevan consigo al teatro a los niños, hasta a los más pequeños. Además, se llevan cajas de madera con arroz, legumbres, equipo de fumar y almohadas. Era un aspecto sumamente extraño. Como europeo de respeto, logré que me fuera ofrecida una antigua mecedora. Todos los demás estaban sentados por el suelo, y yo podía contemplar a la entusiasmada muchedumbre como desde un elevado trono. En el palco de mi derecha bullían revueltos cinco niños, mientras la mamá sacudía ruidosamente su pequeña pipa de plata, la volvía a llenar, la apisonaba y la chupaba. A la izquierda había una señora joven de cara redonda, que daba a su nene el pecho. A mis pies, una familia de siete personas con sus catorce palillos de mesa se disponía a comer arroz en cajas de madera. Todo era bullicio y barahunda.

La película japonesa moderna, que se empezó a rodar en seguida, dejó todo el extraño cuadro de espectadores sumido en la sombra. Dos toques de tan-tan. Todo se queda obscuro y la caja de sardinas desaparece. Sólo el lienzo del escenario se ilumina, y dos huecos que corresponden a nuestros palcos de proscenio. Allí están sentados, a la izquierda, los locutores; a la derecha, la capilla.

En cierto sentido el teatro cinematográfico es superior al nuestro: no es un teatro para sordomudos. Allí no se ven rótulos con cartas, telegramas y otros textos de enlace, que pasen por la pantalla. Más bien se habla distribuyendo los papeles como en el verdadero drama. Los pasajes importantes son acentuados por el coro y la capilla. El coro se compone de una sola persona sentada en una caja de madera, la cual con un chillido antinatural, lanzado con la mayor desafina-

ción, hace comentarios ora jocosos ora lastimeros, con el acompañamiento de la capilla, que también se compone de un solo hombre, que arranca al *koto*, a una especie de arpa, notas horrorosas. Los locutores, que se adaptan con exacto ritmo a las figuras de la pantalla, hablan de una manera antinatural, retorcida, estilizada, copiada del teatro. Los hombres hablan todos en tono grave; las mujeres, en elevados tonos llorones y sin variación alguna ni cambio de cadencia.

El escenario japonés es completamente distinto del nuestro. ¡Como que toda la evolución de la cultura en el Asia oriental se ha desarrollado en dirección casi diametralmente opuesta a la nuestra! Por eso resulta tanto más asombroso cómo se repiten los rasgos humanos en las más apartadas latitudes. Desde antiguo se distinguían en el Japón dos clases de comedias y de comediantes: la más alta, llamada *no*, comprendía los dramas históricos; la más baja, denominada *kabuki*, se limitaba a los dramas de costumbres y a las representaciones alegres de la vida. Hasta alrededor del año 50 del siglo pasado, los comediantes *kabuki* eran tan despreciados que casi se los equiparaba con los animales. Así, por ejemplo, no se decía que comían, sino que tragaban. Sólo después de la revolución de 1868 cambiaron las costumbres, y entonces el comediante *kabuki* ascendió a la categoría de ciudadano. Ya es notorio que hasta los tiempos modernos las mujeres no eran admitidas al arte escenográfico, y que por lo tanto todos los papeles de mujer eran representados por hombres. Pero es menos sabido que el escenario giratorio es una antigua invención de los japoneses. En el Japón son desconocidos hace ya mucho tiempo los entreactos y las pausas. El escenario permanece abierto; la plataforma gira en torno a su eje con toda la decoración y los actores, y aparece la otra cara, donde la comedia prosigue sin interrupción.

El drama de costumbres japonés es completamente distinto del nuestro, en cuanto que los acontecimientos de la vida diaria se reproducen con una franqueza y desenfado que haría subir la sangre a las mejillas de las europeas. Sin embargo, esta franqueza, particularmente en lo que se refiere al amor y a la pasión, no tiene nada que ver con las malas costumbres, sino que se pone al servicio de la sátira y del humor que todo lo dora. Los japoneses son grandes amigos del chiste y de la situación cómica, que explotan a pasto. Se pudiera hacer un paralelo con Aristófanes, a quien apenas se puede traducir en toda su rudeza sin incurrir en escándalo. No se va al teatro por unas horas, sino por todo el día, pues todo el día duran las distintas piezas. Al teatro se llevan las comidas, pipas y tabaco, hijos e hijas, en fin, toda la casa.

Los intentos de aclimatar en el Japón las artes representativas occidentales han fracasado. Nuestras ideas y sentimientos son incomprensibles para el pueblo; nuestras aficiones producen extrañeza; nuestras costumbres excitan una sonrisa de compasión. Y todavía peor efecto producen nuestra música y nuestro canto.

Basilio Chamberlain, uno de los mejores conocedores del Japón, refiere la impresión que hizo en los espectadores y oyentes japoneses una pieza europea, una especie de melodrama, que se representó hace pocos años en Yokohama. «Una pequeña compañía italiana de ópera había llegado a Yokohama, y un animoso empresario japonés la contrató y mandó escribir para ella una pieza especial. Esta pieza trataba de las aventuras de una compañía de trotamundos japoneses. Después de atravesar el Océano Pacífico y arribar a San Francisco, donde naturalmente caen en manos de los indios, que pululan en aquel sitio salvaje y apartado, llegan por último a París y asisten a una represen-

tación en la Opera. Los cantores italianos se presentaron, algo así como en el Hamlet, en un escenario pequeño, que se encontraba dentro del escenario principal. Pero, ¡ay!, el efecto que produjo en los espectadores japoneses no pudo ser más desastroso. Cuando se repusieron de la primera sorpresa, fueron acometidos por un violento ataque de risa al oír los elevados tonos de la *primadonna*. La gente se reía de los absurdos del canto europeo; les daban convulsiones y las lágrimas corrían por sus mejillas; se tapaban la boca con las mangas, como nosotros lo hacemos con el pañuelo, esforzándose inútilmente por recobrar el dominio.» La primera noche bastó para sepultar todas las esperanzas de la empresa.

Por el contrario, tampoco los dramas japoneses de la clase *kabuki* tendrían aceptación entre espectadores europeos. Nuestros nervios apenas podrían resistir la duración de aquellas piezas. Muchas tienen doce, diez y seis, hasta veinte actos. El lenguaje mímico es distinto del nuestro. Para dar un ejemplo, nosotros confundiríamos muchas veces la aprobación y la desaprobación. ¿Qué nos parecería a nosotros, cuando alguien comunicase riendo la muerte de su padre? Los europeos tomarían por un loco a aquel hombre atribulado, mientras los japoneses se conmoverían ante el heroísmo con que, según la costumbre, ocultaba sus verdaderos sentimientos. Además, la vida del pueblo está tan compenetrada de ideas supersticiosas, que no se comprenderían miles de alusiones. En la vida popular japonesa desempeña un gran papel el zorro, con la idea de que es un animal muy misterioso, que puede aposentarse por arte de magia en el alma de una persona y tomar posesión de ella.

No hace mucho más de una generación desde que se puede viajar en ferrocarril a los grandes centros y famosos lugares del Japón. El odio a los extranjeros y a sus diabólicas instituciones era tan grande hasta hace pocos años que el ferrocarril y el telégrafo difícilmente pudieron prevalecer contra la superstición. Fué necesario designar empleados que no hiciesen otra cosa sino arreglar los postes de telégrafo destruídos. Había muchos japoneses que no se resignaban a pasar por debajo de los hilos y que, cuando se veían obligados a ello, cubrían sus cabezas con abanicos para apartar la influencia diabólica. Hearn asistió todavía a una controversia docta sobre si los europeos de ojos verdes y color pálido debían contarse entre los hombres o entre los animales. Por último, se decidió oficialmente que no debían ser considerados como hombres, sino como una especie de demonios. Ahora hace ya mucho tiempo que estos demonios pasean en enjambres por el país y son muy bien acogidos por todas partes, en vista de que derraman mucho dinero. Por otra parte, a los japoneses les ha entrado ya el vértigo de aprender de nosotros todas las conquistas de la civilización, logradas a fuerza de luchas de miles de años: el ferrocarril, el correo, el telégrafo, las instituciones políticas, las escuelas, los periódicos, en suma, todo igual que entre nosotros... y sin embargo, todo muy distinto, porque no se ha tomado simplemente, sino que se ha modelado y adaptado a la cultura japonesa. Tampoco crea nadie que se puede viajar por el país sencillamente como por casa, con la consideración de un europeo respetado, y hablar con cualquier ciudadano en alemán, en francés o en inglés. ¡Gran error! Aparte de las ciudades marítimas, abiertas al comercio extranjero, como la internacional Yokohama, y aparte de los hoteles cosmopolitas, sin el idioma japonés se anda desorientado. Ni el emplea-

do de ferrocarril, ni el de Correos, ni el guardia de la calle, ni el amable propietario de un comercio, que con gusto estaría complaciente, entienden otra cosa que su lengua materna. Verdad es que en el crítico momento suele surgir el estudiante japonés o el comerciante joven, muy contento de poder ostentar sus estudios de idiomas extranjeros ante sus compatriotas, que le quedan reconocidos. Pero no siempre está a punto, ni es un auxilio seguro, sino una casualidad feliz.

* * *

Por el campo y el bosque pasan días invernales de sol, mientras el tren se apresura desde la antigua ciudad imperial de Kyoto con sus grandiosos palacios hacia la nueva capital de Tokio, que hace poco se llamaba todavía Yedo y dentro de poco acaso reciba un tercer nombre, dada la manía de bautizar de los japoneses. Todas las denominaciones están en perpetuo movimiento. Los vivos se atribuyen a sí mismos otros nombres al terminar épocas importantes de su vida; los muertos reciben un nuevo nombre póstumo. El difunto emperador Mutsuhito se llama ahora Meji Tenno.

Una capa delgada de nieve se extiende sobre los campos cuadriculados, que ascienden hacia pequeñas colinas. Debe de hacer frío, porque los campesinos, que se ven desde el tren, tienen todos cierta semejanza con la Venus de Milo. Todos corren de un lado para otro como con los brazos partidos: extraño espectáculo, que también puede observarse en las ciudades. Para mejor calentarse, toda la gente saca las manos y los brazos de las amplias mangas de su kimono, que se quedan rígidas y vacías como aletas pegadas al cuerpo. Sin brazos se corre por todas partes, hasta que un ligero movimiento de balanceo introdu-

ce nuevamente los brazos en los tubos de las mangas, y las manos aparecen por debajo otra vez.

En los vagones de primera clase la temperatura es caliente. El coche está provisto de dos largos bancos, bastante anchos para poder levantar los pies y sentarse en posición acurrucada. Pero los japoneses y japonesas, pertenecientes a las mejores clases, se sientan a la europea y dejan las piernas colgando.

Cuando el día avanza un poco, todos se ponen a comer. Sencillamente se arrojan por el suelo cestos de fruta. En todas las estaciones se oye el canturreo de los vendedores. También a mí se me sirve el desayuno. Consiste en dos bonitas cajas blancas de madera, muy bien atadas, con un cucurucho alargado encima. En este cucurucho van metidos los palillos de comer, que se usan una vez sola. En la caja de abajo, que al mismo tiempo sirve de plato, hay arroz cocido, frío naturalmente. La caja de arriba está distribuída en gran número de compartimientos, que contienen guisantes, hortalizas, tortillas, frutas almibaradas, algas cocidas, rábanos en ensalada, un trocito de bollo, un átomo de carne y un par de golosinas indefinibles. Todo el banquete cuesta veinte *sen* (cuarenta céntimos de marco); pero basta y sobra para consolar el estómago durante catorce días. Entre nosotros no se compran las cosas tan baratas.

* * *

Si los japoneses son los prusianos del Asia oriental, Tokio es el Berlín del Japón, desde luego el Berlín de antaño, el Berlín «imperial». Existe desde luego cierta semejanza, aunque muy lejana. Tokio es una ciudad gigantesca de más de dos millones de habitantes, entre ellos sólo un par de cientos de europeos, y en su centro está el alcázar, como en Berlín. Sobre una

amplia colina artificial, dominando la ciudad, sombreados por antiguos árboles, se levantan los palacios, apartados del tumulto callejero, en sublime quietud e independencia, y sin embargo, en el corazón de la hervorosa ciudad. Desde el palacio una amplia avenida bien cuidada conduce a los cuarteles a través del barrio de las embajadas, una ciudad de palacios. Aquella avenida parece la «avenida de los Tilos» de Tokio. Al salir una mañana por la puerta de la Embajada alemana hacia la calle, un oficial me indicó muy cortesmente, pero con resolución, que me parase. Miré por los «Tilos» abajo y descubrí una pequeña nube de polvo. ¿Vendría el Emperador? Así era. La nube se disolvió pronto en una brillante cabalgata, en cuyo centro avanzaba el emperador dentro de un coche cerrado. La escolta de jinetes llevaba lanzas con banderitas. Al cortejo se adelantaba un oficial a caballo a unos cien metros de distancia. Seguían al coche oficiales de alta graduación. El público callejero, los oficiales, los soldados, los guardias, se detenían a estilo del país: se colocaban al borde de la calle, no unos junto a otros, sino unos tras de otros, con la cara y con todo el cuerpo vueltos hacia el emperador. Así podían verle venir, pero no verle alejarse. Los europeos nos quitamos el sombrero, y esto nos valió después un saludo rígido y respetuoso del oficial de guardia.

Lo mismo que una comitiva de espectros, pasó la aparición rápida, fantasmagórica.

* * *

Aparte del barrio de las embajadas y de los palacios, la capital con sus dos millones y pico de habitantes es un pueblo de enormes dimensiones. Las pocas calles principales, a través de las cuales pasan tranvías siem-

pre llenos, son anchas. El resto es una madeja interminable de calles y callejuelas, generalmente sin asfaltar, llenas de tiendas abiertas, de rincones tranquilos, de confusas encrucijadas, de santuarios embutidos y de banderas flotantes, llenas de abigarrados ideogramas. De vez en cuando magníficos parques, inmensos templos aislados con parques enteros de recreo como pórticos, rodeados por miles de casitas de un solo piso, que son las que componen esta ciudad mundial.

Es una gran ciudad llena de vida hirviente, y, sin embargo, llena de reposo. Los *kulis* no lanzan imprecaciones, no caminan con malicia sobre los carriles de los tranvías. Todo el mundo se aparta cortesmente del camino. Los niños no gritan ni son mal educados. Nadie habla fuerte, nadie gesticula, todos se inclinan y sonríen. Un paraíso. Pero un paraíso, sobre el cual debe de flotar la ira de uno de los dioses japoneses, de algún Hefesto del Asia oriental, porque las islas son visitadas con demasiada frecuencia por terribles terremotos.



Los japoneses son un pueblo risueño. La risa es en ellos expresión de cortesía. Ya se penetre en un comercio de la gran «Ginza» hormigueante, de la arteria comercial más importante de Tokio, ya se visite la casa de correos, por todas partes se sonríe. A veces el extranjero se desespera ligeramente ante la eterna risa. Un día me extravié de tal modo en un paseo solitario a pie por la populosa ciudad de Tokio, que vagaba en todas direcciones desorientado, y me había alejado una hora o más de mi hotel. Entonces hubiera podido dirigirme a un tirador de *rikcha*, porque esa gente surge por todas partes, pero desgraciadamente me había olvidado hasta del nombre de mi hotel, que se obstinaba

en no venir a mi memoria, y estaba perplejo. Un guardia, a quien me dirigí, no entendía ni el inglés ni el alemán ni ningún idioma europeo en que yo hubiera podido expresarme. Pero no me dejó plantado con un cortés: «Wakarimazen» (No comprendo), sino que preguntó en seguida a los transeuntes si alguno de ellos entendía inglés. En un abrir y cerrar de ojos se reunieron en torno mío por lo menos treinta personas: unas me sonreían, otras me daban palmadas bondadosamente en la espalda; otras me hablaban en japonés; pero nadie podía auxiliarme. Entonces una vieja lanzó de pronto un grito, marchó precipitadamente a una casa vecina y volvió a los pocos segundos con un muchacho talludo. Por los ademanes y por algunas palabras entrecortadas deduje que aquel joven estudiaba inglés en la escuela y que podría dirigirme a él con mi pregunta. Así lo hice. Le manifesté que me alojaba en el Gran Hotel, que está junto al viaducto del ferrocarril y no lejos de la estación de Shimbashi. Con la cortés sonrisa de rigor y con incesantes inclinaciones me oía el muchacho. Evidentemente entendía muy bien lo que yo le decía; pero desgraciadamente su risa se acentuaba de momento en momento, y cuando por último abrió la boca para contestar, fué acometido por tales ataques de risa, que no pronunció una palabra. Imagínese la escena: treinta personas en corro; en el centro el europeo y el muchacho riendo sin cesar; al lado un tirador de *rikcha*, que sólo esperaba a saber por el joven la dirección en que tenía que llevarme. Pero en vano; el granuja no pronunciaba una palabra, y siguió riéndose hasta que yo me puse un poco amoscado, y con aquella excitación se me ocurrió de pronto la palabra borrada. «Taikoku», dije. «¡Ah! ¡Taikoku!», repitieron entusiasmados todos los presentes. «¡Ah! ¡Taikoku!», refunfuñó el tirador de *rikcha*. Monté en el carruaje; el tirador agarró las varas y mar-

chó en dirección a mi hotel. Al dar la vuelta a la esquina, todavía seguía escuchando la risa del escolar.

Después de la cena en el hotel estaban aguardando en el gran «hall» distintos comerciantes, que habían expuesto allí sus mercancías. Me llamó la atención un verdadero comerciante, de amabilidad especial, que hablaba perfectamente el inglés. Le compré una serie de antiguas tallas policromadas y algunas porcelanas. Sin embargo, no me decidí a comprarle una magnífica piel siberiana de zorro argentado, porque me pareció demasiado cara. Pero a la mañana siguiente me decidí a adquirir la hermosa pieza. Me informé de la dirección del comerciante y me fui en su busca. Por el camino le encontré y le detuve, para comunicarle mi decisión. Con gran asombro mío se disculpó el joven de que no tenía tiempo entonces, y me dijo si no podía esperar hasta el día siguiente. Cuando le pregunté la razón, empezó a reirse con todas las ganas y me dijo que su padre se estaba muriendo. Quedé como herido por un rayo, cuando el hombre, siempre riéndose, prosiguió su camino. En parte para adquirir la piel argentada, en parte también para encontrarme de nuevo con el extraño señor, me trasladé al día siguiente a la tienda del comerciante. No le encontré a él, sino a su hermana, una linda muchacha con el rostro conturbado.

—Mi hermano no está en casa—me dijo.

—¿Y dónde está?

Entonces ella empezó también a reirse y me dijo:

—Está en el entierro de nuestro padre.

Esa risa no tiene nada que ver con el alma del japonés; es solamente un mandato, una prescripción de cortesía, y significa que no se quiere molestar al extraño con los asuntos propios. Pero la impresión que hace en los europeos, que difícilmente se amoldan a esta clase de ceremonial, no puede ser más extraña.

Otra escena. En Kobe visité, en compañía de otros cuatro alemanes, uno de aquellos grandes comercios que se dedican a la venta de obras de arte japonesas, antiguas y modernas. En aquella casa había cinco hijos y un yerno, y cada uno de los seis había aprendido un idioma europeo distinto; uno hablaba alemán, otro inglés, otro francés, otro ruso, otro italiano, otro hasta tamul, y sabía entenderse con los visitantes indios. En suma, todos los extranjeros encontraban allí un intérprete, perteneciente a la casa. El señor que nos atendía hablaba un alemán tan corriente que apenas pude creerle cuando me aseguró que nunca había estado en Alemania. En las afueras de la ciudad poseían aquellos señores dos quintas de recreo, una en estilo japonés y otra con todas las instalaciones europeas. Según averigüé, a la casa japonesa invitan a los huéspedes europeos, y a la europea a los japoneses. Cuando al llegar pasamos por la gran avenida de la entrada, observé sobre el suelo, sentado en un cojín, a un anciano, que se calentaba las manos rugosas en un brasero de leña. Como la avenida estaba llena de obras de arte de toda índole, me pareció muy justificada la presencia de aquel viejo guarda. Los cinco europeos compramos mercancías por valor de varios miles de *yen*. Pero la compra se hizo de una manera muy particular. Los japoneses señalaban el precio para cada objeto deseado, pero no entraban en regateos, sino que sólo contestaban: «Más tarde, haga el favor, más tarde.» Las compras de cada uno fueron anotadas en una papeleta especial y los objetos se colocaban en un montón. Cuando nos cansamos de comprar, se nos llevó a una sala, donde había cojines por el suelo, y se nos obligó a sentarnos. Entonces trajeron té y pastas, y nuestros seis japoneses se transformaron en los más atentos anfitriones. Durante el té se habló en alemán, en inglés, en francés y en japonés indistinta-

mente. Por último, se nos presentaron las papeletas con nuestras compras. Yo, por ejemplo, había comprado por valor de 800 yen.

—Yo no regateo—me dijo mi anfitrión—; pero le hago a usted un descuento espontáneo de 200 yen sobre la cuenta.

Y de una manera semejante fueron tratados también mis amigos. Todos quedamos muy satisfechos de esta manera de llevar el negocio, porque en el Oriente no se puede prescindir del regateo. Desgraciadamente no tuvimos tiempo de aceptar la invitación de nuestros amigos japoneses a la quinta de recreo de las afueras. Cuando los tres señores nos acompañaban cortesmente a la salida, tropecé en el camino de la entrada nuevamente con el anciano, que se calentaba las manos al brasero.

—Parece demasiado viejo para ser guarda—observé yo.

Entonces los seis japoneses se echaron a reír estrepitosamente, y el que hablaba alemán me dijo:

—¡Oh, señor! No es ningún guarda. Ese señor es nuestro padre. No le gusta ya el comercio y se aburre en casa. Por eso está sentado aquí, muy distraído. ¡Eh, padre! ¡Estos señores de Europa quieren decirte adiós!

Entonces el anciano levantó la vista; aparecieron en su cara mil arrugas, como signo de sonrisa; nos hizo una seña con la mano sin fuerza, y nos despidió con un carraspeante y risueño «Sayonnara, Sayonnara».

* * *

Los días de ocio en el Japón, o como prefieren decir los japoneses de ahora, en «Dai Nihon», habían llegado a su fin.

Nuevamente al mar. Un suave día de invierno se acercaba a su fin. El barco había ya dejado tras de sí a Yokohama, la populosa ciudad cosmopolita, y navegaba por alta mar, con rumbo hacia el Sur, hacia la faja tropical de la tierra. Entonces volvió a descubrirse al resplandor del ocaso, enorme, imponente, misterioso y lleno de majestad, el monte. Porque en Japón hay muchas montañas, pero sólo un monte, «O yama», venerado por el pueblo como residencia de la graciosa diosa Ko-no-hanna-saku-ja-kime, un hada que preside el florecimiento de la primavera; monte empleado por los artistas mil y mil veces como motivo inagotable, y cantado por los poetas de todos los tiempos; monte al que suben todos los años más de 50.000 peregrinos; en una palabra, el sagrado Fuji-no-yama, que se eleva hasta 12.365 pies.

«O yama», el «monte excelso», surgía del mar sobre un robusto zócalo; la capa de cenizas, que le envuelve, brillaba como plata, y su aguda pirámide se cubría con una radiante corona de nieve blanca, cuyos flecos descendían hasta la parte central del coloso. Como una obra de arte supraterránea se erguía el monte en lontananza, mientras el resto del paisaje se había hundido ya en la línea del horizonte. El mar y la base del Fuji se tocan; desaparece el zócalo inmenso entre cintas azules y grises; pero sigue brillando soberanamente su pirámide nevada en medio del aire claro y transparente. Se halla a una distancia de cientos de leguas, pero su cima se encumbra entre los resplandores rojizos del ocaso e infunde en los corazones sentimientos de piedad y de nostalgia...

El sol se ha puesto. Cendales grises flotan por el aire y lo hacen opaco. En Fuji se retira imperceptiblemente, como tras de una pared impenetrable, y antes de que descendan las tinieblas, ya su imagen radiante e inolvidable ha desaparecido como una *vision*.

10. Impresiones chinas

El sol matinal da contra la ventana e ilumina un gran aposento tropical de un hotel, cuya cama está envuelta en un mosquitero de estrechas mallas. Por lo demás, nada hay de chocante. Es el mes de enero, y por la puerta abierta de par en par, que conduce al espacioso balcón, penetra, a pesar de todo, un aire caliente y húmedo. Debajo del balcón está la calle. Pero no llega ningún ruido, ni siquiera el estrépito característico de los carruajes en nuestras grandes ciudades, ni siquiera el chacoloteo de los cascos de los caballos, ni el grito de los cocheros, ni el bocineo de los automóviles, ni el rasgueo de las botas sobre la piedra y el asfalto. ¿Estoy realmente en la ciudad cosmopolita Hong-Kong? En pocos pasos llego al pretil del balcón y miro hacia abajo a un cuadro tan extraño y sorprendente, tan distinto de todo lo que ha pasado delante de mis ojos en las demás partes de la tierra, que el primer pensamiento que se abre camino al vuelo es: Aquí estamos en presencia de otro mundo cultural, desde luego antiquísimo, del mundo oriental asiático. Como una movida cinta cinematográfica está allí la calle..., llena de vida exuberante y turbulenta, pero sin ruido. Los hombres aceitunados, de ojos rasgados, marchan metidos en largas túnicas de seda sobre zapatos de suela blanda; las mujeres y muchachas visten lindas bragas y corpiños; en el pelo negro como ala de cuervo llevan agujas de oro. Ni siquiera en la ciudad europea existe todavía la costumbre de usar las aceras. Lo mismo que en los barrios chinos, donde no las hay, se desarrolla aquí todo el tráfico tumultuoso en mitad de la calle. Delante del carro de dos ruedas, del *rikcha* (propriamente «Jin-



Entrada de un templo en Nagasaki



El mar interior del Japón



El coche-observatorio del «transcontinental»

riki-cha» = hombre-fuerza-carro), corre sudoroso y medio desnudo el animal de tiro, generalizado en el Asia oriental y en la India, el *kulí*. De una de las manos lleva colgando un paño, con el que se enjuga de vez en cuando el sudor. Sobre sus llantas de goma vuelan calle arriba y calle abajo los cientos de *rikchas* sin hacer ruido. Por entre ellos se mueven las más solemnes literas: sillas de mano, que son transportadas por dos o cuatro *kulís* sobre los hombros por medio de largas pértigas de bambú. Este medio de locomoción de las literas sugiere el resurgimiento de una época que se remonta a nuestros propios tiempos antiguos. En cuanto abarca la vista, no se ve un caballo. Todas las cargas, aun las más pesadas, son arrastradas por *kulís* en pértigas de bambú. Mujeres recias y morenas, con pantalones y con un enorme sombrero de paja sobre la cabeza, pasan corriendo con pesadas cestas llenas de verduras hacia el mercado. Damas y caballeros blancos descenden de las montañas en literas y miran indiferentes hacia la multitud, mientras los *kulís* pasan presurosos entre el bullicio callejero. Y cuanto más se mira, más echa de menos el oído los rumores, que debieran levantarse de aquel tráfago multitudinario. Pero no, las escenas pasan como imágenes cinematográficas. La «Liga contra el ruido» aquí no tendría nada que hacer.

* * *

En la China meridional, el mes de enero es uno de los más bellos del año. Es invierno, pero un invierno sin frío y sin nieve, un invierno que se equipara a la suave primavera de las zonas del Norte. Ahora respiran las personas, porque el verano es insoportablemente cálido y húmedo, muy propenso a la malaria, y la primavera y el otoño son fecundos en sofocantes



nieblas. Pero ahora los días son agradablemente abrigados, rara vez calurosos, y las noches resultan moderadamente frescas. Los dilatados brazos del mar, que bañan la animada colonia inglesa de Hong-Kong, reflejan el mágico brillo de estos días primaverales de invierno. Cosa más bella que el puerto de Hong-Kong no se puede ver en la tierra. Sydney empalidece en comparación; San Francisco difícilmente puede resistir el cotejo; y solamente el puerto de Río de Janeiro debe de ofrecer aspecto todavía más brillante.

Una ensenada inmensa y centelleante del mar de China, envuelta por todas partes en colinas y montañas suavemente onduladas. Al fondo del puerto se levanta como un sublime bastidor el pintoresco *peak* Victoria, un monte de 551 metros de altura, que los europeos han elegido como residencia. Allá abajo, en el agua, brillan las casas de comercio, los bancos y los *clubs* de estilo europeo; a izquierda y derecha se juntan de una manera interminable largas filas de casas chinas, características y peculiares por los oscuros huecos, que forman los balcones embutidos. Detrás se alza el *peak*, y sobre su verdor campean magníficos palacios, que se remontan cada vez más arriba, hasta que se pierden en la periferia del monte como pintorescos picos, torres y baluartes.

Todo en torno, sobre las ondas, un tráfago asombrosamente activo. Junto a las orillas, en medio de la corriente, barcos mercantes anclados por doquiera. Como grandes pájaros amarillos ondean los *sampans* con sus velas de estera bordadas, sacudidas por el viento. Robustas mujeres, con pantalones oscuros, se sientan al remo; sobre la cubierta hormigean chiquillos, perros, cerdos y gallinas en revuelta confusión. Lo que el *rikcha* y la litera son en tierra, representan estos *sampans* en el comercio marítimo, en la carga y descarga de mercancías sobre el agua. Arriba, en el

aire azul, se ciernen muchos cientos de gaviotas, que miran con ojos avizores hacia el agua centelleante.

El cuadro que se ofrece por la noche, después que el sol se ha puesto y las tinieblas se han extendido, sólo se puede sentir, describirlo no cabe. En torno se hallan los montes como negras siluetas, que se destacan sobre el claro cielo nocturno. El robusto *peak* reverbera con el brillo de una maravillosa iluminación. Con cintas luminosas y trepidantes se dibujan las revueltas líneas de las calles; las casas forman núcleos luminosos, y allá arriba en el borde se yerguen los palacios como rutilantes castillos mágicos delante del espacio sombrío del cielo.

* * *

Los ojos miran hacia arriba pensativos desde lo profundo del puerto, y el alma contemplativa se siente agitada por muchos pensamientos. Allá detrás queda el inmenso imperio de los chinos, el imperio del Centro (del Centro del Universo), cuyos dominadores creían hasta hace poco que todos los pueblos de la tierra eran sus tributarios. Es el imperio de medio millar de millones de hombres, que despierta después de un sueño de miles de años, se despereza y se estira y acaso algún día llegue a ser el espanto de los demás pueblos. Amotinados, quisieron los chinos rechazar todo lo que se oponía a su acercamiento al progreso, y de la mezcla de una civilización antigua, medio bárbara, y de todo lo nuevo del occidente, se levantan extrañas burbujas en ebullición. Los leprosos de toda una provincia son arrojados por orden del Gobernador en una gran sima, son asesinados por los soldados, rociados con petróleo, quemados y sepultados: ancianos, mujeres, niños. Eso se llama sanear radicalmente. Los mercaderes de opio son arrastrados

por las calles en traje de locos y azotados públicamente. A los fumadores de opio se les concede un corto plazo para que pierdan la costumbre, y a los reincidentes se les corta la cabeza. Cada vez más embrollados y confusos son en los últimos años los sucesos que se desarrollan en la China. Entran en acción influencias rusas, norteamericanas, inglesas, pero nadie sabe propiamente quién gobierna en el dilatado Imperio del Centro. Los generales luchan unos contra otros, pero a distancia no es fácil descifrar las impresiones chinas. Y sin embargo, toda esta barahunda se desenvuelve dentro y cerca de las capitales, pero allá lejos, en los apartados distritos del Imperio, hay capas enteras de población que ni siquiera sospechan que se haya modificado nada en la vida primitiva de su país.

* * *

Ya en Hong-Kong el viajero se encuentra en un mundo completamente extraño. Por su internacionalismo, Hong-Kong se puede comparar con Nueva York, Bombay y Sydney. En las calles circulan, además de los europeos y los chinos con sus pintorescos trajes, indios aturbantados, parsis con rígidos tocados grises y negros, japoneses, filipinos, hindus, singaleses, *klings*, junto con multitudes inmensas de soldados y alguaciles. Estos últimos son de tres clases: corpulentos indios con polícromo turbante; chinos con un gorro puntiagudo de paja sobre la cabeza, e ingleses con el yelmo de los trópicos. Pero lo más raro es y sigue siendo la ciudad china: aquellas curiosísimas calles, donde toda la vida comercial se desarrolla al aire libre, aquellas apretadas filas de casas con su tumulto, su porquería y sus malos olores. Calles enteras no parecen otra cosa que gigantescas

prenderías. Todas las mercancías están en la calle; los operarios aparecen sentados delante de las puertas; en las esquinas hay cambistas de moneda; en el arroyo trabajan las costureras: y todo esto a la sombra de miles de rótulos flotantes con ideogramas chinos. La coleta ha desaparecido totalmente y con ella también el gorro de seda. Salvo unos pocos, muy conservadores, todos llevan el sombrero europeo de fieltro, que por cierto sienta muy mal con lo pintoresco del traje. Las mujeres no han hecho la misma revolución; no hay mujeres con vestidos europeos. Las muchachas visten preferentemente bragas azules, grises o pardas, medias y zapatos de color y un alto jubón muy cerrado en el cuello. El pelo negro se lleva generalmente en larga trenza, mientras las mujeres casadas recogen el pelo en un moño. El tocado de la cabeza es desconocido. No se puede imaginar nada más decente en vestido y comportamiento que una muchacha china. El vestido es primoroso, y no revela una sola línea del cuerpo, salvo las piernas. Al principio se cree que las jovencitas, que adquieren un desarrollo muy esbelto, padecen todas de una mala contextura física, porque todas van con el tronco hacia adelante y parecen ir buscando algo por el suelo. Pero es cuestión de etiqueta, que prohíbe a las jóvenes mirar a derecha e izquierda. Las damas distinguidas no van a pie, sino en carruaje. El flirteo no parece haberse descubierto todavía en China.

Adondequiera que uno se vuelva dentro de la tumultuosa ciudad china, hay algo interesante que ver. En los mercados, desde luego de un olor nauseabundo, se encuentran los manjares más apetitosos: tiburones, calamares, ánades curados, gansos y cerdos tan prensados como cartón, huevos ennegrecidos que han estado mucho tiempo bajo tierra, algas marinas, peces secos que parecen piedras negruzcas y son tan du-

ros como piedras, hortalizas extrañas y frutas del Sur.

En las esquinas de las calles se vende té, caña de azúcar y arroz cocido con toda clase de accesorios dulces y salados. Los chinos han resuelto desde antiguo el problema de la alimentación mucho más prácticamente que nosotros. El arroz es el alimento principal; todo lo demás sólo sirve como estimulante, como aperitivo. Entre nosotros los alimentos más finos forman la base de la nutrición, y el pan, el arroz del Norte, sólo se come por buen parecer. Es un espectáculo curioso ver comer a una familia de chinos. Cada uno sostiene en la izquierda una gran escudilla con arroz; los muchos entremeses se colocan en medio de los comensales sobre el suelo, dentro de pequeños platos. Todos se acurrucan en corro, lanzan por el aire el arroz hacia la boca con los dos palillos, y pescan hábilmente de vez en cuando algún bocado regalado de los platitos del centro.

Entre el bullicio de una larga y estrecha callejuela, por donde apenas pueden pasar juntas dos *rik-chas*, marcha una fila de *kulis*, cada uno de los cuales lleva en las manos o en una pértiga de bambú un objeto doméstico: desde el armario ropero hasta el cepillo, desde la lámpara hasta la escoba. Por último vienen otros doce *kulis* con montañas enteras de bultos y manjares humeantes. ¿Qué es aquéello? Una boda. Todo el equipo, incluso los regalos, es transportado por las calles para admiración de los vecinos.

En otra calle, todavía más rara, un entierro. El cadáver no puede salir por la puerta. Por eso se ha construido con el material más socorrido, con el bambú, un armazón oblicuo que llega desde la calle hasta el segundo piso. El ataúd, y detrás toda la comitiva fúnebre, tienen que bajar a la calle por la ventana pasando por el resbaladizo y peligroso armazón. Abajo, en el borde de la calle, se reúnen entretanto muchos

portadores de un gran muñeco, que representa a un joven, porque la difunta era una muchacha, y aquél es el retrato del prometido, que ha de acompañarla al otro mundo. Además, llevan juguetes de la niñez, un lechón entero asado, para que la difunta coma en el largo viaje al reino de los muertos, espejo y adornos, libros para leer, innumerables banderas con sagradas inscripciones. Al pie de la escalera improvisada se halla una capilla de músicos, que en el momento en que aparece arriba el ataúd amarillo claro, produce un ruido estrepitoso con tantanes, trompetas, tambores, campanas, para conjurar a los malos espíritus y demonios, que suelen reunirse en tales circunstancias. El ataúd se coloca abajo en una caja chillonamente adornada. La comitiva se pone en movimiento. Con toda precaución descienden por la pasarela los deudos afligidos: los hombres con trajes corrientes, las mujeres vestidas de negro. Por último, salen por la ventana doce mujeres con las cabezas tocadas de blanco. Todas montan en *rikchas* por parejas, y se suman al desfile. Pero esta vez no sin alboroto. Las damas disfrazadas de blanco lanzan lastimeros quejidos, gritos y lamentos, y al mismo tiempo balancean el tronco como desesperadas. Estas mujeres no son de la familia, sino simples plañideras pagadas. Los parientes mismos se comportan con serenidad y distinción; el duelo ruidoso queda al cuidado de los demás. Por entre el tumulto callejero llega todavía el terrible lamento y el bronco alarido de las plañideras, cuando ya la comitiva ha desaparecido.

* * *

El Hong-Kong inglés impresiona por la incomparable grandeza de su situación y por su tráfico comercial, pero la verdadera urbe internacional del Asia

oriental es la ciudad china de Shanghai. Si se remonta en el ténider el río Huangchu hasta dominar la perspectiva de la ciudad, se imagina uno estar llegando por el lago a Zurich (tan sólo faltan las montañas), o por la rada interior de Alster a Hamburgo (tan sólo falta el pabellón de Alster). En la «Alianza», la prolongada calle del puerto, se alinean unos palacios junto a otros: agencias navieras, bancos, *clubs*, entre ellos el Club alemán, el más imponente del Asia. En la «Alianza» el extranjero se encuentra envuelto al instante por una vida desbordada, más extraña, más china, si se quiere, que en Hong-Kong. Junto al *rikcha* marcha por las calles el antiquísimo y pesado carro chino, con la rueda en el centro y un asiento por ambos lados. En las apretadas ciudades chinas se comprende la utilidad de esta estructura económica. Los chinos del Norte son más altos, fuertes y serenos que sus compatriotas del Sur. El traje nacional prevalece todavía.

Allá abajo en el río, lejos de Shanghai, adonde se puede llegar con sólo media hora de navegación en ténider, el vapor se amarra a una boya, e inmediatamente lo asaltan docenas de sucias barcas con personas todavía más sucias. ¿Hay en todo el mundo una plebe más miserable y mugrienta que la plebe de mendigos chinos? Hombres, mujeres y niños andan envueltos en rotos harapos; los cabellos les cuelgan en mechones desgredados; los rostros, aceitunados por naturaleza, están cubiertos de una costra de suciedad. Desde la mañana hasta la noche resuena su displicente grito: «Chauchau le» (¡Dame de comer!). En las manos balancean una larga pértiga de bambú con un saco de malla, que sostienen bajo el tubo de desagüe del barco, y así pescan restos de comida, que salen con el agua de desecho: mondas de patata, hojas de hortalizas, huesos y otros residuos. Todo ello pasa a

una caldera con agua sucia del río, se calienta y se devora.

El locuaz Steward contempla lleno de asco a la miserable gente y la describe de una manera no del todo desacertada:

«Tales son los chinos del agua. No pueden arribar a tierra. Son inferiores a los brutos. Pero no puede uno juzgar por ellos a todos los chinos; los hay también muy decorosos. Lo que uno ve allí es únicamente la capa más baja del pueblo; en las capas más altas andan mejor vestidos y ganan también dinero, pero todos son un poco cerdos.»

De esta manera cerraba el ilustrado Steward su descripción de las turbas de mendigos chinos, que viven en el agua.

* * *

Nieve mezclada de lluvia caía del cielo gris, cuando entramos con un guía en la amurallada ciudad china. A cada paso salpicaba el barro nuestras piernas, porque el tráfico es enorme y las calles tan estrechas que apenas puede uno salirse del camino, y la limpieza de las calles no se conoce. A la entrada de la ciudad china cometo una grave falta. A un niño, a quien le faltan los dos pies, le tiro una moneda. Inmediatamente se apiña un tropel vocinglero de quince chiquillos por lo menos, de mujeres y muchachos, que se pegan a mis talones, que chapotean por delante, por detrás y por ambos lados en el cieno de las calles y tratan de conmover el corazón en todos los tonos del lamento. Nadie se compadece de las turbas de mendigos que se arrastran por la ciudad china, pegajosos y numerosos como chinches. En vano se rechaza la desagradable compañía; no se da por enterada, y no es posible esquivarla ni por la fuerza

ni por la astucia. Por último, nos guarecemos en un antiquísimo pabellón de té, lleno de atisbaderos, de espantosas esculturas, de grutas y nichos; pero cuando después de media hora queremos abandonar el lugar por otra puerta, la guardia de honor ha previsto ya nuestra estratagema y se ha reunido más numerosa. Todos vuelven a precipitarse entre el cieno; los lamentos llenan el aire; todo es inútil; no podemos desprendernos del acompañamiento.

Chinas de encanijados pies, tan pequeños como las pezuñas de un corzo, andan a saltitos entre el tumulto callejero, apoyadas por muchachas jóvenes, que miran modestamente a tierra. En las tiendas abiertas trabajan tallistas, pintores, cinceladores. Del precio pedido se rebaja por lo menos la mitad, y muchas veces más. El sacerdote del templo insiste en rogar por nuestro afortunado regreso. Golpea furiosamente una gran campana, quema en una sartén monedas imitadas de papel, hace toda clase de ceremonias entre muchas inclinaciones y conjura el espíritu del viejo Confucio, y todo para que yo vuelva sano y salvo a Hamburgo. Es un señor muy amable este sacerdote...; pero poco después empieza a discutir conmigo violentamente, porque le parece pequeña la propina. Rápidamente le entrego un dólar y me deja en paz.

II. "El gran transcontinental"

Ahí está el gran transcontinental, con su verdadero nombre «The Imperial Limited», que pasa acezante de mar a mar. Ahí está majestuoso y soberbio en la estación de la Canadian-Pacific-Linie en Montreal, con sus quince gigantescos vagones *pullman*, todos de doce ejes, y con su locomotora Mammut, que con su prolongado *cow-catcher* parece un animal prehistórico.

Descansa esta máquina sobre un armazón tan alto, que un hombre cabe cómodamente en pie debajo de la caldera de vapor. Para poder subir al coche, hay que servirse de una pequeña escalera. Cada uno de esos carros gigantescos tiene un nombre, como el tren mismo. Uno se llama «Gopher» (Perro de las praderas), otro «Kalamazeo» (nombre de una ciudad), el tercero «Adirondack» (nombre de una cordillera).

En la cabeza del tren va en pie orgullosamente Su Alteza el conductor, con elegante traje azul oscuro de trencillas doradas. Una inscripción, bordada en la gorra, descubre su elevada jerarquía. A la entrada de cada vagón están en pie, no menos elegantes, los *porters*, legítimos negros, que al mismo tiempo son revisores y empleados de coche-cama. En el interior del gran transcontinental, no se encuentran todavía Sus Excelencias el conductor del coche-cama y el conductor del coche-comedor, como tampoco el asistente del conductor y otra serie de altos funcionarios. Todos parecen maestros de escuela pueblerina. Sus caras afeitadas, con grandes gafas, tienen un aire bonachón, pero reservado y circunspecto. Casi todos mascan goma sin cesar.

El «Imperial Limited», que se dirige de Montreal a Vancouver, abandona la capital de Qubec hacia las diez y media de la noche. Recogiendo el aliento, se acerca uno, pesadamente cargado, con equipaje para una semana, al Sr. Conductor, y le presenta la hidra de papel que constituye el billete. Es una serie de tarjetas colgadas unas de otras, porque el billete-monstruo no dice, por ejemplo, «Montreal-San Francisco», sino «Montreal-Ottawa», «Ottawa-Sudbury», «Sudbury-Fort William», «Fort William-Winipeg», «Winipeg-Moose Jaw», «Moose Jaw-Calgary», etc., hasta llegar al otro lado del mundo. Los billetes de *pullman* o de coche-cama constan de hidras semejantes. Con esta do-

cumentación se acerca uno al orgulloso conductor, que se apodera sencillamente de todas las tarjetas y entrega en cambio un recibo, llamado «cheque», como cien otras cosas. Al mismo tiempo el alto señor pone una cara como si dijese: «¡Ea, con usted ya he terminado por los siglos de los siglos! ¡A otro!»

El negro, que acoge en seguida al viajero, es más amable... por la propina que espera al fin del trayecto. Con mucha sumisión recoge el equipaje y señala el sitio, después de habersele indicado el número de la cama. En este país no se hace distinción en el tratamiento. El criado negro trata por igual a todos, lo mismo al colono que al estadista, lo mismo al pelafustán que al millonario.

En el interior del coche ya todo está dispuesto para dormir. Largas cortinas cuelgan del techo, y tras de ellas se ocultan las anchas camas, cada una con dos almohadas: una cama encima de otra. A la de arriba se sube por medio de una escalera. Como a huésped de honor de la Compañía Canadiense del Pacífico me ha cabido en suerte una cama de abajo. Pero también allí tiene sus dificultades el dormir, y sobre todo, el vestirse y desnudarse. Damas y caballeros se alojan mezclados en aquellos *sleepers*, por lo cual es necesaria la mayor discreción. Abrir la maleta y sacar de ella el *pyjama* es cosa que se puede hacer a los ojos de todos, pero luego se esconde uno tras de la cortina... y entonces empiezan los apuros.

No es posible sentarse en el borde del lecho sino con la cabeza muy inclinada, pues de lo contrario se expone uno a darse un coscorrón contra el duro fondo de caoba del lecho superior. Intenta uno quitarse primero las botas y luego los pantalones; entre tanto no falta quien le dé a uno un pisotón al pasar. «*Excuse me*», dice el paseante invisible detrás de la cortina, pero no por eso se alivia el dolor. No queda otro

remedio que arrastrarse a la cama y desnudarse allí, medio sentado, medio echado. Por fin se quita uno los pantalones y los deja a los pies de la cama. El problema se complica más, porque llega entonces—perdonen ustedes, señoras—la camisa. Está sentado uno en la penumbra con la cabeza cautamente inclinada, y tira y tira, pero no sale.

—Perdone usted, señor—se dice uno cortésmente a sí mismo, por conservar el buen humor—, pero está usted sentado sobre mi camisa.

Es verdad. No puede uno sacarse la camisa por la cabeza, estando sentado encima. Perdonen ustedes una vez más, señoras, que describa tan minuciosamente mis apuros; pero tengo un gran precursor, el inmortal Swift, quien despreciaba a los viajeros que por orgullo paseaban por alto en sus descripciones las pequeñeces humanas.

Se comienza, pues, por sentarse en la cama con las piernas extendidas y dar saltitos como un conejo, hasta que se salta demasiado y se pega lastimosamente con la cabeza contra el techo de caoba del *pullman*.

En resumidas cuentas, que desnudarse en un coche-cama es arte difícil. Por fin la *toilette* se ha terminado, pero la ventanilla es de celosía y no se puede cerrar del todo; así que se duerme uno acariciado por el aire y el polvo, y acaba por soñar en asaltos de trenes en *cowboys*, en incendios de praderas, y en desastres ferroviarios.

* * *

A la mañana siguiente es cuando se comienza a conocer a fondo al gran transcontinental, a fuerza de dar vueltas por su interior.

Primeramente vuelven a moverse todas las cortinas, tras de las cuales tratan de vestirse hombres y muje-

res. En realidad no se viste uno más que en parte. En seguida se coge la toalla y se pasa al tocador, donde ya varios caballeros se jabonan, afeitan y lavan.

Tres veces al día pasa un empleado del coche-comedor por el tren, y anuncia las comidas. «*First call for breakfast!*». Se come a la carta, muy bien y muy caro. Sólo el desayuno no baja de cuatro a seis marcos, si ha de responder a todas las exigencias. Los americanos, entre los cuales se cuentan los canadienses, empiezan el desayuno con fruta. El almuerzo se sirve a las doce y la comida a las seis.

Durante el desayuno, y mientras los viajeros se lavan y se visten, se opera en todos los coches una transformación. El negro, que aparece ya vestido de blanco, pliega todas las literas: de las inferiores se forman asientos mullidos; las superiores desaparecen y se truecan en paredes bruñidas. Al cabo de una hora no se ve más que el interior de un coche-salón con ondulado techo de caoba, con espejos y blandas butacas. Todo el equipaje de mano se confunde por el suelo y los asientos, pues no hay redes ni armarios para las maletas. El último coche del tren es el llamado *observationcar*, el coche-observatorio, que tiene grandes lunas, cómodos sillones, y al final, una balaustrada abierta. Allí se sienta uno para contemplar el paisaje, como no se prefiera pasar al fumadero o quedarse en la propia butaca leyendo o divagando.

Hasta en un tren de lujo como éste, la sociedad americana hace una impresión muy inculta para las ideas de Europa. Los hombres y hasta las damas, se pasan las horas después de la comida escarbándose los dientes. La masticación de goma desfigura hasta las caras más bonitas por el eterno movimiento de las mandíbulas. Las damas sacan sus cajitas de manicura, y se dedican despreocupadamente a limpiarse y pulirse las uñas.

Y el gran transcontinental rueda y rueda por paisajes rocosos, por praderas, por campos sembrados de cereales.

* * *

El dilatado imperio británico afirmó a tiempo sus garras, ya en los albores de nuestra moderna civilización, en inmensas regiones del globo, y no las ha desprendido a pesar de sangrientas luchas y a pesar de que en muchas de esas regiones «aparentemente no había nada que sacar». La joya más brillante del tesoro colonial británico es la India oriental con sus cinco millones de kilómetros cuadrados y sus 315 millones de habitantes. No hay especiería ni fruto que no prospere bajo el tórrido sol de aquellas comarcas; no hay metal ni cristal que no se extraiga del suelo colonial de la India. Pero por sí allí faltara algo, el resto lo suministran Australia con Nueva Zelanda, Tasmania y Nueva Guinea, que comprenden ocho millones de kilómetros cuadrados, Africa británica con más de cinco millones de kilómetros, América meridional, Hongkong, Fidschi y las demás colonias.

Pero en el Norte hay un país, que algún día dejará en la sombra quizás a todas las demás dependencias inglesas, incluso a la India, y es el inmenso imperio británico-americano, que abarca el Canadá y Columbia y mide casi diez millones de kilómetros cuadrados. Por el Sur se extiende este país hasta el grado 43 de latitud septentrional; por el Norte se prolonga indefinidamente hasta el mar helado, donde habita el oso polar con el hombre esquimal en regiones todavía no exploradas por los blancos. Sin embargo, constantemente el hombre civilizado va penetrando por el Norte y arranca terreno palmo a palmo a las selvas, a la pradera

y a los montes, para transformarlo en heredad de sus descendientes.

Ahora precisamente parecen haberse encontrado las llaves de aquel inmenso depósito, que la naturaleza había reservado para una humanidad nueva. Se equivoca la teoría de la evolución, cuando pretende explicar la historia y el destino de pueblos y razas. Más bien parece que cada raza se adapta evolutivamente a una época determinada del mundo y ha de terminar con ella, cuando del regazo del tiempo mudable surge una nueva época con nuevos pueblos. Durante siglos vivieron los indios como señores indómitos en aquellas regiones, cuyas posibilidades de desarrollo no tienen límite, pero no progresaron más allá del arco y la flecha, con que perseguían la caza salvaje. El hombre blanco fué quien les proporcionó el pan, la escopeta... y el exterminio. No ha sido el aguardiente, no ha sido la crueldad de los «caras pálidas», lo que los ha exterminado; tuvieron que ceder, porque eran los últimos retoños de una época antigua de la tierra, que penetraban en una época nueva. El plazo de su vida llegó al fin. Porque lo mismo que para las flores y los animales y los hombres, lo mismo que para las estrellas del firmamento, hay para los pueblos y las razas nacimiento, juventud, vejez y muerte. ¿Tendrán acaso nuestros descendientes que ceder algún día ante una nueva y más afortunada humanidad, para la que todas nuestras decantadas conquistas, el ferrocarril y el vapor, el dirigible y la telegrafía sin hilos, no signifiquen otra cosa que ensayos infantiles de una época bárbara?...

Ya están descubiertos los contornos de la tierra; la competencia por llegar a los polos pierde importancia. Pero todavía tendrán que ocuparse muchas generaciones en la investigación interna del planeta, que nos arrastra por el espacio. El enorme imperio británico del



Ingreso al antiguo palacio de los Grandes Mogoles, en Delhi (Chajahanabad)



La pintoresca orilla del Ganges

Canadá es una de esas comarcas, que todavía guardan millones de kilómetros cuadrados de tierra inexplorada. Las grandes provincias canadienses, Quebec, Ontario, Manitoba, Saskatchewan y Alberta, están todas abiertas hacia el Norte y se pierden en lo ilimitado. El Quebec septentrional, limitado por la bahía de Baffin al Oeste y por la tierra de Labrador al Este, es territorio desconocido. Contra los bordes de todos aquellos reinos chocan los hielos del Artico. Bosques, montañas, praderas, lagos y ríos están llenos de caza salvaje. El oso blanco, la foca y la ballena viven en el Norte; más al Sur vagan por la selva primitiva el oso *griz-ly* y el oso negro; todavía no han sido desalojados de los territorios progredientes de cultivo el alce, el ciervo, el corzo, la oveja y la cabra salvajes, los antilopes y los castores; a millones pueblan los lagos y pantanos los gansos, ánades y pelícanos; la riqueza de las aguas es inagotable para muchas generaciones.

En las obras de Geografía económica, de origen extraño a Norteamérica, se sigue tratando al Canadá como a una Cenicienta. «Gran parte de aquellas comarcas—se dice—está despoblada y entumecida bajo el hielo y la nieve, que nunca se derriten.» Se olvida que en los últimos cincuenta años el cultivo ha avanzado constantemente desde el Sur, y que inmensas extensiones de pradera, que hasta entonces eran inhabitables por los duros fríos invernales, se han transformado en graneros. Manitoba, Saskatchewan y Alberta son ya, aun en las partes más septentrionales, países de gran fecundidad. Las generaciones futuras serán las únicas que podrán apreciar los tesoros de carbón y metal que guarda el suelo, las provisiones de madera que encierran los inmensos bosques.

Hoy no viven en el Canadá más que siete millones de personas; dentro de un siglo esta cifra se habría decuplicado. Pero ya dentro de veinticinco años ofre-

cerá al mundo muchos enigmas que descifrar aquella comarca. Sólo hacen falta hombres y capital, para abrir los cuernos de la abundancia de la naturaleza y hacer entrar en una nueva fase a la economía mundial, a medida que vaya creciendo la independencia del continente americano.



No lejos de Regina, en la provincia de Saskatchewan, el tren avanza rasgando las tinieblas de la noche. Desde mi cama veo por la abierta ventanilla cómo resplandecen arriba las estrellas, cómo abajo la pradera se emboza en negro manto. De pronto aparece en la lejanía un arco luminoso, que se remonta con rapidez y pronto se extiende por una gran zona del cielo septentrional. Apoyado en un codo, contemplo maravillado el fenómeno. ¿Será una aurora boreal? Por allí no hay ciudades, y en caso que las hubiese, sólo París o Londres podrían difundir semejante resplandor.

Me visto rápidamente, me deslizo por el largo tren dormido y salgo a la plataforma abierta. El convoy se aproxima. La pradera arde en llamas. No puede apreciarse la línea del fuego, que parece cambiar de dirección con las vueltas del tren. Vibra el aire sobre el incendio, y el humo sirve de espejo al claro resplandor. Abajo se oyen silbidos y tableteos como de baterías de ametralladoras. La línea de fuego, que llega ya muy cerca del tren, parece una cadena de seres vivos. Zumbando y silbando y con inmensa rapidez se desprenden serpientes de fuego de la línea central, que se ceban en la hierba. Poco a poco la zona de llamas va quedando detrás del observatorio rodante.

A través de las tinieblas huyen indudablemente del incendio miles de animales. En los solitarios cortijos

todos están de seguro en vela; todas las manos se afanan por abrir una triple zanja, por levantar un triple muro de tierra en torno a los hogares amenazados.

El tren pasa presuroso. Poco a poco se va extinguendo detrás el fulgor de la hoguera. Sólo queda en el horizonte un tenue arco de luz. Al fin también se apaga. Unicamente las estrellas resplandecen arriba. Sobre la callada pradera vuelve a cerrarse la noche obscura.



Y el gran transcontinental rueda, rueda. Todos los días se ven las mismas caras, se encuentran las mismas personas en el coche-observatorio, en el comedor, al ir a dormir y al levantarse. El transcontinental se convierte en un barco con ruedas, o mejor en una ciudad rodante con sus reuniones, sus tertulias, sus rumores y sus chismes. El público es abigarrado. Hay muchos *homereekers*, palabra que en el Canadá se oye por todas partes, porque al Norte del tren quedan millones de acres de tierra fértil e inculta que están esperando por «colonos» que funden allí un hogar. Van también hijos de nobles familias inglesas, dispuestos a colocar su fortuna en el suelo del Canadá. No faltan viajeros de placer, que desean dedicarse a la caza en las Montañas Rocosas, ni traficantes canadienses, que van a la lejana costa del Pacífico para entablar relaciones comerciales. Y todos hablan con orgullo del gran país, esperanza del futuro. *Last, not least*, alberga el tren una multitud de señoras y muchachas, que viajan con la más asombrosa independencia. Hasta muy entrada la noche se forman animados corrillos en el coche-observatorio, se ríe, se charla y se flirtea, o bien en el fumadero, donde los *boys* cuentan chistes o se

burlan de los compañeros de viaje. En este país los hombres no envejecen nunca; siempre andan con sus caras lampiñas de muchachos y se llaman unos a otros *boys*, aunque ya se les caigan los calzones.

Un *gentleman* inglés inmensamente largo, tan largo que no acierto a imaginarme cómo puede meterse en la cama en este tren, anda constantemente de un lado para otro con un gran monóculo. Como el famoso capitán Good en una de las novelas Rider-Haggard, parece que este buen señor lleva el monóculo puesto hasta para dormir. En el transcontinental se dice que el tal *gentleman* es un general inglés, retirado del servicio, y que ahora viaja para matar el tiempo. Su monóculo y su aislamiento son objeto de broma general. Pero una noche entré en conversación con el gigante, y se me reveló como una bellísima persona, sumamente instruída, que con razón se aislaba de los demás. Con la infantil sencillez, propia de los ejemplares más finos de su raza, me habló de las batallas en que había peleado, y de la expedición tibetana de Younghusband, en la que había participado. De sus labios manaba sabiduría y verdadero conocimiento del mundo y de los hombres. Había recorrido todo el mundo, y sus juicios eran claros, penetrantes y llenos de filosofía. Entonces comprendí la verdad de la antigua sentencia de Tonsilio: «A los buenos no les asusta lo que la plebe diga; les inquieta sólo que la conciencia les acuse.»

* * *

Más de 3.000 leguas recorre el transcontinental hacia el Oeste. Por tres veces hay que retrasar una hora al reloj. La parte más animada del viaje por esta tierra del porvenir, es el paso por las Montañas Rocosas, la Suiza canadiense, que rivaliza con los Alpes. Gigantes-

cos picos, coronados de nieve y hielo, se yerguen sobre inmensas cordilleras. El tren, avanzando por sombríos *snow-sheds*, por macizos túneles de madera de leguas enteras de largo, que lo protegen en invierno contra los aludes de nieve, escala alturas de más de 5.000 pies. Sin embargo, sólo por su formación son comparables las Montañas Rocosas a los Alpes. En lo demás la comparación es impropia. En las Montañas Rocosas prevalece una grandiosidad volcánica y salvaje, la naturaleza se ha superado, por decirlo así, creando inmensos ventisqueros, poderosos torrentes, lagos encaramados sobre las nubes, incalculable riqueza de carbones y metales, que afloran libremente de gases y selvas.

Y el gran transcontinental rueda, rueda. Pero después de días y noches de incesante rodar, los nervios empiezan a rendirse; se siente uno fatigado, hastiado, como si estuviera sin lavarse. La compañía, el eterno polvo, la estrechez del ambiente, el negro risueño, la repetición de las incomodidades durante la noche, todo produce saciedad, y acaba uno por mandar el transcontinental al diablo.

—Vea usted—me dice orgulloso un canadiense—: ahí está Mount William.

Por cortesía miro hacia afuera, pero pienso en mi interior: «¡Vaya! ¡Por fin llegamos a Mount William! ¡Ya era hora!»

Con ojos alegres y húmedos abandoné frente a Vancouver después de cinco días y cinco noches el tren de tres mil leguas.

Pero piensen ustedes que era el gran transcontinental.

FIN





INDICE

	<u>Págs.</u>
1. En la mansión de la diosa con ojos de pez.	3
2. La santa y gran ciudad de Kasi.....	19
3. Maravillas indias. El «sueño de mármol».....	32
La ciudad rosada y legendaria.....	37
4. Día y noche en el puerto de Schonian.....	41
5. En las islas de los afortunados.....	50
6. La ciudad de los altos trópicos: Colombo.....	66
7. Instantáneas del Mar del Sur.....	73
8. Días de ensueño en el Océano Pacífico.....	94
9. Días de ocio en el Japón.....	100
10. Impresiones chinas.....	128
11. «El gran transcontinental».....	138

